

DE LA DOMINICA III. POST PENTECOSTEM
 predicada á 26 de Junio de 1740; y á 14 de Junio de 1744.

Erant appropinquantes ad Jesum publicani & peccatores ut audirent illum. Lucæ XV. 1.

1. **B**uscando en el evangelio de este dia asunto á vuestra instruccion , encuentro con mi propia enseñanza. Pues en sus primeras cláusulas veo á la magestad de Cristo , que como predicador zeloso sin desdeñarse de tratar con los mas infames pecadores , se ocupa todo en su conversion. Y pasando mas adelante se me propone ó representa , ya como pastor que ansioso busca las ovejas perdidas : ya como matrona ó madre de familia que solícita y diligente revuelve toda la casa hasta hallar la preciosa moneda que perdió. Pero mejor que yo os lo dirá nuestro evangelista S. Lucas. Se iban acercando dice , á Jesucristo los pecadores y publicanos , que son los que exigen ó cobran los tributos del pueblo , y con el trato ó las usuras se granjean las riquezas. Y al ver escribas y fariseos , que el Señor no solo los admitia á su compañía sino que los sentaba á su mesa , le murmuraban. Advertido nuestro benigno maestro de su malignidad , con estas apacibles preguntas satisfizo la calumnia : Quién de vosotros , preguntó , pastor de cien ovejas , si pierde una , no deja las noventa y nueve en el desierto y va en su busca ? Y cuándo la halla , cargándosela sobre sus hombros ; no vuelve muy alegre á su choza , y llama amigos y vecinos para que le den muchos plácemes y enhorabuenas , no por la conservacion de las noventa y nueve sino por el hallazgo de la perdida ? Pues así se hacen en los cielos mas fiestas por un pecador arrepentido ó penitente que por noventa y nueve justos. Y qué muger , vuelve á preguntar , si pierde de diez dracmas ó monedas preciosas una , no enciende luces y registra toda su casa ? Y cuando la encuentra , como enagenada del gozo ; no convoca amigas y vecinas para que la acompañen y ayuden á celebrar su dicha ? Pues asimismo celebro yo con mis ángeles la felicidad de un pecador que convierto ó justifico.

2. Con la gran propiedad de estos símiles manifestó la magestad de Cristo ser injusto é irracional el cargo que escribas y fariseos hipócritamente mordaces le hacian , porque trataba y comia con los pecadores , y al mismo tiempo me enseñó y enseñó á todos sus ministros á recibir con agrado y afabilidad á los pecadores , y aun á buscarlos con ansia y cuidado. Pero dejando esta consideracion para estímulo de mi conciencia , sacaré literalmente del evangelio asunto

propio á vuestra instruccion, que será persuadirlos á que busqueis y os acerqueis á vuestro Dios: siendo razon que os mueva el ejemplo de aquellos pecadores y publicanos: *Erant aporinquantés ad Jesum publicani & peccatores*. Y os aliente la piedad con que el Señor los recibe: *Quia hic peccatores récipit*. No habeis de ser mas obstinados que ellos; pues el Señor no es ménos benigno con vosotros. Vereis pues en este breve rato que os es, no ménos fácil que útil, encontrar con vuestro Dios si le buscáis; y que es seguro que el Señor os reciba en su compañía y gracia. Si oís con atencion mis voces, que son las del mismo Dios que os llama, se logró ya mi designio.

Primera parte.

3. Causa lástima Señores, contemplar el infeliz estado del mundo ántes de la venida de Jesucristo. En todas sus provincias á excepcion de Judea era desconocido el Dios verdadero, y así cada una elegia por sus dioses á aquellas criaturas que se singularizaron en algunas virtudes ó tal vez en los vicios. Erigian templos suntuosos, consagraban profanamente altares y aras, colocaban en ellas simulacros de oro y de plata, y sacrilegos iban á adorar las obras de sus manos. Pero casi siempre desconfiados de sus propios dioses, imploraban inutilmente el auxilio de los agenos. Cuántas veces envió Roma senadores y ricas ofrendas á la Grecia, para conseguir la proteccion de Apolo y de Diana? Cuántas veces aunque enemiga de novedades adoptó por dioses suyos á los que llamaba extrangeros? Con que trabajo pasó el grande Alejandro los desiertos de Libia por llegar á consultar el oráculo de Júpiter Amon? Y aun cuando se valian de sus propios dioses, los miraban tan léjos de sí, quanto lo estaban las estatuas que los representaban.

4. Por eso causó una dificultad insuperable á los idólatras sabios jueces del Areopago, el que Pablo les dijera que aquel desconocido verdadero Dios que veneraban no estaba léjos de cada uno de ellos: *Non longé est ab unoquoque nostrum*. Pero á nosotros fieles debe causar dificultad el que diga el mismo apóstol que todos los hombres por disposicion divina están precisados á buscar á Dios: *Fecitque omne genus humanum quævere Deum*. Porque qué necesidad tenían los areopagitas, ni tenemos nosotros de acercarnos á Dios si está tan cerca de todos? ¿No lo está por su poder que nos tiene sujetos y dependientes? ¿No lo está por su presencia viendo hasta nuestros mas ocultos pensamientos? ¿No por su ser siendo causa inmediata del nuestro? Puede estar mas cerca?

5. Es cierto Señores, que Dios como autor de la naturaleza está junto á nosotros ó en nosotros y que no puede dejar de estarlo: pues en él vivimos, por él somos y nos movemos: *In illo enim vivimus movemur & sumus* (*Act. xvii. 27.*). Pero tal vez como autor de la

gracia está muy léjos de nosotros ; porque si por desgracia habeis pecado mortalmente , se ha apartado Dios de vuestra amistad y compañía. Antes de ofenderle á mas del movimiento de la vida y del ser natural que producía y produce en vosotros , os comunicaba otro ser divino que os hacia hijos adoptivos suyos , otra vida con que espiritual y sobrenaturalmente vivíais , y movía vuestro entendimiento y voluntad á conocer y amar sus infinitas perfecciones. Por vuestra culpa quedasteis lastimosamente muertos é inmóviles ; porque cesaron los influjos y impulsos de la divina gracia con que vivíais y os movíais. Cesó aquel amor de Dios que le unía íntimamente con vuestras almas , y en su lugar entró á ocuparle la mas justa indignacion. Está su magestad junto á vosotros ; pero está tan airado que al verle perderais la vida , ó como otro Cain pasmados y atónitos fuerais prófugos por el mundo , hasta que acosados en todas partes de la ira de Dios , clamarais con el real profeta (*Ps. cxxxviii. 7.*) : *Quo ibo ? Quo á facie tua fugiam ?* Adónde iremos ? En dónde nos escondemos de un Dios inmenso ? Si subimos á los cielos , ellos son su corte y su palacio : si bajamos á los abisinos , allí está el tribunal de su justicia : *Quo ibo ? Quo á facie tua fugiam ?*

6. Qué horror ! Debe ser mayor vuestro susto que el de un infeliz que condenado á muerte está ya á vista del cadalso y del suplicio : que el de aquel filósofo que sentado sin poderse mover de una silla , tenia perpendicular sobre su cabeza la punta de una espada pendiente de un hilo. Pues bien podeis , míseros pecadores , contemplar levantada contra vosotros la terrible vengativa mano de un Dios enojado , en cuya presencia estais aunque no le veis. Contempladlo como si le vierais. Esta consideracion mejor que mis palabras debe moveros y persuadiros á que busqueis al mismo Dios amoroso , cuya presencia cuya amistad cuya compañía perdisteis por vuestra culpa.

7. Así Señores , atendidos estos dos respectos se compone muy bien que Dios estando por su inmensidad presente en todas las cosas , esté apartado ausente de los pecadores ; de modo que por disposicion divina , como dije con S. Pablo , están obligados á buscarle ansiosos : será una gran fortuna encontrarle : *Si forte atrectent aut inveniant eum*. Pero no será difícil conseguirlo , valiéndose del mismo medio que propone el apóstol. Méenos os costará acercaros á Dios amoroso , que os costó apartaros de él por entregaros al demonio. No es menester , diré con el Crisóstomo , que abandonéis la salud la honra ni la quietud y sosiego del ánimo , como los que lascivos se entregan á los torpes deleites del sentido. No es menester que á euerpo descubierto avanceis una brecha , forzeis las líneas que guardan tropas enemigas , como los que buscan la gloria militar en las campañas. No es menester que fiando la vida á un débil leño á pesar de

de las ondas y los vientos surqueis los mares, como los que avaros anelan por el oro del oriente. Nada de esto es menester. Sin moveros del lugar en que estais, sin mas diligencia que querer, luego luego podreis gozar de la amable presencia de vuestro Dios: *Velle solum necesse est*, dice el Crisóstomo, *Et sequuntur omnia*. Qué dicha! Solo querer gozar á Dios basta para gozarle? El mismo deseo es la posesion y el logro de lo que se desea? Sí. Pues cómo, pregunta el mas elocuente de los padres, tan pocos viven y mueren gozando de Dios? Porque no queréis. Sí queremos, decís: no queréis de veras, responde el Crisóstomo. Porque de qué sirve que la lengua lo diga, si la voluntad con las obras lo desmiente?

8. Para querer de veras hallar á Dios debeis primeramente abriendo los ojos de la razon conocer la vanidad y el engaño de las cosas terrenas que amais, la miseria en que vivís, el horrible castigo que mereceis, y gustosos voluntarios tomareis el camino del arrepentimiento que Pablo (*Act. xvii. 30.*) nos enseña: *Ut omnes ubique penitentiam agant*, y luego hallareis á vuestro Dios. Ofrecedle en sacrificio vuestro corazon contrito y humillado. El fuego del divino amor consumirá la víctima, y al agradable humo de este holocausto volverá el Señor su rostro apacible y se trocará en agrado su indignacion. Es posible Señores, que los enojos y los cariños de un rey de la tierra hagan mas impresion en el ánimo de los mortales que no los del rey de los cielos? El ceño airado de un príncipe hace temblar al mayor vasallo, una demostracion de cariño le llena de gozo: ¿y que los afectos del omnipotente no produzcan estos efectos en sus esclavos? Es posible que los hombres con tanta ansia soliciten el arrimo y el lado de un soberano del mundo; y que vivan tan descuidados en acercarse al Soberano de los soberanos? O el mundo es infiel ó los sentidos predominan á la razon; pues solo se buscan y apetecen las glorias y los gustos aparentes, que la vista y los sentidos perciben: lo que la fe propone al entendimiento se desprecia. Qué error! Ya que por la misericordia de Dios creéis que su amable presencia os importa mas que todas las privanzas de los reyes: y ya que como habeis visto teneis en vuestra mano conseguirla, buscadle porque es seguro que el Señor os admita en su compañía que es mi segunda parte.

Segunda parte.

9. Si la piedad de Dios no ayudara á los pecadores con las fuerzas y auxilios de su gracia, ni un paso pudieran dar en el camino de su conversion. Si se mueven si andan si corren, Dios los lleva ó los trae á sí: *Trahé me post te Et curremus* (*Cant. 1. 3.*). El divino sol es como se explica S. Macario, quien despide aquellas primeras luces con que el pecador reconoce la miseria de su estado: con el calor

lor de aquellos rayos se ablanda el corazon ántes endurecido; y últimamente inflamada la voluntad prorumpe en fervorosos actos de amor y contricion, que son la última disposicion para la gracia. Cómo pues ha de negarle Dios su amistad y su gracia, si él mismo le da todos los medios para conseguirla? Cómo ha de regatearle su compañía, si él mismo es quien le busca? En el mismo instante en que el pecador se convierte á Dios, como decia el profeta, infaliblemente se convierte Dios al pecador, y si bien se mira, ántes: porque á aquellos primeros deseos que el pecador tiene de buscarle, preceden los auxilios con que Dios le previene: el Señor se vá acercando y le vá trayendo, hasta que haciéndole por la gracia su amigo, hace á su alma digna habitacion de su divinidad.

10. Innumerables veces declaró Dios la fineza con que estaba pronto á recibir los mas infelices pecadores; porque conocia que podian acobardarse á buscarle, á vista de la gran dificultad que hay de llegar á la presencia de los soberanos del mundo. No es menester ir á Constantinopla, cuyo sultan ninguna ó muy rara vez da audiencia á sus vasallos. No es menester ir al gran Mogol, cuyo monarca vive y muere desconocido de sus súbditos. Sin salir de Europa los que frecuentan las córtes hallan inaccesibles á las magestades. Las puertas de sus palacios tomadas de guardias que asustan, sus salones llenos de criados que despiden y de otros pretendientes que embarazan. No hablo de los pobres, á quienes ni aun se les permite pisar el lindar de la primer puerta. Hablo de los hombres de calidad. Qué antecelas no se llevan? Qué desaires qué sonrojos no se sufren, ántes de llegar á poner en manos del rey que pasa un memorial que luego se arrima ó se sepulta? Pierden el tiempo el patrimonio y la paciencia, y de aborrecidos abandonan sus mas justas pretensiones. Así los reyes por la lisonja de sus áulicos ó por su propia vanidad, pretendiendo divinizarse habitan unas tinieblas inaccesibles.

11. Medid pues si podeis la inmensa distancia que hay entre estos hombres reinantes y el Dios de los reyes, en cuya presencia tiemblan los mas favorecidos serafines; y confesareis que nadie y ménos habiéndole ofendido gravemente, se atreviera á acercársele si no se hubiera dignado declarar que admite gustoso á los mas indignos pecadores. Ya por los profetas nos ofrece que se inclinará hácia todos los que se le acercaren. Ya por S. Mateo (vii. 8.) nos asegura que le encontrarán cuantos le busquen: *Omnis qui quærit invenit*. Ya por S. Juan (x. 9.) nos dice que para llegar á su magestad no hay otra puerta que él mismo, y por S. Lucas (xi. 10.) que la abrirá á cualquiera que toque: *Ego sum ostium: :: pulsanti aperietur*. Ya sabemos que se humanó para hacerse mas tratable de los pecadores y que solo por ellos vino al mundo: *Non veni vocare justos sed peccatores* (Matth. ix. 13.). Y últimamente por nuestro evangelio sa-

hemos que trataba familiarmente con los pecadores, que comia con ellos y que aun á los mas perdidos á semejanza de un buen pastor los buscaba ansioso, y cargándose los sobre sus hombros los traía al rebaño de su Iglesia.

12. Quereis Señores, mas seguridad de que Dios recibe cariñoso á cuantos buscandole le encuentran? ¿Y puede imaginarse dicha mayor que ser admitidos á tanta honra, ó como se explica S. Juan (xiv. 23.) ser posada en donde el Señor se hospeda? *Et mansionem apud eum faciemus.* Dios, dice el Crisólogo (Serm. 1. in hoc Evang.) recibe á los pecadores pero no deja pecadores á los que recibe. El pecador no profana el sagrado del Dios que busca; porque Dios le santifica cuando se le acerca. Debian dice él mismo, los fariseos mirar, no cuales iban á Dios los pecadores sino como volvian. Por cierto á Pablo que enviaron fiero cruel enemigo de Dios, le vieron volver luego convertido en apóstol. Tan admirables dichas mudanzas causa Dios en los que recibe. Ea pues Pecadores, buscadle diligentes; y si no obstante su infinita misericordia os acobarda á acercaros su inmensa magestad, ahí teneis en el gran patriarca S. Josef un introductor que os guie, un patrono que os ampare. ¿No es este dueño de la casa del Señor? Quién ha de dificultar la entrada yendo á su lado? ¿No es padre del mismo Jesus? Cómo ha de desairaros el hijo, negando su gracia á los que el padre favorece? No es posible. Seguros podeis acercaros. No solo os admitirá el Señor á su presencia, sino que para decirlo con el Crisóstomo, con abrazos y ósculos de su divino amor, rompiendo la enemistad pasada se reconciliará con vosotros: os dará una prenda que os asegure la herencia de su gloria: mandará á sus ángeles que celebren en los cielos fiestas por vuestra conversion. No defraudeis Señores, á aquellos celestes espíritus de este gozo, no os priveis de tanta dicha.

13. Desde luego postrados á los pies del Señor, buscadle con toda el alma, llamadle con tiernos afectos del corazon, diciéndole que os pesa de haberos apartado de su compañía por vuestra culpa: *Pecavi in cælum & coram te*: que os pesa de haber con torpezas manchado vuestra alma rociada con su preciosa sangre, de haber obscurecido el hermoso candor de la inocencia. No somos dignos decid, de entrar en vuestra casa como hijos: admitidnos como criados (Lucæ xv. 18.): *Fec me unum de mercenariis tuis.* Trabajaremos Señor, en vuestra viña que son nuestras almas, cortando con limosnas lo supérfluo que sirve á la vanidad, arrancando con la mortificacion de los sentidos las malas yerbas de las ocasiones que produce la lascivia, para que sean nuestras almas habitacion y recreo vuestro. Esto deseamos, esto queremos: os amamos sobre todas las cosas: compadeceos de nuestra miseria. Misericordia, &c.

JACULATORIAS.

14. Dulcísimo Jesus! Tan grande es el amor que me tenéis, que mirais como dicha vuestra /mi conversion. Movido de vuestra piedad me convierto á Vos, diciendo que me pesa de haberos ofendido.

Amabilísimo Jesus! Con la gravedad de mis culpas no puedo moverme. Llevadme sobre vuestros hombros á vuestro rebaño. Tened misericordia de mí.

Benignísimo Jesus! Yo he de ser vuestro enemigo por mi culpa? No Dios mio. Deseo vuestra amistad y vuestra gracia, restituídmela por vuestra misericordia.

PLÁTICA LXXII.

DE LA DOMINICA TERCERA POST PENTECOSTEM

predicada á 11 Junio de 1741, 3 Junio de 1742; y 27 Junio de 1745.

Erant appropinquantes ad Jesum publicani & peccatores ut audirent illum. Lucæ XV. 1.

1. **P**or mas que la envidia rabie y por mas que el falso zelo murmure, la magestad de Cristo admite en su compañía y tratá familiarmente con los pecadores. Unas veces les hace la honra de ir á sus casas á comer con ellos: otras los convida á la suya, siendo en sentir de S. Pablo, el padre de familias que hizo aquella gran cena de que habla nuestro evangelista S. Lucas en el capítulo antecedente. Los escribas y fariseos hipócritamente mordaces le murmuran: *Scribæ & pharisæi murmurabant dicentes: quia hic peccatores recipit & manducat cum illis.* Pero á nosotros, decia S. Agustin, no debe causarnos la menor novedad su conducta: porque sabemos que Jesucristo es de los pecadores y los pecadores son de Jesucristo. Su venida al mundo sus obras sus palabras parece que solo dicen relacion y respecto á los pecadores. Si viene al mundo, no viene á llamar á los justos sino á los pecadores: á los pecadores enseña el camino del cielo, por sus pecados muere, por su justificacion resucita, y se sube á los cielos á ser su abogado. En sus parábolas si el pecador es como la oveja descarriada, él es el pastor que ansioso la busca y cargándosela sobre sus hombros la restituye al rebaño: si el pecador es semejante á una dracma ó moneda perdida, él es como la muger que solícita la busca por toda la casa hasta encontrarla: si se fatiga, es por convertir á la Samaritana: si se postra en tierra, es para escribir en ella la sentencia que absquéve á una adúltera; y si ve á sus pies á

1.ª Madalena, luego la perdona y forma su elogio y apología.

2. Qué claras Dios mio, qué eficaces son las pruebas que disteis de vuestra inmensa bondad y del infinito amor que teneis á los pecadores! Qué locos, qué infelices son los pecadores cristianos, si no siguen los pasos de aquellos judíos que se acercaban á Vos! *Erant appropinquantes ad Jesum publicani & peccatores*. Acercaos Oyentes míos, acercaos con gran confianza y frecuencia al trono de la gracia. Frecuentad digo, el sacramento de la penitencia, que es la fuente de bendiciones que dejó el Señor en su Iglesia, lugar de refugio á los delinquentes y tribunal en donde se absuelven los pecados mortales que hubiereis cometido ó cometiereis en adelante. Acercaos.

3. Puede ser que en otra tarde sea mi designio exortaros á la frecuencia del sacramento de la eucaristía, que es la sagrada mesa á que el Señor os convida para daros en manjar su propio cuerpo. Porque aunque esta es su mayor fineza y la mas auténtica prueba de su amor: con todo no es el asunto mas propio de este día, en que el evangelista nos refiere que Jesucristo recibe á los que son pecadores, en cuyo infeliz estado no podeis acercaros á aquella mesa. Y así solo intentaré persuadiros que frecuenteis el sacramento de la penitencia ó que no dilateis confesar los pecados mortales que hubiereis cometido ó cometiereis en adelante. Porque el Señor recibe con agrado en aquel tribunal á los pecadores arrepentidos: *Quia hic peccatores recipit*. Y porque los pecadores por su propio bien deben acercarse á aquel tribunal: *Erant appropinquantes ad Jesum peccatores*. Hacen pues una gran injuria al Señor los pecadores que difieren la confesion de sus pecados; y á mas se exponen á un evidente riesgo de perderse. Estas dos razones os propondré en las dos partes de esta plática, para moveros á la frecuencia del sacramento de la penitencia.

Primera parte.

4. De ninguna manera podemos conocer mejor la injuria que hacen á Dios los pecadores que tardan á arrepentirse y á confesar sus pecados, que contemplando lo que el Señor ejecuta por su conversion. En el evangelio Yo, dice él mismo, busco á los pecadores cuando están mas apartados de mí y me alegro cuando los encuentro. Al modo que un pastor zeloso busca á la oveja perdida y al hallarla celebra una gran fiesta: asimismo voy corriendo tras del pecador y él huye de mí. Qué mayor injuria! Me alegro cuando él vuelve á mi gracia y él voluntariamente me priva de este gozo. Qué mayor agravio!

5. No puede dejar de admirarnos que lo que nosotros debiéramos hacer para nuestra conversion y no podemos hacerlo, Dios que puede pero no tiene obligacion de hacerlo, lo hace por su infinita mi-

misericordia. El hombre por sí mismo puede apartarse de Dios ó salirse de su gracia; pero no puede por sí mismo acercarsele ó volver á ella. Dios no está obligado á ir tras del pecador que huye: porque qué es lo que debe hacer el criador por una criatura ingrata? Y con todo Dios es quien busca al pecador quien le llama. Dios es quien alumbró su entendimiento, para que conozca la miseria en que se halla y la dicha que perdió. Dios es quien conmueve su corazón y le inmuta, para que ame el verdadero inmenso bien que aborrece y aborrezca el falso precedero bien que ama. Dios es para decirlo con S. Agustín, quien con un poderoso secreto atractivo de su gracia le trae á sí. Y el tribunal de la penitencia es el lugar en donde le aguarda para perdonarle y admitirle á su amistad. Que injuria, ó Dios de las misericordias, os hacen los pecadores que con su obstinación inutilizan y malogran los esfuerzos de vuestra benignidad: Los que retardan digo, á ir á reconciliarse con Vos en el tribunal de la penitencia!

6. No quiero deciros Señores, que peca mortalmente el pecador que desde luego no confiesa su pecado; porque entiendo que absolutamente solo está obligado á confesar cuando insta el peligro de la muerte ó el precepto de la Iglesia. Pero no podreis negarme que el diferir por largo tiempo la confesion de sus pecados, á pesar del deseo y de las ansias que Dios tiene de que luego los confiese, trae consigo un tácito desprecio de su bondad. Me explicaré mejor con este símil. Supongo que yo estoy pronto á perdonar las injurias y ultrages de un enemigo: que le hago saber la benigna disposicion en que me hallo: que cuando venga á pedirme perdon, no quiero que haya mas que un testigo en quién he cedido todo el derecho que tengo á la satisfaccion de sus ofensas, el cual guardará secreto: y para su mayor seguridad prometo con escrito y con juramento, que luego le perdonaré y le admitiré á mi amistad: y aun mas le busco con ansia, le llamo con agrado y le aguardo con paciencia. Si con todo este hombre despreciando mi generosidad, no quisiera venir á admitir el perdon que le ofrezco, ¿no diriais (vosotros habeis de ser los jueces) que es un desalmado un loco una fiera? ¿No diriais que es mas sensible este desprecio que cuantas injurias me ha hecho?

7. Pues esto es lo que ejecutais cuando no quereis confesar vuestras culpas. Y si la comparacion es defectuosa, lo es porque Jesucristo es mucho mas generoso, mas benigno con vosotros pecadores, que los hombres con sus enemigos. El Señor no solo os busca, sino que os da fuerzas, y os inspira que vengais á buscarle. Teneis vergüenza de confesar publicamente vuestras culpas? El Señor os señala un hombre á quien podeis decir las con la seguridad de que guardará un secreto inviolable. Dudais del poder que tiene para perdonarlas? El Señor pronuncia y jura que serán absueltos en el cielo cuantos él

absolviera en la tierra. Cómo podreis pues pretestar el desprecio que haceis de Dios, no confesando vuestros pecados? De donde nacen vuestras culpables dilaciones? Yo os lo diré.

8. Proviene sin duda de que preferís los desórdenes de una vida licenciosa á la regularidad de una vida cristiana: los momentáneos gustos del sentido á las eternas delicias de la gloria: el amor de una criatura al amor del criador. Cuando las penas del infierno os horro- rizan, y vuestra conciencia os remuerde y acusa, quisierais confesar vuestras culpas; pero conociendo que no teneis un dolor verdadero de haberlas cometido, ni un propósito firme de no cometerlas, diferís la confesion por no hacerla sacrilega. Quisierais :: así se explica vuestra voluntad, en veleidades, en vanos inútiles deseos que no pueden cohonestar vuestras dilaciones.

9. Si no pudierais tener un verdadero dolor de haber pecado, os aconsejara que no os confesarais; pero como el no tenerle es culpa vuestra, puede acaso serviros de disculpa? Qué diligencias haceis para tener dolor? Se lo pedís á Dios de veras? Pensais muy despacio en la fealdad del pecado, en el fuego del infierno y en la infinita bondad de vuestro Dios? Os apartais de las ocasiones de pecar, mortificais vuestros sentidos? Nada ménos que esto. Todo al contrario. Y quereis que no sea culpa vuestra el no tener dolor de vuestras culpas? ¿O que sea disculpa para no confesarlas? Allá en su cora- zón dice el lascivo, cuando Dios le llama: dejadme Señor, correr en la juventud las deliciosas campañas del mundo: dejad que ahora tenga el entero dominio y la posesion de mi voluntad una criatura; que despues desahogada mi pasion mas adelante entraré en el camino de la penitencia y me entregaré á vuestro servicio. El avaro dice: dejad Señor, que ahora con usuras recoja muchas riquezas que des- pues fundaré algunas obras pias para socorro de los pobres. El vano y ambicioso dice allá en su corazon: dejad Señor, que logre los pri- meros empleos de la república que despues seré el mas humilde de vuestros esclavos. Aguardad dicen todos los pecadores con aquel impio, aguardad un poco un poco mas: *Expecta reexpecta, módicum híc, módicum ibi* (*Is. xxviii. 10.*).

10. Esto es lo que en realidad pasa, Señores. Y esto es decia S. Agustin, burlarse de Dios despreciarle insultarle. No me atrevo á creer que alguno de vosotros sea tan malvado que haga un formal desprecio de Dios; pero permitidme que os diga que difriendo la confesion de vuestras culpas, haceis lo que efectivamente cede en desprecio suyo. Y á lo ménos no podeis negarme que suspendeis el gozo que tendria el Señor de vuestra conversion. Cuando un pecador arrepen- tido confiesa sus pecados, en la corte del cielo se celebra una gran fiesta, segun nos dice Jesucristo en el evangelio: *Gaudium erit in celo super uno peccatore pœnitentiam agente.* Y quien mas se

alegra es el mismo Señor ; porque ve que á la eficacia de la medicina que dejó en el mundo , recobra la salud un enfermo , ó por mejor decir resucita un muerto. El pecador acusándose pecador le restituye el honor y la gloria que le quitó pecando ; y ejercita los actos de aquellas tres nobilísimas virtudes , fe esperanza y caridad , que dicen un inmediato respecto al Señor y son los sacrificios mas agradables á sus ojos.

11. Al contrario el demonio , dice Tertuliano , se entristece , rabia al ver á un pecador que se arroja á los pies de un sacerdote á confesar sus pecados. Porque pierde el derecho que tenia sobre su alma , y al mismo tiempo envidia la dicha del perdon que él no puede alcanzar. Por esto hace los mayores esfuerzos para impedir que un pecador se confiese : instiga tiente asusta : *Observat , obsidet , oppugnat* (*Tertul. de Pœnit.*). Y si logra con astucia su designio , se alegra al mismo paso que Jesucristo se entristece. Ea bien , qué quereis pecadores , que se alegre Jesucristo de que confesais vuestras culpas , ó que se alegre el demonio de que lo diferís ? No suspendais la eleccion , no trateis mas con injurioso desprecio á vuestro pastor y padre que os aguarda en el tribunal de la penitencia. Y si por su respecto no os acercais á este tribunal , acercaos siquiera por la conveniencia que os haré ver en mi

Segunda parte.

12. Esponerse á morir sin confesion ó sin confesarse bien , es el mayor yerro que puede cometer un cristiano que vino al mundo para salvarse ; y es sin duda el mas ordinario funesto efecto del descuido de confesarse con frecuencia. Sin detenerme á buscar sutiles ingeniosas razones para convenceros de esta verdad , os propondré las mas vulgares pero las mas sólidas , que se reducen á la brevedad de nuestra vida y á la incertidumbre de la hora de la muerte. El día de hoy gozamos de la salud mas robusta y mañana una apoplejía nos mata , ó una inflamacion interna nos sufoca. Estamos muy alegres comiendo á medio día , y tal vez nos quedaremos muertos con el bocado en la boca como aquellos de quienes habla David. Mas para qué me canso en decirlo lo que puede suceder , si las historias sagradas y profanas nos refieren lo que tantas veces ha sucedido , y lo que es mas nuestros ojos son testigos de que la muerte cada dia cuando ménos pensamos sorprende á nuestros amigos y parientes ? Ah qué dolor ! qué pena ! cuánto me affige la representacion funesta de los que descuidados en confesar sus pecados , mueren de repente ! Qué será de ellos ! Qué temeridad qué locura será la vuestra , si dilatais la confesion estando en pecado mortal !

13. Nada puede resguardarnos de las sorpresas de la muerte y de sus fatales consecuencias , sino la tranquilidad de una conciencia

purificada de los pecados. Que yo muera dentro de un año, que yo muera en este mes, que yo muera mañana, que yo muera hoy: gracias á Dios, dice quien ha confesado sus pecados, yo no siento cosa que me dé pena. Temo y tiemblo al pensar que he de comparecer en el tribunal de la divina justicia; pero habiendo hecho lo que he podido segun mi tibieza, me acojo al seno de la divina misericordia. No es Dios cruel que me inspirara á que le confesase mis culpas para condenarme. Con la misma piedad con que recibió á los pecadores y publicanos para justificarlos, me ha recibido en el tribunal de la penitencia para absolverse. Así lo creo; y esto me consuela y me asegura contra las sorpresas de la muerte.

14. No pueden hablar así aquellos que tardan mucho tiempo á acercarse al tribunal de la penitencia, y llegan como por fuerza mirando á la confesion como un yugo insoportable, y con los mismos ojos con que la miraba Calvino cuando blasfemo la llamaba supersticion ridícula, tormento de las conciencias inventado por el Papa Inocencio III. Hácia estos infelices corre la muerte como un torrente para ahogarlos, como un uracan para derribarlos, como un ladron para despojarlos y como un enemigo para asesinarlos. Estos son á los que en verdad sorprende la muerte. Estos son los que ó mueran luego ó mueran tarde, siempre mueren cuando ménos piensan: *Sublati sunt ante tempus suum*. Y adónde van á parar sus almas? Adonde fueron las de los Faraones Saules Acabes Jezabeles y Baltasares. Porque si mueren en sus pecados tendrán sin duda el mismo destino; y segun el descuido que tienen en confesarlos, mucho ha de ser que no mueran en ellos.

15. Pero bien, demos que no mueran sin confesion: os parece Señores, que próximos á la muerte se confiesan bien los que muy de tarde en tarde se confiesan? Tened presente todas las condiciones necesarias para hacer una buena confesion; y haced reflexion sobre lo que sucede cuando un pecador impio indevoto enferma. A los principios la enfermedad se cree una indisposicion ligera: cuando ya se agrava, se oculta al enfermo su peligro: en fin á mas no poder habiendo mandado el médico que se le administren los sacramentos, entra alguno á darle en los ojos con la luz del desengaño; pero templada con muchas esperanzas de la vida. Luego entre ansias y congojas se confiesa muy de priesa, y despues solo se piensa en aplicarle nuevos remedios para la salud del cuerpo, hasta que desesperada esta vuelve á pensarse en la de su alma cuando apenas vive.

16. No es así Señores? Y con todo ¿os parece que este hombre en tan corto tiempo escudriña bien su conciencia enmarañada? Qué este hombre impenitente por costumbre tiene entónces un verdadero dolor de penitencia? Qué este hombre habituado á vivir una vida licenciosa, en un instante forma un eficaz propósito de no volver á

ella? Ello bien puede ser, pero es muy de temer que no sea; porque el mismo Dios que ofrece perdonar al pecador en cualquiera hora en que se arrepintiere, declara que no concede la gracia del arrepentimiento á los que abusan de su misericordia con dilaciones. Y para uno que me señalareis arrepentido en la hora de su muerte, nos acuerda la escritura un sin número de condenados.

17. A lo ménos es cierto que están expuestos á morir sin confesion ó á confesarse mal los pecadores que tardan á confesarse. Esta fué mi proposicion, que basta para moveros á que frecuentéis el sacramento de la confesion. Las voces que habeis oído de mi boca son las mismas voces con que Jesucristo os llama á penitencia: no seais ingratos, inicos á su benignidad dilatando la penitencia. En el cielo se prepara una gran fiesta para celebrar vuestra conversion: no priveis al Señor y á sus ángeles de tanta alegría. La muerte se acerca, ya está sobre vuestra cabeza perpendicular pendiente de un hilo la espada de la divina indignación: tened lástima de vuestras almas, confundíos y postraos ahora mismo á los pies de Jesucristo para pedirle perdon de vuestras culpas. Ofrecemos Señor, confesarlas luego: ya anticipamos el mas verdadero dolor de haberlas cometido. Péсанos Señor, de haber pecado. Misericordia Señor, misericordia. Y si está irritada, que si lo estará, vuestra justicia por nuestras dilaciones, recurrimos al patrocinio de vuestra amada madre, esperando alcanzar por su poderosa intercesion misericordia. Piedad Dios mio, piedad &c.

JACULATORIAS.

18. Benignísimo Jesus! Qué ansioso me buscáis cuando yo me aparto de vuestra amistad y compañía! Cuanto mas huyo mas os acercáis. Qué piadoso sois! Qué loco he sido! Ya os pido una y mil veces perdon.

Amabilísimo Jesus! Pastor amoroso! Yo soy la oveja que llevasteis sobre los hombros á vuestro rebaño, y ingrato volví á apartarme de Vos. Pero ya me postro á vuestros pies para pedir os misericordia. Admitidme á vuestra gracia, tened misericordia de mí.

Dios soberano! Tan grande es el amor que me teneis que mirais como dicha vuestra mi propio bien. Fiestas celebrais en el cielo cuando me convierto á Vos. No quiero privaros de este gozo; y así arrepentido os digo de lo íntimo del corazón que me pesa de haber pecado. Pésame por ser quien sois de haberos ofendido.

OTRAS JACULATORIAS.

19. Dulcísimo Jesus! No he tenido vergüenza de ofenderos; y he de tenerla de confesar el haberos ofendido? No Dios mio. Me confieso pecador, y arrepentido os pido perdon de haber pecado.

Amas-

Amabilísimo Jesus! A pesar de mi soberbia he de confesar mis faltas enormes á un ministro vuestro. Merezca conocerlas todas á la luz de vuestras inspiraciones para confesarlas. Merezca la gracia del dolor para decir que me pesa de haber pecado.

Piadosísimo Jesus! Veo mi alma manchada con la lepra de mi culpa: me miro mortalmente herido; y busco en vuestra piedad el remedio. Curadme Señor: pues prometo confesar y llorar amargamente mis pecados. Misericordia Dios mio, misericordia.

P L Á T I C A LXXIII.

DE LA DOMINICA III. POST PENTECOSTEM

predicada á 19 de Junio de 1746.

Erant appropinquantes ad Jesum publicani & peccatores ut audirent illum. Lucæ XV. 1.

I. Las excelencias ó virtudes que mas resplandecieron en Cristo señor nuestro y ponderaron mas los evangelistas, fueron el poder y la elocuencia, por ser las que mas contribuyeron al designio de su venida al mundo. Porque con el poder que ostentó obrando á millares los milagros, se acreditó Dios verdadero y Mesias prometido; y con su elocuencia persuadió la verdad y santidad de su doctrina. Qué dulces Señores, fueron sus palabras! Qué eficaces sus razones! Cómo se concilió la atención y asenso de sus oyentes! Digan los poetas que Amfion con la melodía de su lira y de su canto atrajo las piedras con que edificó los muros de Tebas. Digan que Orfeo cantando á la cítara amansó domesticó los tigres y suspendió el curso de los rios. Válganse enorabuena de estos hipérboles para ponderar la elocuencia del uno y del otro: que yo podré valerme de testigos mas abonados para persuadiros que fue de clase superior la elocuencia de Jesucristo. Porque ¿no tenemos ahí á María Madalena tan pendiente de la boca del Señor, tan embelazada de oírle, que puesta á sus pies de todo se olvida y aun de sí misma? No tenemos á los apóstoles que cuando su magestad los despide, le responden: A dónde hemos de ir? cómo hemos de apartarnos de Vos, y dejar de oír las palabras que teneis de vida eterna? Hasta los mas crueles enemigos de Jesucristo, aquellos mismos que le buscaban con el ánimo depravado de encontrar en sus obras ó palabras motivo para la acusacion y la calumnia, se volvian diciendo á pesar de su odio y á fuerza de la verdad: Qué jamas habian oído hablar á otro hombre tan bien como el Señor hablaba: *Numquam sic locutus est homo, ut hic loquitur* (Joan. VII. 46.).

2. Mas para qué me canso? Para qué es menester acordaros estos ni otros sucesos de la vida de Jesucristo, cuando en el evangelio que hoy canta la Iglesia tenemos una prueba convincente de su divina elocuencia? Pues nos refiere S. Lucas, que los publicanos y pecadores se acercaban al Señor para oírle: *Erant appropinquantes ad Jesum publicani & peccatores ut audirent illum*. Los publicanos, aquellos avaros que ántes no pensaban en otra cosa que en enriquecerse exigiendo los tributos públicos, se salian de las aduanas y se iban á oír como Jesucristo les decia que para seguirle debian desprenderse de cuanto poseían. Los pecadores mas escandalosos, aquellos que ántes entregados á los deleites del sentido hacian burla de los sermones y buenos consejos, dejaban sus divertimientos y hallaban el mayor gusto en oír como Jesucristo los desengañaba y reprendia: *Erant appropinquantes ad Jesum publicani & peccatores ut audirent illum*. O cuán admirable es la fuerza de la elocuencia de nuestro salvador! Pues así atrahe y convierte á los pecadores. Y cuánto mas admirable es aun la dignacion de su inmensa bondad; pues no solo habla y enseña á los pecadores, sino que trata familiarmente y come con ellos?

3. Pero estas demonstraciones del amor de Dios hecho hombre con los pecadores que á nosotros nos admiran, á los escribas y fariseos les sirvieron de motivo para que le murmuraran: *Murmurabant scribæ & pharisæi dicentes: quia hic peccatores récipit & manducat cum illis*. Porque todos los fariseos siendo tan soberbios y estando tan ufanos con su aparente pretendida justicia, como aquel que nos describe nuestro evangelista al capítulo XVIII. se apartaban de los pecadores y se desdñaban de tratarlos; y por eso culparon que Jesucristo se familiarizara tanto con ellos. Pero el Señor registrando sus ocultos malignos pensamientos, para rebatirlos y justificar su conducta con los pecadores, les propuso estas dos parábolas: Si un pastor pierde una oveja de su rebaño ¿no la busca hasta que la encuentra? Y si una muger pierde una dracma ó moneda ¿no revuelve toda su casa por hallarla? Pues por qué no he de hacer yo otro tanto por el recobro ó conversion de los pecadores, cuyas almas están perdidas y son mas preciosas que las ovejas y las dracmas? Dijo Jesucristo; y dió otra evidente prueba de su elocuencia. Pues en pocas palabras hizo patente la sinrazon con que le murmuraban los escribas y fariseos, manifestándoles que todo lo que ejecutaba era efecto de su bondad, y en cumplimiento del designio de su venida al mundo á buscar no á los justos sino á los pecadores.

4. Parece que nuestro divino maestro tomó ocasion de la malicia de los fariseos, para hacer anatomía de las entrañas de su misericordia y poner de manifesto los afectos de su corazon. Pues en las dos parábolas del evangelio descubrió su sentimiento al perderse los pe-

cadores, su paciencia en sufrirlos, su diligencia en buscarlos, su alegría al hallarlos, su trabajo en traerlos, y su liberalidad en honrarlos. No sé ni nos dice el evangelista, si los fariseos quedaron convencidos de esta verdad; pero bien sé que vosotros Fieles míos, tenéis formado el mas alto concepto del amor y misericordia de Dios con los pecadores. Sin embargo habré de hablaros de ella en el discurso de mi plática, aunque será como en confuso y con la concisión á que me estrecha la brevedad del tiempo, y sin la energía que pide lo elevado del asunto.

Asunto.

5. Si contemplamos á los pecadores como pecadores, no podemos dejar de reconocerlos objeto digno del aborrecimiento de Dios. Porque segun dice el sabio (*Sap. xiv. 9.*) Dios no ménos aborrece al ímpio por su impiedad que á la impiedad misma. Pero esto no impide el que Dios ame á los pecadores en cuanto hombres: siendo como son hechuras suyas y habiéndonos dicho el mismo sabio (*Ib. xi. 15.*), que el Señor nada aborrece de lo que hizo. Ama pues Dios, decia mi angélico maestro santo Tomas (*I. p. q. 20. art. 2.*) á todos los hombres porque son hombres, y aborrece á muchos porque son pecadores, amando en ellos la entidad que es obra suya y aborreciendo el pecado que es obra nuestra. Pero me hago cargo que no debo introducirlos en lo mas recóndito de la teología, para que aprendais á prescindir con sutileza los respectos con que Dios al mismo tiempo ama y aborrece á los pecadores; y así dejándoos en esta inteligencia y buscando vuestro aprovechamiento, comienzo á hacerlos ver lo mucho que Dios ama á los pecadores por el sentimiento que tiene de que lo sean.

6. No siente mas un pastor vigilante la pérdida de una de sus ovejas: no siente mas una muger codiciosa la pérdida de una de sus mejores alajas, que siente Dios el que cualquiera de vosotros se pierda por su culpa. Se lamenta se duele tanto, que las sagradas letras para ponderarlo se valen de la espresion mas figurada, diciéndonos que lo íntimo del corazón de Dios está penetrado y herido de dolor: *Tactus dolore cordis intrínsecus*. Y aunque las palabras que se siguen y con que amenaza Dios castigar á los pecadores, parece que manifiestan su mayor enojo, en realidad son las que mejor convencen su bondad y misericordia. Porque si Dios quisiera ser, no digo cruel sino justo con los pecadores, teniendo como tiene derecho y poder para castigarlos, lo hiciera desde luego que pecan y no diria que lo hará despues. Del mismo modo que un hombre iracundo, cuando otro le ofende inmediatamente se venga, ó á lo ménos oculta y reserva para mejor tiempo la venganza. Pero Dios al contrario suspende el castigo, publica la amenaza y solamente á mas no poder la

ejecuta: *Delebo inquit hóminem quem creavi á facie terræ* (*Gen. vi. 7.*). Al modo que un padre amoroso al ver que su hijo comete alguna travesura le dice: mira que si voy haré y conteceré; pero nada hace hasta que contempla ser necesaria para la correccion la pena: así Dios Pecadores, para que os emendeis os anticipa la noticia del castigo; ó si hemos de decirlo con el vulgo, para amedrentaros ladra pero no muerde: *Delebo inquit hóminem á facie terræ.*

7. Ménos sufridas y mas airadas se muestran todas las criaturas contra el hombre que se atreve á ofender á Dios, que el mismo Dios ofendido. Porque aquella parábola en que Jesucristo nos refiere que los criados de un padre de familias fueron á ver el campo que habian sembrado, y encontrándole lleno de zizaña volvieron á decirle lo que pasaba y ofrecerse desde luego á arrancarla (*Mat. xiii. 28.*) *Dómine vis, imus et colligimus ea?* Esta parábola digo; qué significa sino que todas las criaturas, verdaderos fieles criados de Dios, están enojadas y prontas á acabar con los pecadores zizaña que inficiona el campo de la Iglesia? El fuego como que dice: Señor quereis que los abraze y consuma? El aire quereis que los sufoque? El agua quereis que los ahogue? La tierra quereis que los trague y los sepulte? Todas las criaturas á una voz claman venganza contra los pecadores, y se ofrecen á tomar satisfaccion de las injurias que hacen á su criador: *Vis, imus et colligimus ea?* Pero el Señor templa sus iras y responde: No quiero: *Et ait: Non.* No quiero que los pecadores mueran sino que vivan para que se arrepientan: *Et ait: Non.* No quiero la venganza. Tened paciencia, que yo la tengo hasta el dia de la mies ó del juicio, en que siendo inescusables incorregibles los pecadores, haya por precision de trocar en justicia mi misericordia: *Et ait: Non.*

8. Y no solamente las criaturas, sino que tambien todos los atributos de Dios á excepcion de su misericordia, se declaran enemigos de los pecadores. La omnipotencia como que le dice; quereis que los auquile? La sabiduría quereis que invente un nuevo suplicio? La justicia quereis que les dé el castigo que se merecen? Pero la misericordia responde que no: *Et ait: Non.* Y yo Dios mio, al oír á vuestra misericordia tan declarada á mi favor, no puedo dejar de aclamarla con el real profeta en cierto modo superior á todas vuestras perfecciones: *Et miserationes ejus super omnia ópera ejus* (*Ps. cxliv. 9.*). Bien que vuestra omnipotencia me mantenga y vuestra sabiduría me alumbre y dirija; sin embargo al contemplar que todo es efecto de vuestra misericordia, al contemplar que ella sola me preserva de las iras de vuestra justicia y al contemplar la paciencia con que á pesar de mis culpas me sufre vuestra misericordia, no puedo dejar de difundirme en su alabanza: *Et miserationes ejus super omnia ópera ejus.*

9. Pero todavía á mas de la paciencia, tenemos otro argumento de la misericordia de Dios en la diligencia con que busca á los pecadores y en la ansia con que los atrae. Y aquí para daros á entender la conversion de los pecadores, pudiera discurrir sobre los movimientos de la gracia con que Dios los llama y los trae á sí, y los efectos de la gracia con que los justifica. Pero qué habia de deciros? Cuando los filósofos mas curiosos no han podido hasta ahora averiguar en qué consiste aquella virtud natural con que el iman levanta y atrae al hierro: cómo he de averiguar yo cuál es la fuerza sobrenatural que tiene la gracia de Dios, para convertir y traer á los pecadores mas pesados que el hierro? Lo cierto es Oyentes míos, que los pecadores no tienen en sí mismos fuerzas para acercarse á Dios de quien se apartaron por su culpa, y que Dios es quien les da fuerzas para que se le acerquen: es quien los trae á sí, y por eso se dice con propiedad que los busca. Bien van los pecadores á Dios cuando se convierten; pero Dios es quien misericordioso, sin que ellos lo merezcan los trae con las ilustraciones é inspiraciones de su gracia. Porque en el infeliz estado de la culpa los pecadores nada merecen sino la pena de un eterno suplicio: ni fuera la gracia gracia, decia S. Agustin (*In Joan. c. xv. Trac. lxxxvi.*) si ellos la merecieran. Jesucristo solo la mereció, y por sus merecimientos la dispensa Dios á los pecadores.

10. Y esto basta Señores, para que conozcais los admirables efectos de la misericordia de Dios. Pues veis que no se contenta con sufrir á los pecadores que mas le ofenden, sino que compadecido los socorre y los saca de tan miserable estado. Pero aun lo conoceréis mejor si poneis los ojos en la parábola del evangelio. Al modo que un pastor dejando su rebaño busca la oveja perdida: así Dios dejando en los alcázares celestes á los ángeles fieles ovejas suyas, bajó á la tierra á buscar á los hombres ovejas que iban perdidas y descarriadas. Y qué silvos no dió en su predicacion para llamarlas? Qué pasos por desiertos villas y ciudades para encontrarlas? Y una vez que las encontró, qué no hizo qué no padeció por restituirlas á su aprisco é incorporarlas con su rebaño? Se las cargó sobre sus hombros como el pastor del evangelio. Porque ¿qué fué sino llevar sobre sus hombros la oveja perdida, llevando la cruz y en ella nuestros pecados, para aligerarnos de su peso y librarnos de la esclavitud del demonio?

11. No solo podeis llamar á Jesucristo pastor de los hombres sino tambien esclavo suyo. Pues al modo que los esclavos con su trabajo nada se grangean para sí, sino que todo quanto ganan cede á beneficio de sus dueños: así Jesucristo con sus inmensos trabajos casi nada para sí, todo el provecho nos le acarreó á nosotros. Porque á excepcion de la gloria de su cuerpo y de su nombre ¿qué gracia,

qué gloria que ántes no tuviese, qué fruto sacó de su pasion y muerte? Para mí, dulcísimo Jesus, por mi bien trabajasteis: para mí llorasteis: para mí sufristeis acerbos dolores: para mí derramasteis vuestra sangre: para mí ofrecisteis á vuestro eterno Padre el sumo sacrificio de vuestra muerte. Vuestros trabajos me descansan, vuestros dolores me alivian, vuestras lágrimas me lavan, vuestra sangre me redime, vuestra muerte me da la vida eterna. Todo cuanto hicisteis hasta morir redundan en bien mio; y Vos amabilísimo Jesus, tanto me amais que lo mirais como propio, queriendo que os den parabienes como si fuera bien vuestro. O abismo de misericordia! ¿Con qué voces llamais al abismo de mi miseria, rompiendo las cataratas de los cielos para que lluevan sobre mí á rios vuestras piedades? *Abyssus abyssum invocat in voce cataractarum tuarum* (Ps. xli. 8.).

12. A primer vista cualquiera pensaria que Jesucristo entre las angustias de su pasion y muerte no daria entrada en su corazon á la alegría. Pero en verdad entónces la tuvo mayor que nunca; porque entónces recobrando las ovejas perdidas, pudo decir que le dieran muchas enorabuenas, y pudo mandar á los ángeles que hicieran en el cielo las mayores fiestas: *Congratulámini mihi, quia inveni ovem meam, quæ perierat* (Luc. xv. 6.). Mas no se ciñó á aquel tiempo toda su alegría, sino que ahora mismo recibe el Señor en los cielos enorabuenas y manda á los ángeles que celebren fiestas por la conversion de cualquiera de los pecadores. Ahora mismo si alguno de vosotros movido del amor á la bondad de un Dios que tanto os ama y que os dispensa las misericordias que estais oyendo detesta y llora amargamente sus culpas, inmediatamente las lágrimas desde sus mejillas suben al cielo, y puestas delante de los ángeles los obligan á que celebren una gran fiesta. Quién creyera, Señores, que habia de conmoverse la corte celestial por la conversion y penitencia de un pecador? O á lo ménos quién creyera que por ella habian de hacer los ángeles mayor fiesta que por la gracia de que gozan noventa y nueve justos? Pues uno y otro nos lo asegura la misma infalible verdad Cristo señor nuestro en el evangelio. Y de ahí podeis inferir facilmente que si no es mayor el amor que Dios tiene á los pecadores que el que tiene á los justos, sin duda es mayor la misericordia que usa con aquellos que la que usa con estos; y por consiguiente mayor la alegría que muestra en su conversion, que es todo efecto de su misericordia.

13. Y lo que en general dijo Cristo de la conversion de cualquier pecador, lo comprueba con el ejemplo del hijo pródigo, por cuyo arribo á la casa de su padre celebró este un convite tan espléndido que movió la emulacion y la envidia del otro hijo obediente. Y aun si bien se mira, toda la conducta de la misericordia de Dios con los

pecadores está descifrada en ese símile del hijo pródigo, que nos propone nuestro evangelista inmediatamente despues de los del pastor que perdió la oveja y de la muger que perdió la dracma. Pues todo lo que el padre ejecutó con su hijo pródigo lo ejecuta Dios con el pecador. Apenas este vuelve en sí, y forma un deseo sincero de convertirse, cuando Dios aunque desde lejos le mira ya, y comienza á compadecerse de su miseria: *Misericordia motus est*. Luego que le ve venir ayudado de sus auxilios, le sale al encuentro y tomándolo entre los brazos de su proteccion le da el ósculo de paz: *Et occurrens osculatus est eum*. Al instante revistiéndole con la estola cándida de la gracia santificante le restituye toda la belleza que perdió por su culpa: *Cito proferte stolam primam et induite illum*. Y ultimamente manda poner la mesa y sentándole á ella le da por alimento el cordero inmaculado de su Unigénito Hijo: *Adducite vitulum saginatum, et occidite et manducemus et epulemur* (*Luc. xv. 20.*).

14. Qué mas puede hacer Dios con los pecadores? Y qué mas puedo añadir yo en prueba y en elogio de su misericordia? Nada Oyentes míos. Pero mis voces se trocarán en lamentos, si siendo tan universal tan inmensa como es, no os aprovechais de la divina misericordia. Y aun será mayor mi lástima, si la tomais como pretexto para obstinaros en la culpa. Confieso que cada vez que os hablo de la misericordia de Dios, temo induciros á aquella vana perniciosa confianza de que adolecen muchos pecadores. Porque cuando se les corrigen sus excesos; les oigo decir frecuentemente que es infinita la misericordia de Dios, y que á cualquier hora que se conviertan alcanzarán el perdon de sus culpas; y así como que se acuestan y duermen mas seguros á la sombra de la misericordia. Mas ay! que cuando ménos penseis Pecadores, os hallareis en manos de la justicia. Porque acaso la misericordia puede sufragar á los que os valeis de ella para dilatar la penitencia? ¿No es eso despreciar las riquezas de la paciencia y de la bondad de Dios? decia S. Pablo. ¿No es querer, continua el apóstol, atesorar con la dureza y impenitencia del corazon la ira para el dia de la ira? Esta es la que encontrareis en lugar de la misericordia que esperais; *Secundum duritiam tuam et impenitens cor thesaurizas tibi iram in die iræ* (*Rom. ii. 5.*).

15. Verdaderamente, decia el mismo S. Pablo, la benignidad y misericordia de Dios, en lugar de adormecernos en la culpa nos despierta á la penitencia. Porque en tanto nos arrepentiamos y nos movemos á pedirle perdon de haberle ofendido, en cuanto creemos que es misericordioso; y si porque es misericordioso continuamos en ofenderle; no somos infames villanos, no merecemos los rigores de su justicia? Consideradlo sin preocupacion Oyentes míos, haciendo la cuenta de que vosotros estais en lugar de vuestro Dios. Qué diriais si porque sois misericordiosos, con arrojo y descaro os ofendie-

ran vuestros enemigos? ; No echarais mano del rigor para desmentir y castigar el concepto el abuso que hacian de vuestra misericordia? Pues porqué no temeis de parte de Dios lo mismo que vosotros justamente ejecutarais con los hombres? Qué no es justo el Señor? es insensible á las injurias ó insensato? Deponed pues esa vana confianza que teniais en su misericordia. Aplaudidla: está muy bien. Imploradla: pero sea luego luego, y con las lágrimas de la penitencia en los ojos. Al modo que la oveja perdida se dejó hallar y llevar sobre los hombros de su buen pastor: así vosotros dóciles á las voces con que Jesucristo os llama á penitencia, y agradecidos á la fineza con que os lleva sobre sus hombros, postraos á sus pies para pedirle perdón de vuestras culpas. No importa dulcísimo Jesus, que seamos pecadores; pues vos venisteis al mundo á buscar á los pecadores. Nos acercamos con esta confianza al trono de vuestra misericordia, diciendo y clamando que nos pesa de haberos ofendido, pésanos de haber pecado. Admitidnos en vuestro rebaño, que prometemos no apartarnos jamas asistidos de vuestra gracia. Misericordia Dios mio, &c.

PLÁTICA LXXIV.

DE LA DOMINICA CUARTA POST PENTECOSTEM
predicada á 10 Junio de 1742: 30 Junio 1743: 4 Julio 1745.

Præceptor per totam noctem laborantes nihil cépimus. Luc. V. 5.

I. **M**uy poco debe la magestad de Cristo á los judíos: mucho debe á los galileos. Aquellos aunque paisanos suyos, no bien le piden que obre en su patria Nazareth los prodigios que habia obrado en Cafarnaum, cuando obstinados no quieren créer lo que les dice, y crueles intentando precipitarle desde la cumbre de un monte, le obligan á que se haga invisible para librarse de sus manos y pasarse á la tierra de Zabulon y de Nephtholim, Galilea gentil que en cumplimiento de la profecía de Isaías ve regocijada la gran luz que el Señor esparce: *Terra Zabulon, et terra Nephtholim Galilæa gentium, pópulus, qui sedebat in ténebris vidit lucem magnam* (Is. ix. 2.). Sus habitadores admirados del milagro que obró en Caná, y agradecidos á los beneficios que les habia hecho en Cafarnaum, unas veces no le dejan salir de sus ciudades, y otras le siguen á los desiertos con un cariño desmesurado.

2. Nuestro evangelista S. Lucas nos describe al Señor circuido y tan acosado de las turbas en la playa del lago de Genesareth, que se vió precisado á subirse al barco de Pedro, desde donde como desde un púlpito las predicó largo rato para satisfacer la
sed

sed insaciable que tenían de oírle. Y entónces mismo segun nos refiere S. Mateo, en premio de la fineza con que le amaban los galileos, escogió de entre ellos para discípulos suyos á Pedro, Andrés, Jaime y Juan. Y no paró aquí su empeño en favorecerles; pues á vista de todos mandó á Pedro y sus compañeros que se engolfaran de nuevo en el mar de Galilea, que arrojaran al agua sus redes, y las sacarian llenas de pescados, en pronóstico de la gran multitud de hombres peces racionales, que pescarian con el anzuelo de su predicacion: *Dúc in altum et laxate retia vestra in capturam.*

3. Pero en esta narracion admirable merecen especial atencion las palabras con que S. Pedro manifestó al Señor su desconfianza, escarmentado de la inutilidad de su antecedente pesca. Maestro, le dijo, toda la noche hemos estado luchando con las ondas arrojando y recogiendo las redes, y nada hemos pescado: *Præceptor per totam noctem laborantes nihil cèpimus.* Estas palabras digo arrebatan toda mi atencion; porque á juicio de S. Cirilo Alejandrino, los que están en pecado mortal deben hablar el mismo language con que se explicaba Pedro ántes de ser llamado al apostolado: cuya noticia puede seros muy provechosa. Los pecadores, Oyentes míos, viven y trabajan entre tinieblas *per totam noctem*: viven y trabajan con fatiga *laborantes*: viven y trabajan sin provecho *nihil cèpimus*. Así os lo haré ver en las tres partes de mi plática, para que los que estais en el infeliz estado de pecadores procureis salir de él á trabajar con luz, con gusto, y con fruto en gracia del Señor.

Primera parte.

4. De noche era cuando Pedro y sus compañeros atrojaron al mar sus redes en ausencia de Jesucristo; y tambien es noche obscura aquella en que viven y trabajan los pecadores. Porque segun se explica el Espíritu Santo, las tinieblas y el pecado como que nacieron de un parto: *Error et ténébræ peccatõribus concreata sunt* (*Eccli. xi. 16.*). Y están entre sí tan conexos estos dos funestos males, que si el mas ilustrado de los ángeles ó el mas elevado de los querubines pudiera pecar, en el mismo instante el error tomara posesion de su entendimiento. Y así bien podeis decir que aquel pecador es consumado en las ciencias: que este es un ministro bien instruido en las leyes y costumbres del reino: que el otro es un político muy hábil: que yo os responderé con S. Agustin, que venerando su habilidad me lastimo de sus personas, y que todo el esplendor de su sabiduría solo sirve para hacerme ver mejor su ceguedad.

5. Bien podeis decir si gustais, con las palabras del ángel de Laodicea á quien escribia S. Juan, que teneis un perfecto conocimiento de todo lo que os importa y que nada se oculta á vuestra perspicacia: que como esteis en pecado mortal, os diré con el mis-

ano evangelista que sois unos ignorantes; pues no os conocéis á vosotros propios: *Nescis quia tu es miser et miserabilis, et pauper et cæcus et nudus* (*Apoc. III. 17.*). No conocéis que sois miserables criaturas, víctimas del infierno y objetos de la indignacion de Dios: *Miser*. No conocéis que es tan deplorable vuestra miseria, que os hallais en una fatal imposibilidad de salir de ella: *Miserabilis*. No conocéis que estais ciegos, siendo así que andais á tientas y no veis las cosas como son en sí: *Cæcus*. No conocéis que la culpa os ha desnudado de los bienes verdaderos que adornaban vuestras almas, y de las luces que ilustraban vuestros entendimientos: *Nescis, quia tu es miser et miserabilis et pauper et cæcus et nudus*.

6. El mundo lisonjero es quien con engaños logra encubrir á los pecadores su propia ignorancia y miseria, y hacerlos digámoslo así, invisibles á sí mismos. Porque llama prudentes á los avaros que con el pretexto de contingencias ó de enriquecer á sus herederos, atesoran grandes caudales, ó los grangean con artificiosos usurarios contratos. El mundo llama agudos y discretos á los que en conversaciones y concursos con equívocos y chistes provocativos embelesan y entorpecen la voluntad de una incauta. Y lo son en verdad? Qué han de ser? Por donde merecen el nombre de prudentes los que anteponen las imaginarias necesidades á la precisa obligacion de dar de limosna lo superfluo? Cómo han de llamarse sabios los que prefieren los momentáneos torpes gustos del sentido á las eternas delicias del espíritu? Los que no se gobiernan por los principios sólidos de la sabiduría, ni siguen las luces de la fe que recibieron en el bautismo?

7. Esta en sentir de S. Agustin, es la causa de la ignorancia y ceguedad de los pecadores. Porque en el mundo no hay otra luz verdadera que la luz de la fe, participacion del entendimiento divino, y capaz de conducirnos al conocimiento y posesion de la verdad eterna. Y como la voluntad depravada de los pecadores no sigue la luz de la fe que reside en sus entendimientos, viven ciegos entre tinieblas. Qué ceguedad estar trabajando por espacio de cuarenta ó cincuenta años por irse á los infiernos! ¡Qué ceguedad creer que un instante inevitable de la muerte ha de privarlos de todos los bienes de la tierra y emplear toda la vida por adquirirles! Qué tinieblas! Son mas espesas que las de Egipto, y con todo aunque las palpan no las ven los pecadores, hasta que Dios por su infinita misericordia los saca de ellas, para trasladarlos segun dice S. Pedro á la admirable hermosa region de la luz: *De tenebris vocavit vos in admirabile lumen suam* (*I. Petri II. 9.*).

8. Y aun cuando el Señor no se digna alumbrarlos para que se reconozcan y conviertan, llega en fin el dia del desengaño el dia de la muerte, en el cual constituidos en los oscuros calabozos del abismo conocen inutilmente su pasada ceguedad. Allí como dice el sabio

cla-

claman y se lamentan. Ay! Nosotros insensatos teníamos por insensatos á los justos, y hacíamos burla y desprecio de ellos! Ay! No amaneceó para nosotros el sol de justicia: envueltos en tinieblas no descubrimos la senda de la verdad. Ay! Luego errantes hemos caminado los caminos de la iniquidad y de la perdicion, caminos ásperos y difíciles en que nos hemos fatigado: *Ergo errávimus á via veritatis ... lassati sumus in via perditionis, et ambulávimus vias difficiles* (Sap. v. 6.). O bien con las palabras de S. Pedro dirán: Hemos trabajado á oscuras de noche y hemos trabajado con pena y afán: *Per totam noctem laborantes*. Y entónces dirán verdad como vereis en mi

Segunda parte.

9. El trabajo Señores, es una ocupacion que nace con nosotros. Es un yugo impuesto á los hijos de Adan desde que salen del seno de su madre hasta que entran en el del sepulcro. Es una obligacion que comprende á reyes y vasallos, á ricos y pobres, á justos y pecadores. Pero hemos de distinguir con Hugo de S. Víctor tres trabajos: trabajo de hombres, trabajo de justos, y trabajo de pecadores. El primero es señal del pecado, el segundo es satisfaccion por el pecado, el tercero es pena del pecado. El primero es efecto de la providencia, el segundo de la misericordia, el tercero de la justicia. El trabajo en el hombre es carga de la naturaleza: en el justo es carga ligera y suave: en el pecador es carga dura y pesada. Así nos lo da á entender el Espíritu Santo, cuando hablando por boca de Job (v. 7.) del primer trabajo nos dice que es tan natural al hombre como el vuelo á las aves: *Homo nascitur ad laborem, sicut avis ad volatum*. David hablando del segundo le mira como un trabajo dulce y agradable: *Labores manuum tuarum quia manducabis, beatus es et bene tibi erit* (Ps. cxxvii. 2.). Pero el mismo real profeta hablando del tercero dice que es un trabajo pesado, un trabajo que abruma y disipa las fuerzas: *Humiliatum est in labóribus cor eorum, infirmati sunt* (Ps. cvii. 12.). Porque como el designio de Dios no es dispensar á los hombres del trabajo para que vivan ociosos, sino endulzar el trabajo para que cumplan con las obligaciones de su estado: una vez que pecando irritaron su justicia no merecen los favores de su misericordia, no merecen que el Señor aligere alivie endulze sus trabajos, sino que agrave mucho mas sus fatigas.

10. Un ejemplo autorizado os hará mas perceptible esta verdad. Contemplad á Adan inocente y á Adan pecador. En los dos estados ordenó Dios que trabajara; pero en el de la inocencia, segun el modo con que se explica la Escritura, un Dios misericordioso le puso al trabajo: *Pósuit ut operaretur* (Gen. ii. 13.); y en el de la culpa un Dios airado le arrojó al trabajo: *Ejecit ut operaretur* (Ih. iii.

23.). En el uno el trabajo es ocupacion que le honra y le divierte : en el otro es tarea que le abatia y le fatigaba. En el uno la tierra naturalmente fecunda le abria sus entrañas para darle copiosos sazoados frutos : en el otro estéril ingrata al cultivo en lugar de espigas le producía espinas. En el uno oficiosas las criaturas contribuan á su satisfaccion y gusto : en el otro se conjuraron en su ruina. Y no estrañéis Señores, la diferencia ; porque Dios puso á Adán inocente en el paraíso , para que trabajara como un hijo dócil á los ojos de su amoroso padre ; pero despues de haber pecado le arrojó á una tierra maldita , para que como esclavo rebelde trabajara bajo las órdenes de un cruel dueño. Pues lo mismo os digo del trabajo de los pecadores , en todo semejante al de su primer infeliz padre.

11. No me digais que conocéis á muchos viciosos que al resguardo de la fortuna y de la abundancia viven sin afan y sin fatiga. Porque Job (*iv. 8.*) que tuvo la vista mas perspicaz que nosotros, nos dijo que despues de haberla esparcido por todas partes fijándola en los pecadores los halló ocupados en sembrar y çoger dolores : *Séminant dolores et metunt eos.* Y el Espíritu Santo que registra sus corazones nos asegura que su propia ociosidad los consume , y que su quietud está tan perturbada , es tan corta como si no fuera : *Modicum tamquam nihil in requie* (*Eccli. xz. 6.*). Y el mismo nos dice que el furor los zelos la zozobra , los ímpetus de la cólera , el temor de la muerte y todas las pasiones desenfrenadas son otros tantos golpes que la pesada mano de Dios descarga sobre los pecadores : *Furor zelus fluctuatio tumultus , timor mortis super iniquos creata sunt hæc omnia.*

12. Yo confieso que el vulgo tiene por feliz á una muger ociosa, que emplea la mayor parte del dia en peinarse y el resto en pasear jugar y divertirse. Pero si se mira á buena luz , la hallareis abandonada á la inquietud á los zelos y al furor. Qué impaciente , al verse pospuesta á otra ménos hermosa porque es mas rica ! Qué inquieta de que menoscabada su hacienda , no puede hacerse la gala que quisiera ! Qué zelosa de que en su presencia todos ó muchos cortejen á su émula ó enemiga ! Qué triste de que ya los años van cubriendo de canas su cabeza y de arrugas su rostro ! Crece en su interior el despecho , y cuanto mas oculta su pasion tanto mas la atormenta. *Furor zelus tumultus.* Y lo mismo sucede en los hombres , ó bien sean ambiciosos ó avaros ó lascivos , aunque parezca que están alegres divertidos y regalados. Porque la zozobra los perturba , la ira los arrebatada , el temor de la muerte los aflige : *Fluctuatio iracundia perseverans , timor mortis.* Como forzados reman en la galera de sus pasiones y jamas llegan á la playa. Como el ciego Sanson mueven la muela de una tahona sin acabar de dar vueltas á su rededor. Como Pedro y sus compañeros trabajan con fatiga toda la noche de su vida

y no sacan fruto alguno: *Per totam noctem laborantes nihil cepimus.*

Tercera parte.

13. Si los pecadores consiguieran por su trabajo alguna recompensa estable y permanente, pudieran facilmente consolarse con que el trabajo es un mal comun á todos los hombres; pero trabajar y á lo último hallarse con las manos vacías sin haber sacado provecho alguno, es fuerte desgracia; mas inevitable en los pecadores que no pueden dejar de decir con S. Pedro: *Nihil cepimus.* Parece que el mundo debiera premiar con sus bienes el mérito de aquellos que dejan el servicio de Dios por emplearse en el suyo; pero es un infiel un ingrato un miserable. Cuántos despues de haber derramado su sangre en las campañas, van pidiendo limosna por las ciudades? Cuántos despues de haber empleado su juventud en servir y lisonjear á un poderoso, se ven en la vejez reducidos á la mayor estrechez? Cuántos despues de haber recogido muchos caudales, los lloran disipados al golpe de una adversa fortuna? Cuántos despues de haber concebido las mas vastas ideas de un gran ascenso, pierden en un instante hasta las esperanzas? Yo á estos los comparo con S. Juan Crisóstomo á aquellos matemáticos, que midiendo toda la estension de la tierra, apénas tienen una choza en que recogerse; ó con mayor propiedad á aquellos locos que puestos de espaldas al sol van tras su sombra: corren y no la alcanzan: se arrojan al suelo y no la encuentran.

14. Y bien demos que los pecadores consigan los bienes temporales que apetecen y por cuyo logro se afanan, con todo habrán de decir: *nihil cepimus* nada hemos sacado: porque las honras riquezas y placeres de que gozan son en verdad nada: son como una mosca en dictámen del profeta Isaías (*LIX. 5.*) que compara el trabajo de los pecadores á las telarañas: *Telas araneæ texuerunt.* Raro simile; pero bien ajustado al asunto. Porque al modo que la araña teje una tela á fin de prender una mosca: así los pecadores trabajan por coger lo que les importa ménos que una mosca. Y así como la telaraña es tan feble que tal vez la misma mosca, ó cuando no el aire basta á romperla: así tambien la felicidad que labran los pecadores con su trabajo es tan quebradiza, que los mismos bienes que la constituyen la quiebran; y si no, llega la muerte y con su guadaña, rompiendo el hilo de la vida, da al traste con él y con ellos.

15. Ah necios! dice Jesucristo por S. Lucas (*XII. 20.*) á los pecadores. Esta noche los demonios os arrancarán el alma: *Stulte hac nocte animam tuam répetunt á te.* Qué se hizo vuestra felicidad que os costó tanto trabajo? *Quæ autem parasti cujus erunt?* Qué se hicieron las honras que gozasteis, las riquezas que recogisteis, las

galas que rozasteis? Nosotros no lo sabemos, responden: solo sabemos que fueron nada y ya no son nuestras: solo sabemos que fuimos insensatos que nos fatigamos en vano, y que ahora somos esclavos del demonio y estamos ardiendo en un fuego eterno, mientras los justos están en los cielos gozando del honor de hijos de Dios: *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei* (Sap. v. 5.).

16. Aquellos si que trabajaron con luz con gusto y con provecho. Los justos son Oyentes míos, los que en presencia del Señor en su nombre y bajo sus auspicios arrojan al mar las redes y las sacan llenas de obras de vida eterna: *In nomine tuo laxabo rete*. Y así tambien vosotros á imitacion de Pedro disipadas las tinieblas del pecado y asistidos de la gracia de Dios, trabajad en su servicio que el Señor endulzará en esta vida y premiará en la otra vuestros trabajos con una corona inestimable. Por propia experiencia podeis conocer que estabais ciegos: que el mundo á quien servíais con la misma mano con que os regalaba os heria: que sus delicias son amargas, la fatiga cierta, la recompensa ninguna. Buscad en el Señor la luz la dulzura el premio. Confesad con S. Pedro que sois pecadores: *Homo peccator sum*. Y postrados á sus pies pedidle perdon de vuestras culpas. Adorado Salvador, que bendijisteis el trabajo de vuestros discípulos, para que en un instante recompensaran todo el tiempo que habian perdido: echad sobre nosotros vuestra bendicion: disipad las sombras de la noche en que hemos vivido: sacadnos del trabajo con que el mundo nos enreda y fatiga: no permitais que nos empleemos sino en vuestro servicio para alcanzar vuestra gloria: compadeceos de nuestra miseria. Misericordia Dios mio, misericordia &c.

En la misma plática para otro año se varió la segunda parte, como se sigue.

17. No creo hallareis en el mundo hombres mas atareados y afligidos de penas que los esclavos, cuya dura suerte ó condicion quitándoles la libertad les quita el gusto y satisfaccion que pudieran tener dueños de sí mismos. Pendientes de agena voluntad ni comen ni duermen ni pasean sin sustos, debiendo estar siempre sujetos á la voz del dueño que los quiere puntuales y afanados en su servicio. Y esta pena comun á todos los esclavos se aumenta en aquellos que están bajo el poder de un dueño cruel y desapiadado: como sucede á los pecadores verdaderamente esclavos, segun declaró Jesucristo en el evangelio (*Joan. ix. 34.*) y esclavos no de mejor dueño que del pecado: *Qui facit peccatum servus est peccati*. O sentencia terrible que condena á tal esclavitud á los pecadores! O desgracia funesta de los pecadores esclavos y esclavos del pecado!

18. Todos nacemos esclavos del pecado original, que hizo á la razon de nuestro primer padre y á la de todos sus descendientes esclava del apetito. Y aunque por la gracia del bautismo recobramos

la libertad, volvemos á perderla luego que gravemente pecamos; y se hace nuestra esclavitud de peor condicion que era ántes. Porque voluntariamente por nuestra propia culpa nos privamos del honor de hijos de Dios, del derecho de heredar su reino, y de otros dones mucho mas apreciables, que los que señalan y conceden las leyes á los ciudadanos libres de una república. Y para que veais cuan dura es la esclavitud de que os hablo, haced una induccion de los pecadores. Poned los ojos en los avaros, y los hallareis siempre ansiosos afanados en sus ganancias: en nada piensan en nada se ocupan, sino en como enriquecerse. Con razon las sagradas letras los llaman no ricos sino varones de riquezas, *virí divitiarum*, que es lo mismo que llamarlos esclavos de las riquezas. Y aun si bien se mira son esclavos del engaño de la mentira del hurto y de otros feos pecados que cometen por enriquecerse, cayendo segun dijo S. Pablo (*I. Tim. VI. 9.*) en mil tentaciones y en los lazos del demonio que los tiraniza. Ah miserables esclavos!

19. Pues no son ménos miserables esclavos los ambiciosos, que por conseguir una dignidad que les haga superiores á algunos sirven á todos. Como decia S. Bernardo (*de Consid. lib. III. c. 1. et lib. IV. c. 4.*) se envilecen se abaten, pierden la serenidad y sosiego del ánimo, viven ó mueren inquietos y perturbados. Y qué diremos de los lascivos? Salomon experimentado y no sé si escarmentado confesaba que habia encontrado á las mugeres mas amargas que á la muerte, á su corazon como á una red y á sus manos como lazos de cazadores. Y Ciceron preguntaba: Acáso puede llamarse libre aquel á quien una muger le manda? Y cómo? con qué despotismo? Si pide se le ha de dar, si llama se ha de ir, si despide se ha de ausentar, si riñe se ha de callar. Yo continúa Ciceron, á semejante hombre no solo le llamo esclavo, sino esclavo ruín aunque sea de la mas ilustre familia de Roma: *Ego vero istum non modo servum, sed nequissimum servum appellandum puto.*

20. Y la misma vergonzosa esclavitud se descubre en los que estan dados al juego, á la glotonería ó á otros vicios. Porque cómo pueden reputarse libres los que sirven á tan infames dueños? los que tienen la razon sujeta al apetito desordenado? los que se atormentan se afanan por satisfacer á sus torpes pasiones? Tal vez mirando las cosas por la parte de afuera, juzgareis que muchos viciosos al resguardo de la fortuna y de la abundancia viven con gran libertad sin trabajo y sin fatiga. Pero Job que tuvo la vista &c. *Sigue como desde el n. 11.*

JACULATORIAS.

21. Piadosísimo Jesus! Cuantos pasos hemos dado en la noche del pecado han sido tropiezos. Alumbrad Señor nuestros entendi-

mientos, para que acertemos á tomar el camino de la virtud. Perdonad Señor, nuestros yerros.

Dulcísimo Jesus! Sin Vos no puede haber gustos: con Vos no puede haber penas. Dadnos Señor, vuestra gracia para trabajar en vuestro servicio; pues ya arrepentidos decimos que nos pesa de haber pecado, pésanos de lo íntimo del corazón.

Benignísimo Jesus! En vuestro seno están los consuelos, derramadlos sobre nosotros. Perciba nuestro espíritu la dulzura de los santos. Perdonadnos las culpas que gravan nuestra conciencia. Misericordia, Señor misericordia.

PLÁTICA LXXV.

DE LA DOMINICA IV. POST PENTECOSTEM

predicada á 30 Junio 1743: 21 de Junio 1744: 26 de Junio 1746.

Præceptor per totam noctem laborantes nihil cepimus: in verbo autem tuo laxabo rete. Et cum hoc fecissent concluderunt piscium multitudinem copiosam. Luc. V. 5.

I. **Y**a en el principio de su predicacion manifestó Cristo señor nuestro la gran propiedad con que el profeta Malaquías (*IV. 2.*) le comparó al sol, dejándose ver desde luego veloz en su movimiento, resplandeciente por la luz de su doctrina, benigno por el influjo de sus beneficios. Pues apénas salió de aquel desierto en que estuvo ayunando por espacio de cuarenta dias, fué llevado por un ángel á Galilea, desde allí pasó á Nazareth su patria y luego se volvió á Galilea, dejando por todas partes manifiestas señales de su beneficencia en los enfermos que curaba. Las gentes á tropas le seguian, ó para decirlo con el evangelista, le atropellaban tanto que junto al lago de Genesareth se vió precisado á dejar la tierra y á tomar un barco que estaba en la playa. Tal vez las turbas enamoradas del Señor hubieran llorado su ausencia, como lloran los indios idólatras del sol su ocaso, sino vieran que se quedó á trecho en que podian oír lo que las predicaba; y luego despues vieron que se engolfó para que las aguas no ménos que la tierra fueran teatro de sus beneficios y maravillas.

2. Cuando entró Jesucristo en aquel barco, sus dueños Pedro Juan y Diego estaban muy tristes, porque habiéndose fatigado toda la noche no habian pescado nada: *Præceptor per totam noctem laborantes nihil cepimus.* Pero cuando despues les mandó que volvieran á arrojar al mar las redes, se pusieron muy alegres; porque inmediatamente las sacaron tan llenas de peces que no tuvieron en donde

ponerlos: *Concluserunt piscium multitudinem copiosam.* O qué aprieta se trocó la suerte de los apóstoles! Antes pudieron ser asunto de la mayor lástima: despues ya pudieron serlo de la envidia. O qué provechosa y qué eficaz fué la presencia corporal de Jesucristo! Antes todo fué fatigas todo penas, despues todo descanso todo regocijo. Los tres apóstoles se admiraron de la mudanza que experimentaban en sí mismos; y S. Pedro sobre admirado confundido de la magestad del Señor presente, se postró á sus pies para protestarle su indignidad y su reconocimiento.

3. Pues aun es mayor la diferencia que señala S. Cirilo Alejandro entre la suerte de los pecadores y de los justos, que la que descubris entre la suerte de los apóstoles ausentes de Jesucristo, y la de ellos mismos asistidos y acompañados de Jesucristo. Porque los pecadores verdaderamente apartados de la compañía y gracia de Dios, sobre trabajar inútilmente padecen una pena indecible. Pero al contrario los justos unidos íntimamente con Dios, sobre trabajar con fruto perciben un gusto imponderable. Esta idea quisiera que quedara impresa en vuestros corazones Oyentes míos, para que prefirierais la vida tranquila apacible de los justos, á la ingrata laboriosa de los pecadores. Y así en las dos partes de mi plática intentaré hacer os ver, cual es en este mundo la desgracia de los pecadores, y cual es la dicha de los justos.

Primera parte.

4. No sin justo motivo los apóstoles Pedro Juan y Diego luego que llegó Jesucristo á su barco le representaron su pena; porque ciertamente la tuvieron grande en aquella noche que precedió á su arribo, ya por la obscuridad de las tinieblas, ya por el trabajo de los remos, ya por la fatiga de haber arrojado al mar las redes, ya por el disgusto de haberlas sacado siempre vacías. Diga Pedro, diga que razon tiene: *Præceptor, per totam noctem laborantes nihil cepimus.* Pero al mismo tiempo decid vosotros Pecadores, con las mismas palabras de Pedro, que es grande la pena que padecéis. Porque estais viendo que en la noche de la culpa trabajais á obscuras, andais afanados, remais en la galera de vuestras pasiones, sin poder llegar á la playa del descanso y de la satisfaccion: *Per totam noctem laborantes nihil cepimus.*

5. Y aun si bien se repara, á mas de estos males que como ponderé en otra ocasion os afligen, teneis dentro de vosotros mismos otra causa fatal de vuestra pena, que es la propia conciencia que os remuerde os acusa y os condena. Infierno llama S. Juan (*Apoc. xx. 14.*) á la conciencia de los pecadores cuando dice que despues del juicio final el infierno será arrojado al infierno: entendiendo por aquel infierno á su conciencia, que ya con anticipacion al otro infier-

no los atormenta. Infierno llama otra vez á la misma conciencia, cuando dice que vió un caballo flaco amarillo en que iba montado un caballero, que teniendo por nombre muerte llevaba consigo los instrumentos de darla, espadas lanzas hambres pestes, y luego tras él vió al infierno: *Infernus sequabatur eum* (*Apoc. vi. 8.*). Porque así como en sentir de S. Gregorio por el caballo flaco entiende S. Juan al pecado, por el caballero al demonio: así tambien por el infierno que le sigue entiende la conciencia del pecador. Y es que el pecado lleva consigo é introduce en el alma al demonio, que le quita la vida de la gracia, y tras él entra á atormentarle el infierno de su conciencia: *Infernus sequabatur eum.*

6. Este repetido modo de hablar se funda Señores, en que la conciencia es la que mas aflige á los condenados en el infierno. Ni la lobrete de aquellos calabozos, ni la voracidad de aquellas llamas, ni la fiera de aquellos demonios los atormenta tanto como su conciencia, que les representa clara y distintamente todas las culpas que cometieron. Ella es la que les hace clamar continuamente: Ay que pudimos obrar bien! Ay que no quisimos obrar bien! Ay que justa y eternamente padeceremos el mayor mal! La conciencia es aquel gusano, que segun dijo Isaias (*LXXVI. 24.*) jamas muere y siempre muere y roe á los condenados: *Vermis eorum non morietur.* Y como esto mismo ejecuta ella con los pecadores, con razon se llama infierno. La conciencia los remuerde, los amenaza con la ira de Dios, los atemoriza con el castigo del infierno, y hace que en su corazón se hospeden como en su tabernáculo la perturbacion la ansia y la zozobra, inseparables compañeras del pecado y precursoras del infierno: *Hábitent in tabernáculo ejus socii ejus, qui non est* (*Job. XVIII. 15.*).

7. Así lo dijo Job, y así lo persuaden innumerables sucesos que nos refieren las sagradas y profanas historias. Comenzando por Adan vemos que apenas peca comiendo de aquella fruta prohibida, piensa librarse de la pena y congoja en que se halla escondiéndose, pero no puede lograrlo: porque lleva dentro de sí mismo en su propia conciencia al enemigo que le aflige. Luego en el mismo libro del Génesis encontramos con Cain, que huye hasta de sus propios hijos con el miedo de que el primero que le encuentre le ha de matar en castigo del fratricidio que cometió; pero cuando está mas solo es cuando mas teme y mas zozobra, porque entónces le acusa mas su propia conciencia. Pasando á la historia eclesiástica vemos en Sofronio que uno que mató á un niño, arrepentido ó temeroso se hizo monge; pero atormentado de la imagen y de la voz del niño que á todas horas se le representaba y le decia *porqué me mataste*, se salió de los claustros y dió en manos de la justicia. Lo mismo dice Dion Casio, que confesaba Neron que le sucedia con su madre á quien quitó infame-

mente la vida; y de todos los impíos ó pecadores en general dijo Salomón (*Prov. xxviii. 1.*) que huyen sin que nadie les persiga: *Fugit impius némine persequente.*

8. Pero nadie explica mejor que David los funestos efectos de la mala conciencia. Quien me vea rey decia, de las doce tribus de Israel me tendrá por muy feliz; pero yo me reconozco el hombre mas miserable del mundo: ando todo el dia triste y afligido porque el peso de mis pecados me encorva y me abruma: su horrible aspecto me asusta y me inquieta: su memoria como un gusano roe y lastima mis huesos: el pecado que cometí es un cruel infatigable enemigo que á todas horas me acomete. Tened Señor, decia una y muchas veces, misericordia de mi alma toda conturbada: *Miser factus sum et turbatus sum usque in finem. Non est pax óssibus meis á facie peccatorum meorum (Ps. xxxvii. 7. et 4.). Peccatum meum contra me est semper (L. 5.). Miserere mei Dómine (xxx. 10.). Anima mea turbata est valde (vi. 4.).*

9. O cómo experimentó y qué bien manifestó David la pena que le daba su propia conciencia! O qué bueno fuera que al oír sus lamentos temiendo incurrirla, procurarais evitar las culpas! O qué bueno fuera, que repararais con S. Ambrosio (*Apol. David cap. ix.*) que los pecados de adulterio y homicidio que cometió David, á nuestro modo de entender fueron contra el difunto Urías inocente marido de la adúltera Bersabé, y con todo él dice que son contra él: *Peccatum meum contra me est semper.* No dice que son en daño de Urías á quien costaron el honor y la vida, sino en daño propio; porque juzga que es mayor la pena que le dan en su conciencia, que la de la infamia y muerte que causaron en Urías. Bueno fuera que lo repararais, vuelvo á decir. Porque cuando quitais á vuestros prójimos la hacienda con robos ó usuras, el honor con torpezas ó murmuraciones, la vida con venganzas, tal vez pensais que estos pecados son contra ellos y no contra vosotros. Pues no. Tened entendido que en verdad son mas contra vosotros que contra ellos, como fueron mas que contra Urías contra David los suyos: *Peccatum meum contra me est semper.*

10. Porque ántes de cometerlos la conciencia era un fiel consejero que os advertia su fealdad y vuestra ruína; pero despues de haberlos cometido ella se constituye fiscal y juez contra vosotros: forma segun se explica S. Juan Crisóstomo (*Hom. 38. et 42. in Matt. et al.*) dentro de vosotros mismos un soberano formidable tribunal, en que como fiscal os acusa y como juez os condena á que padezcáis en esta vida indecibles penas por el temor que os infunde de las eternas que mereceis en la otra. O qué terribles son vuestras zozobras, avaros lascivos vengativos! No las sentís? Pues cómo no procurarais quitarlas? Cómo no serenais luego vuestras conciencias con el

arrepentimiento? cómo no restituís lo mal ganado? cómo no rompeis esa amistad torpe? cómo no perdonais las injurias? cómo vivís entre tantos sustos y congojas? Sois del número de aquellos infelices, de quienes decia Job (xvii. 13.) que llevan en su conciencia el infierno: *Si sustinúero infernus domus mea est.*

11. Pero aun son sin comparacion mas infelices aquellos pecadores, que gravado su corazon de culpas no sienten los remordimientos de su conciencia. Dadlos por perdidos Fieles míos. Porque David (Ps. lxxxvii. 6.) os dice que debeis formar de ellos el mismo concepto que de un hombre que teniendo su cuerpo hecho un harnero de heridas, está durmiendo: *Sicut vulnerati dormientes.* Pues así como el sueño de este es letargo y argumento de su próxima muerte: así tambien la insensibilidad de aquellos es prueba de su condenacion inevitable. Miéntras mas se rien y se alegran en la posesion de los bienes terrenos y deleites sensuales: lastimáos vosotros mas de su desgracia y temerosos de incurrir el abandono de Dios, de caer en el profundo de la iniquidad, pedidle al Señor que aumente los remordimientos de vuestra conciencia, para que despertados á sus golpes aspireis á conseguir la paz y la alegría verdadera que gozan los justos, y he de hacerlos ver en la

Segunda parte.

12. No leemos en el evangelio que los apóstoles despues de haber arrojado segunda vez las redes al mar, se quejaron de su pena. Antes gimiendo decian: Hemos trabajado toda la noche. Pero luego que arrojaron las redes sobre la palabra de Cristo señor nuestro, todo fué alegría. La dicha de tener á su magestad presente, la reflexion de obrar por su orden y la seguridad de que nada hacian que no le fuera grato, les daba fuerzas y aligeraba el trabajo. Y esto mismo nos refiere la sagrada escritura de los levitas. Aunque el arca del antiguo testamento por su magnitud y por las piezas de oro y plata que la cubrian fuese muy pesada: con todo los levitas que la llevaban sobre sus hombros estaban mas ágiles y robustos que los otros israelitas que caminaban á la ligera: no pudiendo ser otra la causa sino que Dios que tenia á aquella arca por su trono los ayudaba y los fortalecia. Y aun los hebreos creen, segun nos dice un sabio intérprete, ó que el arca iba por sí misma ó que Dios le quitaba milagrosamente su peso natural para que no molestara á los levitas.

13. Pues un milagro semejante á este Señores, sucede en nosotros cuando estamos y trabajamos en gracia de Dios. Cierta suavidad que no percibíamos ántes se esparce en el fondo de nuestras almas: cierto disgusto de la vida pasada nos hace parecer dulce y tranquila la nueva vida que emprendemos, y que ántes nos parecia áspera é

insoportable. Y cuando cotejamos la una con la otra clamamos con el real profeta: Mas nos vale estar un dia en el zaguan de la casa del Señor, que mil en los tabernáculos de los pecadores: *Melior est dies una in atriis tuis super millia* (Ps. LXXXIII. 11.). Y es la causa de esta satisfaccion de este gusto que sienten los justos dentro de sí mismos, la gracia de que gozan. Porque siendo esta semilla y participacion de la gloria, les comunica algunos principios ó vislumbres de aquella felicidad que poseen los bienaventurados.

14. Pero lo que mas sensiblemente consuela á los justos en medio de que ninguno puede saber si es digno del amor ó del ódio de Dios, es su propia conciencia. Porque así como dijimos que la conciencia es la que mas inquieta á los pecadores y la que les hace padecer en la tierra preámbulos de las penas que merecen en el infierno: al contrario la conciencia que no acuerda á los justos alguna culpa grave, es la que los sosiega y la que les hace gozar en la tierra parte de la dicha que les está prometida en los cielos. La misma diferencia que habia entre los gitanos y los israelitas, se encuentra entre los pecadores y los justos. Gitanos y israelitas vivian en Egipto; pero á aquellos los cegaban las tinieblas, los mordian los mosquitos, los aterraban las ranas: cuando á estos la luz mas resplandeciente los alumbraba, y nada los molestaba.

15. Pues asimismo viven juntos en este mundo pecadores y justos; pero aquellos viven entre penas y zozobras y estos entre alegrías y consuelos. Porque llega á ser su gloria, como decia S. Pablo (II. Cor. 1. 12.) el testimonio de la propia conciencia: *Gloria nostra hæc est, testimonium conscientia nostra*. Por eso el mismo apóstol entre cárceles y azotes sobresalía de gozo. Por eso S. Estéban entre los golpes de las piedras tenia un rostro de ángel. Por eso S. Lorenzo en las parrillas riendo decia al tirano: Infeliz, yo siempre he deseado hallarme en este convite. Por eso S. Tiburcio andaba sobre las ascuas como si fueran flores. La paz y quietud de sus conciencias, que les infundia el Señor con su gracia, los tenia con principios de vida eterna entre los tormentos de la muerte temporal.

16. El mundo que como dijo S. Juan no conoció á Dios, no llega á conocer esta felicidad de que gozan sus hijos: porque es toda interior como la gloria y hermosura de la esposa: *Filia regis ab intus, in simbriis aureis* (Ps. XLIV. 14.). Y si vosotros Fieles míos, hubierais de juzgar de los santos por el informe de los ojos, diríais que son infelices viéndolos léjos de las diversiones, privados de los gustos que mas apetecen los mundanos, y muchas veces perseguidos, despreciados desnudos y hambrientos. Así juzgaban de David los que huían de él viéndole á la parte de afuera triste y afligido: *Qui foras viderunt fugerunt á me* (xxx. 13.). Pero ilustrados con las luces de la fe, con ellas y con sus ojos debéis mirar lo interior de los justos y

envidiáreis la dicha de que gozan.

17. No queráis reparar en que soy negra á lo que se vé, decia la Esposa símbolo del alma santa: *Nolite considerare quod fusca sim* (*Cant. i. 5.*). Me despreciáreis por fea. Reparad en que el divino sol despide hácia mí mas ardientes sus rayos ; y yo enamorada le sigo entre el humo de los trabajos que en lo exterior me asean : *Decoloravit me sol*. Pero mi negrura y fealdad no es mas que aparente ; porque en realidad soy cándida como la paloma , y la mas hermosa entre todas las mugeres : *Columba mea :: Pulchérissima mulierum* (*Ibid. ii. 10. & i. 7.*). Y esto mismo dan á entender las palabras con que S. Pablo (*II. Cor. vi. 10.*) habla de la tristeza de los apóstoles y discípulos del Señor : *Quasi tristes semper autem gaudentes*. Como tristes dice ; porque su tristeza no era verdadera sino aparente , como si fuera tristeza , estando en verdad sumamente regocijados , no solo en fuerza de la esperanza de conseguir gozo eterno , como dijo en otra ocasion : *Spe gaudentes* , sino en fuerza de los consuelos interiores que percibian ; superiores á aquellos gustos con que lisonjea y engaña el mundo á los pecadores , y ellos despreciaban por Jesucristo.

18. Porque en sentir de S. Bernardo , aquel ciento por uno que promete el Señor á los que por su amor renuncian á los bienes y placeres de la tierra , no aguarda á darle en el cielo. Aquí mismo franquea delicias espirituales que son cien veces mas apreciables que las temporales que dejan. Y esta sentencia del meliflúo doctor la comprobó un discípulo suyo llamado Arnulfo , que habiendo perdido el sentido á la violencia de un dolor cólico luego que volvió en sí comenzó á decir á grandes voces : Verdad es cuanto dijisteis , ó buen Jesus : Preguntáronle los monges de Claraval qué queria decir con aquello ? Y él respondió que habia experimentado entónces entre los dolores de su cuerpo , gozos en su espíritu cien veces mayores que aquellos de que se habia privado en el siglo.

19. Y lo mismo que este santo monge decimos nosotros , ó buen Jesus ! Verdad es lo que dijisteis. Verdad es que dais á centenares las delicias á las almas de los justos que se apartan del mundo por entregarse del todo á vuestro servicio. Por nuestra culpa ó tibieza Señor , no las percibimos en nuestro espíritu ; pero con todo concebimos que son inmensas , deseamos gozarlas , cansados ya de sufrir los duros golpes que nos dá nuestra conciencia. Con verdad y á costa de nuestra propia experiencia podemos decir lo que los apóstoles : *Per totam noctem laborantes nihil cépimus*. En la noche del pecado hemos vivido á obscuras con afán y sin provecho. Pero ya en adelante diremos lo que los mismos apóstoles : *In nómine tuo laxabo rete*. Trabajaremos Señor , á órden vuestra , en gracia y presencia vuestra. Vos bendicireis nuestros trabajos para que sean dulces y fecundos.

Ya está echada la suerte. Nos entregamos del todo á vuestro servicio, sobre la palabra que nos dais de asistirnos con vuestra gracia. Serenad dulcísimo Jesus, perdonando nuestras culpas, la borrasca de la conciencia que nos acusa. Tened misericordia de nosotros, que arrepentidos decimos que nos pesa de haber pecado &c.

El año 1746. en lugar del número 18. se dijo lo que sigue :

20. Con razon pues y en prueba de lo que os digo, declaró el Sabio : Que las almas de los justos están en manos de Dios, sin que se atreva á acercárselas el temor de la muerte. Y bien que á los ojos de los ignorantes parezca que mueren, sus almas gozan de la mas perfecta paz : *Justorum animæ in manu Dei sunt* (Sap. III. 1.). Y esto que dijo el Espíritu Santo en general de los justos, lo apropia la Iglesia á los mártires, y lo canta en este dia de S. Pablo y S. Juan, cuya memoria ó martirio celebramos. En el concepto del mundo estarían tristes, serían miserables despues que el tirano los condenó á muerte, si dentro de diez dias no adoraban á los ídolos. Pensaria el mundo ó pensaria Roma su cabeza que aquellos dos nobles favorecido de Constantino y de sus hijos sentirían mucho perder las riquezas las honras que habian adquirido en su servicio, y que ántes de morir, morirían con la zozobra y miedo de morir : *Visi sunt oculis insipientium mori*. Pero en realidad en el espacio de aquellos diez dias estuvieron muy contentos, ocupados en distribuir las riquezas entre los pobres ; y desprendidos de los bienes terrenos comenzaron en su espíritu á gozar las primicias de aquella paz y celestiales delicias que habian de alcanzar con la muerte : *Illi autem sunt in pace*. Nosotros Señor, gravados con las culpas no percibimos en nuestro espíritu las delicias que perciben los justos ; pero con todo creemos que son inmensas, &c.

La plática de 18 de Junio de 1741 contenía resumidas las dos precedentes, con el orden que sigue :

21. En las cláusulas del evangelio que habeis oído, nos propone S. Lucas á los apóstoles Pedro Juan y Diego ya tristes y quejosos de que habiendo tendido en el mar sus redes por espacio de toda una noche no habian pescado nada : *Præceptor per totam noctem laborantes nihil cepimus* : ya muy alegres y admirados de que habiéndolas vuelto á arrojar por orden de su divino maestro, las sacaron tan llenas de peces que apenas pudieron caber en dos barcos : *In verbo autem tuo laxabo rete ... Et concluserunt piscium multitudinem copiosam*. Estraña, notable es por cierto la diferencia entre aquella pesca inútil ingrata hecha en ausencia de Jesucristo, y esta feliz abundante hecha por su orden, y como dice S. Cirilo Alejandrino, á sus ojos y bajo sus auspicios.

22. Pero á juicio de este santo padre, aun es mayor la diferencia

que hay entre los pecadores que trabajan por el mundo y los justos que trabajan por Dios. Trabajar por el mundo y en pecado, es trabajar de noche y á obscuras *per totam noctem*: es trabajar con disipacion del espíritu y de las fuerzas *laborantes*: es trabajar sin ganancia, cansarse sin fruto *nihil cépimus*. Al contrario trabajar por Dios y en su gracia es trabajar en medio dia y segun su órden *in verbo tuo*: es trabajar con libertad y con alegría *laxabo rete*: es trabajar con utilidad y cogiendo mas frutos espirituales que peces cogieron los apóstoles cuando segunda vez arrojaron al mar las redes: *Et cum hoc fecissent, concluderunt piscium multitudinem copiosam.*

23. Creedme Señores, trabajar por el mundo sin órden y sin gracia de Dios, es un trabajo pesado, inútil: trabajar por Dios y á su vista, es un trabajo dulce y provechoso. Qué partido quereis tomar? Qué elegireis? la vida laboriosa ingrata de los pecadores, que trabajan por el mundo, ó la vida tranquila apacible de los justos que trabajan por Dios? Para que sea acertada vuestra eleccion, os haré ver claramente en esta tarde que por mucho que trabajéis por el mundo no cogereis fruto alguno; y por poco que trabajéis por Dios sacareis gran provecho. Estas dos partes darán asunto á mis discursos y á vuestra atencion.

La primera parte consiste en un resumen de la plática LXXIV, y sigue:

24. Ni aun de parte de Dios teneis que esperar Pecadores, el premio de la gloria por las obras que hicieréis moralmente buenas. Una vez que ofendisteis á Dios mortalmente, perdisteis inmensos bienes: *Qui in uno peccáverit, multa bona perdet* (*Eccles. ix. 18.*). Oraciones limosnas vigiliass ayunos mortificaciones hechas en la noche del pecado, son obras perdidas obras estériles. Perdisteis á Dios? Pues con él lo perdisteis todo. Qué lástima! Á pesar de la confianza que teneis en vuestras devociones, y en las obras de algunas virtudes que ejercitais, habreis de decir con sentido mas trágico que los apóstoles: Hemos trabajado por toda la noche de nuestra vida con gran fatiga, pero sin fruto: *Per totam noctem laborantes nihil cépimus*. Pero si volveis á la gracia de Dios, y en su presencia y por su órden trabajais en su servicio: vuestro trabajo será dulce y provechoso, pudiendo decir con los mismos apóstoles: *In verbo tuo laxabo rete.*

La segunda parte comienza por los números 12 y 13 de la plática LXXV. Luego alguna memoria de cuanto admiraban los gentiles el gozo con que los mártires sufrían los tormentos; y prosigue:

25. No hay duda, Gentiles. Y es cierto, ó Cristianos, que si vosotros trabajais por órden y con el socorro de la gracia de Dios,

experimentareis lo mismo que los primeros fieles. El Señor os hará ver que no es ménos benigno con vosotros que lo fué con vuestros mayores; y os hará conocer la gran felicidad que trae consigo el arrojar las redes sobre su palabra; *In verbo tuo laxabo rete*. Al imperio de su voz calmará el mar ántes tempestuoso, se mitigará el ímpetu de vuestras pasiones ántes rebeldes, y en las redes que arrojaisteis, sacareis tan prodigiosa cantidad de peces que vosotros mismos os pasmareis: *Concluserunt piscium multitudinem copiosam*. Quiero decir, que trabajando como los apóstoles, en presencia y por orden de Jesucristo, no solo hallareis dulzura en el trabajo sino un gran provecho.

26. Cuando os dije que las obras que hicieréis en la noche del pecado eran obras perdidas estériles, solo quise deciros que no eran con todo rigor merecedoras de la gracia habitual, ni de la gloria eterna. Pero esto no quita á juicio de mi angélico maestro (*S. Th. III. p. 7. 89. a. 6.*) que siendo buenas y por buen fin no sean útiles por muchas razones. Ellas aplacan la divina justicia y os concilian su misericordia; y así cuando por desgracia os hallareis en el estado de pecadores, arrojad en nombre de Dios las redes de los ruegos de los ayunos de las limosnas, que con ellas cogereis los auxilios de su gracia, y hareis que el mismo Señor que interiormente os inspiró y os dijo como á los apóstoles: *Mittite retia vestra in capturam*, se dignará admitiros á su gracia.

27. En este feliz estado trabajareis ya con mas gusto y con mas provecho. Qué consuelo es para un soldado que despues de haber peleado con esfuerzo logra que su príncipe le franquee el premio, le alabe y le prometa atenderle en adelante á proporcion de sus méritos? Pues sin comparacion es mayor el consuelo de un justo que consigue que su Dios desde el cielo, como dice S. Cipriano le mire combatir bajo sus estandartes, le asista con su proteccion, le alabe y premie con inmensa liberalidad sus propios dones. Qué consuelo es para un labrador, que despues de haber cultivado y sembrado inutilmente en años de esterilidad una tierra ingrata, ve finalmente que á las influencias de los astros ella se fecunda, que el cielo la bendice para que le rinda ciento por uno? Pues aun es mayor el consuelo de un cristiano, que despues de haber cultivado y arrojado en la ingrata tierra de su alma algunas buenas obras sin sacar fruto por falta de la gracia, restituído á ella percibe que Dios derrama sus bendiciones, hace revivir las buenas obras mortificadas por el pecado, añade méritos á méritos y recompensa con extraordinaria abundancia la infeliz pasada esterilidad.

28. Alegraos, ó hijos de Sion, decia Dios por Joel (*II. 25.*) y os daré los frutos de los años que esterilizó la langosta: *Lætámini filii Sion, reddam vobis annos quos comedit locusta*. Alegraos ó Jus-


tos os diré yo , pues con vosotros habla el profeta : alegraos que ya el Señor fecundó vuestra alma con su gracia para que produzga copiosos frutos : alegraos que ya para decirlo con el evangelista , arrojando al mar las redes en su presencia y en su nombre las sacareis llenas de obras de vida eterna. Ya se disiparon las tinieblas de aquella noche oscura : ya cesó la fatiga : ya se desvaneció la desgracia. Tanta es vuestra felicidad que basta á hacer felices á vuestros compañeros ; pues Pedro llenó de peces el barco de los suyos. Pedid á Dios que se compadezca de los pecadores , miéntras yo les digo : Abrid los ojos al desengaño ; á pesar de las tinieblas de esta noche, la experiencia os hará ver que el mundo á quien servís es infiel es ingrato : con la misma mano que os regala os hierde : sus dulzuras son amargas , la fatiga en el trabajo es cierta , el premio ninguno : *Per totam noctem laborantes nihil cépimus*. Buscad en vuestro Dios la luz , la dulzura y el premio : decidle con S. Pedro : somos Señor , pecadores , no os acerqueis á nosotros como severo juez : *Exi á me , Domine , quia homo peccator sum* (*Luc. v. 8.*). Venid como benigno Redentor á alumbrar nuestro entendimiento , á endulzar nuestros trabajos y á coronarlos con vuestra gracia , que ya arrepentidos , &c.

PLÁTICA LXXVI.

DE LA DOMINICA CUARTA POST PENTECOSTEM

predicada á 16 Junio de 1747.

Per totam noctem laborantes nihil cépimus. Luc. V. 5.

I.  ísteis Señores , esta mañana publicar la Bula , que expidió el sumo Pontífice á los últimos del año pasado. Pero sin embargo repetiré esta tarde lo que contiene , para que quedeis bien enterados en un asunto que os importa mucho. Porque su Santidad exortando á todos los fieles al ejercicio de la oracion mental ó meditacion , para conseguirlo pondera que es muy útil y en cierto modo necesario. Y aun á mas de la eficacia de su persuasion , se vale del piadoso medio de abrir y derramar el tesoro de indulgencias que le confió la divina providencia. Pues no solo confirma las que concedieron sus predecesores , sino que concede siete años y siete cuarentenas á los que enseñan y á los que aprenden el modo de orar mentalmente. A los que con frecuencia se ejercitan en la oracion mental , concede todos los meses indulgencia plenaria , y otra á los que cada dia lo practican por espacio de media hora ó de un cuarto , entrambas aplicables por sufragio de las almas del purgatorio. Y concluye exortando á que en
las

las Iglesias catedrales y parroquiales á son de campana se congreguen los fieles para orar , segun lo hacian los cristianos de los primeros siglos.

2. A esto se reduce, Señores, el contenido de la Bula de su Santidad, cuya providencia es consecuente á la otra, que tomó años atrás de restablecer la observancia del ayuno, reprobando los abusos introducidos con la depravacion de los ingenios y de los tiempos. Porque la oracion y el ayuno están entre sí tan hermanados, que rara vez hablan las sagradas letras de la una que no hablen de la otra. Pues leemos que Moyses con la oracion y el ayuno de cuarenta dias aplacó la ira de Dios ofendido y enojado contra su pueblo. Leemos que Daniel con la oracion y el ayuno adquirió la inteligencia de los divinos misterios. Leemos que Ana ilustre profetisa ayunaba al mismo tiempo que oraba en el templo. Leemos que la magestad de Cristo declaró ser necesarios oracion y ayuno para lanzar de los cuerpos á los demonios: dándonos á entender con esto que son necesarios, para que nuestras almas resistan los asaltos continuos de tan fieros enemigos: *Hoc genus demoniorum non ejicitur nisi per orationem & jejunium* (*Mat. xvii. 20.*).

3. Y aun prescindiendo de estos irrefragables testimonios, la razon basta á persuadirnos que á la oracion debe acompañar ó preceder el ayuno. Porque gravado el cuerpo con el peso de los manjares ¿ no se abate la alma hácia la tierra, no se sepulta en el sueño, y solo vive ó respira obras palabras y pensamientos livianos? Y al contrario, aligerado el cuerpo de la carga de los manjares ¿ no se eleva la mente veloz á lo mas sublime, así como el gavilan ó sacre hambriento sube rápido, trepa la esfera del aire y persigue á la garza ó la paloma? Y no ménos que la oracion del ayuno, necesita el ayuno de la oracion. Porque segun dijo S. Bernardo (*Quadrág. Serm. iv. n. 2.*) la oracion alcanza la virtud de ayunar, y el ayuno merece la gracia de orar. Y segun dijo S. Juan Crisóstomo, así como no sirven los soldados sin armas ni las armas sin soldados: así no aprovecha la oracion sin ayuno ni el ayuno sin oracion.

4. Pero dejando por supuesta la conexion de la oracion y ayuno, y el acierto de los decretos pontificios, sea la oracion el asunto de mi plática, que no será del todo ageno de las palabras del evangelio que habeis oído. Porque las redes que arrojó S. Pedro de órden y en presencia de Jesucristo ¿ no pueden compararse con las meditaciones ú oraciones que nos manda hacer el mismo Señor? El lago de Genesareth ¿ no se asemeja con el mas profundo de los divinos misterios que meditamos? Los peces que sacó el apóstol con las redes ¿ no nos acuerdan los abundantes frutos que cogemos con la meditacion? Mas para que me detengo? He de hablaros esta tarde de la oracion mental; porque quiero obedecer puntualmente lo que manda la suprema

Cabeza de la Iglesia, y quiero luego ganar y que ganeis los siete años y siete cuarentenas de indulgencia que concede su Santidad á los que enseñan y aprenden á orar mentalmente. Extension bastante tiene el asunto para serlo de muchas pláticas; pero en ésta pienso daros en resúmen una familiar instruccion para principiantes ó rudos en el ejercicio de la oracion mental, sin que podais tenerlo á malos que estais bien instruidos: porque segun dijo S. Pablo (*Rom. x. 14.*) los ministros del Señor somos deudores á sabios é ignorantes.

Asunto.

5. La oracion Señores, tomada en general no es de consejo sino de precepto. Porque suenan á imperio las voces con que el Espíritu Santo por boca de Jesucristo y de los sagrados escritores nos encarga la oracion. Y en esta inteligencia la Iglesia ántes de comenzar en la misa la oracion dominical, previene que los fieles advertidos de saludables preceptos y por institucion divina nos atrevemos á decir: Padre nuestro que estás en los cielos: *Præceptis salutáribus móniti & divina institutione formati audemus dicere: Pater noster.* Y bien que cumplamos con este precepto orando vocalmente ó rezando, con todo para ello es menester que meditemos y contemplemos al mismo tiempo que rezamos. Porque siendo toda oracion elevacion de la mente á Dios; cómo cuando está la mente distraída y vaga la imaginacion, cuando sin recogimiento sin atencion sin piedad rezamos, puede sernos provechosa aquella prolacion de palabras dichas al aire? y cómo puede ser oracion? De ninguna manera Oyentes míos. Y por eso muchos que rezais al día dos y tres partes de rosario, rezándolas sin meditacion no cumplís con el precepto de orar.

6. Pero yo no he de hablaros ni el sumo pontífice nos habla de la meditacion ó atencion que debe acompañar á la oracion vocal, sino de la meditacion sola de los misterios de nuestra fe, cuyo provecho y necesidad pondera bastantemente nuestro santísimo Padre, acordándonos aquellas sentidísimas palabras con que Jeremías (*xii. 11.*) se lamentaba de la ruína de su patria. Toda la tierra, decia, está assolada y destruída, porque no hay quien se pare á pensar con atencion las cosas de Dios: *Desolatione desolata est omnis terra quia nullus est qui recógitet corde.* Pues lo mismo que el profeta de Judea, debo decir yo de España y de toda la cristiandad: llena está de calamidades: la guerra se encrudece mas y mas de cada día: á la vista tenemos los perjuicios que acarrea; y como si estos no bastaran á afligirnos, las cosechas se malogran, y empobreciéndose los labradores, á todos alcanza la necesidad. Y cuál es la causa de los males que padecemos? Sin duda lo son nuestros pecados, que en lugar de disminuirse con el castigo de la mano de Dios se aumentan y multiplican sin medida. Mas cuál es la causa de este desatinado irracional

desenfreno? No la falta de fe (que por esta parte muy poco ó nada faltamos los españoles), sino la falta de la meditacion de las verdades de nuestra fe : *Desolatione desolata est omnis terra , quia nullus est qui recógitet corde.*

7. En efecto las verdades de nuestra fe , Señores , son poderosísimas para inclinar nuestros corazones á lo bueno : mas por no meditarlas con la atencion debida no obran en nuestros corazones lo que pueden obrar. Porque así como para que la medicina aproveche al enfermo es menester que el calor natural la actue y digiera en su estómago : así tambien para que las verdades de nuestra fe nos sean provechosas y saludables , conviene que nuestro corazon las actue y digiera con el calor de la meditacion. Y sin esta diligencia serán para nosotros lo mismo que es para el enfermo la medicina en la botica, para el valiente la espada puesta en la vaina , para el mercader los diamantes cerrados en una arca : nos serán inútiles sin meditacion las verdades católicas. Porque ¿ qué importa que creamos que Dios hecho hombre murió por nuestros pecados , que juez de vivos y muertos ha de juzgarnos á todos premiando á los buenos castigando á los malos ? Qué importa que á bulto digámoslo así , y á ciegas creamos todo lo que la Iglesia nos propone , si no nos paramos á meditar con reflexion lo mismo que creemos ? Yo aseguro que si lo meditáramos, no nos atreviéramos á pecar. Porque la meditacion de las verdades católicas y singularmente de los novísimos , es el freno mas fuerte para contener nuestras pasiones rebeldes : es el remedio mas eficaz para curar las dolencias de nuestras almas segun decia el Eclesiástico (VII. 40.) : *Memorare novissima tua & in æternum non peccabis.*

8. Y aun para mas confirmaros en el conocimiento de que os es muy provechosa y necesaria la meditacion de los preceptos de la divina ley y de los misterios de nuestra santa fe , que es el estudio de la verdadera sabiduría , pudiera alegaros muchísimos lugares de la escritura , en que los profetas y varones justos encarecidamente la encomiendan. Oíd siquiera como se explicaba Moyses con los israelitas despues de haberles promulgado el decálogo. Poned , decia (*Deut. vi. 6.*) mis palabras en vuestros corazones ; traedlas atadas como por señal en las manos , enseñadlas á vuestros hijos para que piensen en ellas. Cuando anduviereis por el camino ó estuviereis sentados en vuestras casas : cuando os acostareis ú os levantareis , meditadlas rumiadlas. Escribidlas en los umbrales y puertas de vuestras casas para que siempre las tengais delante de vuestros ojos. ¿ Puede con mayor energía persuadirse la continua meditacion de la ley de Dios ? Pues oíd como la encargaba Salomon (*Prov. vi. 21.*) : Traed , decia , á la ley de Dios como una cadena de oro echada al cuello ; acostaos de noche con ella , y por la mañana cuando disperteis po-

neos á platicar con ella. Bienaventurados, decia el Eclesiástico (*XIV. 22.*) los que moran en la casa de la sabiduría, y aun bienaventurados los que peregrinos por el mundo la buscan: se paran en el campo á mirar á una parte y otra: entran en las ciudades y arrinado el bordon á la pared acechan entre las rendijas de la puerta por ver si encontrarán con ella. Y en fin cuántas veces llamó David (*Ps. cxviii.*) bienaventurados á los que meditan en los mandamientos de Dios? Y cuántas veces prometió meditar en ellos dia y noche?

9. Pues si es así Señores: si no hay verdad mas incontestable que la de sernos provechosa y en algunos casos necesaria la meditacion ú oracion mental, qué escusa podeis alegar para eximiros de emplear todos los dias algun rato en ella? Las muchas ocupaciones y negocios corporales? Han de ser tantas y tan perentorias, que de veinte y cuatro horas no os quedará siquiera un cuarto para destinarle al negocio de vuestra salvacion? La pobreza que os sujeta al mas ímprobo trabajo? Ella debe ser impulso para que en medio del trabajo ó cuando le dejais, levanteis vuestra mente á los cielos para contemplar las inefables riquezas que Dios tiene preparadas para los pobres de espíritu. Y vosotras Señoras, que decís? Vosotras que empleais largos ratos, no digo en peinaros y en otros devaneos, sino en rezar muchas oraciones vocales á santos y santas, porqué no dedicais alguno á la oracion mental ó meditacion? Porqué os privais de un medio el mas eficaz para precaver las culpas y adquirir las virtudes? Porqué habeis de defraudaros de la indulgencia plenaria que os dispensa el Sumo Pontífice? Porqué no sabeis orar ó meditar? Qué ignorancia tan deplorable y tan voluntaria! El Espíritu Santo os enseñará el modo de orar segun decia S. Pablo (*Rom. viii. 26.*). Comenzad vuestra oracion, pidiéndoselo humildemente. Y oíd como continuo la instruccion familiar que os prometí.

10. La oracion mental, á mas de la meditacion que es su parte principal, tiene otras cuatro: dos que preceden á la meditacion y dos que la subsiguen. Las que la preceden son la preparacion y leccion; las que la siguen son la accion de gracias y peticion. Antes pues de poneros á orar, debeis preparar vuestro corazon. Y no hacerlo así, segun decia el Eclesiástico (*xviii. 23.*), es tentar á Dios ó querer, que todo es uno, que haga sin necesidad un milagro. Porque siendo la preparacion el medio mas propio para conseguir la devocion orando, querer sin ella alcanzarla; no es querer que Dios sin necesidad haga un milagro? Y mas cuando asistidos de su gracia podeis facilmente prepararos, haciendo lo mismo que se practica en estos santos ejercicios, y lo mismo que aconsejó la gran madre y directora de espíritu santa Teresa de Jesus á un sabio zeloso obispo de la Iglesia de Osma. Primeramente hecha la señal de la cruz decid la confesion general con un profundo conocimiento de vuestras culpas,

con un amargo dolor de haberlas cometido, y con un verdadero deseo de que Dios os las perdone. Y luego por una parte humillados con el peso de vuestras culpas, y por otra alentados con la esperanza en la divina misericordia, decid: Señor á vuestra escuela vengo á aprender y no á enseñar; hablaré con vuestra magestad, aunque polvo y ceniza: mostrad Señor en mi vuestro poder, aunque vil hormiga de la tierra.

11. Muchas otras consideraciones podeis hacer de lo que sois vosotros y de quien es Dios, para prepararos á la oracion que no es mas que un trato ó conversacion familiar con su magestad. Pero en su mismo ejercicio podeis adquirirlas, y despues elegir las que os parezcan mejores, para recoger el pensamiento y fijarle en el asunto que habeis de meditar. Mas ántes de esto, cuando esteis preparados debeis emplear un rato en la leccion espiritual. Porque mal meditareis si no teneis asunto sobre que meditar, lo cual se consigue con la leccion de libros devotos. Rara será la casa en que no haya uno ú otra que sepa leer; pero muchas serán las casas en que encontrándose libros de comedias y de novelas no se hallará un libro de saludable doctrina. Porque en este particular está tan estragado el gusto de los hombres y especialmente de los españoles, que me causa la mayor lástima ver como pierden el tiempo leyendo libros inútiles, que pudieran emplear en leer libros de historia sagrada y eclesiástica ú otros espirituales, con lo cual conseguirian ser sabios cristianos, no comediantes ni noveleros. Y aun apura mi paciencia el que quieran pretestar su ignorancia ó su desidia con el respeto que dicen tener á las verdades de nuestra fe, y que los retira de su meditacion, como si estribaran sobre tan débiles cimientos que profundizando se encontraran con el error. No. No es así. Quédese ese vil miedo para los gentiles y mahometanos, cuya religion se funda en fabulas y averiguándose se desvanecen: que la nuestra es tan sólida que cuanto mas se registra su principio en libros de sana doctrina, tanto mas nos fortalecemos en la fe y tenemos asunto á la meditacion mas provechosa.

12. Yo os aconsejara, Señores, que tomarais las obras del venerable y mi venerado maestro Fr. Luis de Granada: así porque son la fuente de donde han tomado las aguas los demas arroyos y parece que en su origen son mas sabrosas: como porque este gran maestro de espíritus lleva como de la mano á los pecadores al arrepentimiento: luego les pasa á enseñar el ejercicio de las virtudes; y ultimamente acomodándose al genio y al estado de todo género de personas, propone meditaciones propias para principiantes y perfectos. Por eso haciéndome cargo que las meditaciones que he leído hasta ahora en este púlpito, aunque ajustadas á los evangelios, son mejores para perfectos que para principiantes, pienso el domingo que

viene y en algunos otros leer las meditaciones de Fr. Luis de Granada. Pero esto podrá aprovechar á los que no sepais leer ó no tengais haberes para comprar sus obras, que los demas debeis tomarlas. Porque en ellas y singularmente en el libro que trata de oracion y meditacion, hallareis con mayor estension lo que os he dicho.

13. Ya veis, Señores, la llaneza ó familiaridad con que os hablo. Y con la misma (no tengo otro fin que vuestra instruccion) continuo diciéndoos: que á la leccion se sigue la meditacion, la cual puede ser intelectual ó imaginaria. La meditacion intelectual es aquella en que solo tiene parte el entendimiento, como sucede cuando meditamos en los beneficios de Dios, en su bondad misericordia ó en cualquier otra de sus perfecciones. La meditacion imaginaria es de aquellas cosas que se figuran en nuestra imaginacion, como los pasos de la vida y pasion de Jesucristo, el juicio final la gloria y el infierno. Todo lo cual podemos figurarnos que sucede delante de nosotros del modo que sucedió ó sucederá, sirviendo mucho esta representacion para que sean mas vivos nuestros sentimientos. Pero no debemos fijar tanto la imaginacion que fatigándose la cabeza demos en los engaños y ilusiones con que á muchos les parece que realmente ven lo que con vehemencia imaginan.

14. Síguese á la meditacion el hacimiento de gracias. Porque sea el que fuere el asunto de la meditacion, siempre lo es para dar muchas gracias á Dios. Pues si meditamos en la pasion y muerte del Señor, debemos agradecerle el inestimable beneficio de nuestra redencion. Si meditamos en nuestros pecados, debemos darle muchas gracias de que nos ha dado tiempo para el arrepentimiento. De todo, ménos de nuestras culpas de que no es causa, debemos dar gracias á Dios. Y en fin debemos concluir nuestra oracion con la peticion de lo que necesitamos que es su última parte. Pero como muchas veces os he hablado de lo que y del modo con que debemos pedir á Dios, sin repetirlo concluyo mi plática rogándoos en Jesucristo una y mil veces que os empleeis con frecuencia en el ejercicio santo de la oracion mental.

15. Porque si su magestad dijo (*Luc. xviii. 1.*) que importaba orar siempre: *Oportet semper orare*: si S. Pablo (*Ephes. vi. 18.*) dijo que se debía orar en todos tiempos y en todos lugares: *Orantes omni tempore et omni loco*, porqué alguna vez vosotros no habeis de orar? Porqué no habeis de venir los domingos por la tarde al templo? Porqué todos los dias cuando recogeis vuestra familia para rezar el rosario, no habeis de leer un punto de meditacion que no exceda un cuarto de hora? Porqué no ha de ser vuestra casa algun rato lo que S. Pablo (*I. Cor. xvi. 19.*) decia ser siempre la de Priscila, un oratorio una iglesia ó congregacion de fieles adoradores de Dios en espíritu y en verdad? Si: lo hareis, segun lo dispone el Su-

mo Pontífice, y segun lo pide vuestro provecho. Y ahora mismo postrados delante de Dios, pedidle la gracia de orar que concedió á los discípulos de su amado Hijo. Bajen, Padre celestial, las luces que alumbren el entendimiento para conocer vuestras culpas, las llamas que ablanden nuestros corazones para llorarlas. Sea este Dios mio, el principio de nuestra oracion. Oidla por vuestra bondad y por los méritos de Jesucristo. Pues decimos arrepentidos que nos pesa de haber pecado. Nos acercamos á Vos para pedirnos misericordia, &c.

P L Á T I C A LXXVII.

DE LA DOMINICA V. POST PENTECOSTEM

predicada á 25 de Junio de 1741; y á 11 de Julio de 1745.

Nisi abundáverit justitia vestra plus quam Scribarum et Phariseorum, non intrábitis in regnum cælorum. Matth. V. 20.

1. **A**lgunos advertidos de la vehemencia con que la magestad de Cristo reprende muchas veces á los fariseos, quizá pensarán que eran unos hombres los mas escandalosos y depravados en sus costumbres; y así que no será muy difícil entrar en el reino de los cielos, aunque el Señor nos diga que es preciso ser mas justos que los fariseos: *Nisi abundáverit justitia vestra plus quam Scribarum et Phariseorum non intrábitis in regnum cælorum.* Pero si vosotros Señores, os haceis cargo de que Josefo (*Lib. xviii. Ant. c. 2.*) nos refiere que ellos eran parcos en la comida, modestos en sus acciones, sabios en su ley, cuerdos en sus consejos, civiles en su trato, y por eso mas queridos y venerados del pueblo judaico que los Esenos y Saduceos; y aun sin esta noticia si os haceis cargo que Cristo Señor nuestro manda en el evangelio á sus discípulos, para que sean mas justos que los fariseos, que no solo amen á sus amigos, sino tambien á sus enemigos: que no solo no quiten la vida á sus prójimos, sino que ni aun con las palabras los injurien: que no solo les presten con liberalidad el dinero, sino que les socorran con misericordia: que no solo sean honestos en las acciones, sino tambien en los pensamientos; y en una palabra que sean tan perfectos como su Padre celestial: *Esote perfecti sicut Pater vester cælestis perfectus est* (*Mat. v. 48.*) direis sin duda que es muy difícil entrar en el reino de los cielos.

2. Y es así Cristianos míos. Ardua es la empresa á que aspirais; y muy elevada la perfeccion de la vida cristiana necesaria para entrar en el reino de los cielos. Pero no por eso quisiera que fuerais semejantes á aquellos israelitas que habiendo ido á explorar la tierra

pro-

prometida, y habiéndola reconocido deliciosa amena y fértil, acobardados de la dificultad de vencer á sus habitantes gigantes en la estatura y en las fuerzas, elegian ántes que entrar á conquistarla el partido de volverse á Egipto á ser esclavos de Faraon. No quisiera digo que fuerais del número de aquellos que están á todas horas diciendo: La profesion ó la vida cristiana es admirable pero austera: es hermosa en la especulacion pero inaccesible en la práctica: es fecunda en gracias y recompensas pero pesada en sus ejercicios; y así mejor nos estará vivir una vida viciosa que una vida cristiana, y mas vale quedarse en el Egipto del pecado que ontrar á costa de tantas penas en la tierra prometida de la gloria.

3. Para quitar esta preocupacion tan arraigada en el mundo: para desvanecer este pretexto de que se valen muchísimos para vivir una vida peor que la de los fariseos, una vida digámoslo así anticristiana: en consecuencia de lo que os dije el domingo pasado, os haré ver en la primera parte de mi plática que aunque sean pesadas las obligaciones de cristiano, no es esto motivo para no cumplirlas; y en la segunda haré ver que no es tan áspera como muchos piensan la vida cristiana. Ni pretendo lisonjear á los cristianos relajados, ni acobardar á los tímidos: ántes pretendo confundir á unos y alentar á otros.

Primera parte.

4. No querer sujetarse al cumplimiento de las obligaciones cristianas es no conocerlas, y es renunciar no solamente á la calidad de cristiano, sino tambien á la de racional, aun á juicio del mundo. Porque qué concepto ni qué aprecio haceis de un hombre lleno ó enamorado de sí mismo, resuelto á hacer en todo su propio gusto y á no rendirse á la voluntad de otro? ¿No le mirais como de un genio rudo insociable? ¿No decís de él lo que se decia de Ismael: Es contra todos y todos son contra él (*Gen. xvi. 12.*) *Manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum.* Es menester sin duda para ser tenidos por hombres de bien y hombres de provecho, hacerse violencia á sí mismos, combatir muchas veces su propia inclinacion, ir contra su dictámen. De otra suerte no es posible que conserveis la fama en el mundo ni que salgais bien en vuestras pretensiones.

5. Cuando veis que uno no tiene valor para vencer la dificultad que encuentra en la pretension que sigue, ó no tiene paciencia para sufrir la dilacion ó el desaire de un poderoso, y con esto se priva de ser feliz para toda su vida: abominais de él como de un hombre flojo inútil insensato. Pero cuando veis que otro tomando bien las medidas para hacer fortuna, ya vence una dificultad, ya cede á otra insuperable: ya se vale de la proteccion de un amigo: ya se resguarda de los engaños de un enemigo: ya toca á una puerta cuando se le

cier-

cierra otra: y en fin veis que sacrificando el tiempo el gusto el sueño la libertad al logro de su designio, contra viento y marea sale á la playa, decís: Este es hombre prudente hábil como debe ser. Pues porqué, Oyentes míos, no habeis de hacer otro tanto por merecer el glorioso nombre de cristianos, por salir bien en el negocio de la mayor importancia cual es el de vuestra salvacion? Porqué no procurais vencer las dificultades con el ejercicio de las virtudes?

6. Todas las virtudes sean morales ó evangélicas, civiles ó cristianas, encuentran dificultad en sus ejercicios; pues para vencerla se adquieren ó se infunden en nuestras potencias. Todos los estados traen consigo inseparable la pena y el sufrimiento, pudiéndose decir con el sabio que esta es una ocupacion universal sin excepcion de personas. Los ricos sufren la importunidad de los pobres: los pobres sufren el orgullo y la dureza de los ricos. Los amos sufren la inobediencia é indocilidad de sus criados: los criados sufren las vejaciones y el importuno mando de sus amos. Querer gozar en el mundo de un reposo imperdurable, es querer alterar el órden de la divina providencia.

7. Llevadme á alguna parte del mundo en donde os parezca que encontrareis un hombre que no tenga nada que sufrir. Sin duda sin deteneros me llevareis á la corte de Salomon para que oiga como está diciendo: He recogido inmensas riquezas, he fabricado suntuosos palacios, me he entregado al placer y á las delicias: no hay en el mundo objeto agradable que no sea posesion de mis sentidos: dedicado á la especulacion y al estudio, no hay arcano que se oculte á mi perspicacia: y en una palabra, siendo mis tributarios la naturaleza y la fortuna, soy el hombre mas divertido, el monarca mas opulento mas poderoso mas sabio y mas venerado del mundo.

8. Al oír esto direis, que ya no podré negar que entre las delicias y opulencias de un palacio no se encuentran las penas. Confieso que me diera por convencido si el mismo Salomon no respondiera á este argumento publicando en todo el libro del Eclesiastes su desgracia. Quéjase amargamente de que á cada paso tropieza con la pena y la afliccion de su espíritu. En nada dice encuentro satisfaccion ni gusto: hasta la risa y el regocijo me enfadan, de suerte que estoy desesperado y aborrecido de mí mismo: *Idcirco tæduit me vitæ mee, videntem cuncta vanitatem et afflictionem spiritus* (*Eccle. II. 17.*). Con este desengaño habrá quien piense que puede ser tan feliz en el mundo que no tenga nada que sufrir? Habrá quien quiera valerse del pretexto de que la vida cristiana es penosa para no vivir cristianamente?

9. Y bien demos de barato que el camino que llevan los pecadores sea llano espacioso y esté sembrado de flores, y que el camino de los justos sea estrecho y escabroso, como en efecto lo es segun

nos dice Jesucristo: *Arcta est via quæ ducit ad vitam* (*Matth. vii. 14.*). Con todo habeis de tomar aquel y dejar este? No puedo persuadirmelo, Fieles míos. Porque si os dijeran que yendo por un camino ancho á lo último vendriais á parar á una region de tinieblas, cuyo tirano príncipe habia de atormentaros cruelmente; pero que yendo por otro angosto llegaríais á un país delicioso en donde seríais bien admitidos y aun coronados monarcas, es cierto que elegiríais este y dejaríais aquel. Pues valga la razon, valga la fe que profesais. El camino de los pecadores va á parar á un infierno de eternas penas y tormentos. El camino de los justos tiene por término un cielo, una gloria sin término. Dejad aquel: entrad en este. No os amedrenten las penas que teneis tan merecidas siendo pecadores.

10. Vuestro estado Señores, es un estado de violencia y de mortificacion en que Dios quiere que satisfagais á su justicia. Sois delinquentes y os quejais? Quejaos de vosotros mismos ó de los delitos que dieron motivo á las penas que sufrís siendo penitentes. Estais enfermos y teneis horror á los remedios que han de curaros? Para recobrar la salud corporal qué no sufrís? Y para curar las heridas mortales de vuestras almas no quereis sufrir nada? O inocencia cristiana! ó eternidad! ó cielos! En cuan poco os aprecian los hombres? Cuántas veces habeis hecho vuestra voluntad á pesar de la de Dios? Es pues muy justo, dice mi angélico maestro santo Tomas, que para doblar esta voluntad rebelde la sujeteis á querer lo que no queria. Cuántas veces habeis obedecido á los deseos y á las inclinaciones de vuestra naturaleza depravada? Es pues muy justo que sujeteis esa naturaleza á las inclinaciones de Dios y á los deseos de vuestra santificacion. Vuestros pecados han sido pecados cometidos en conversaciones indecentes en banquetes en placeres infames? Es pues muy justo que los satisfagais con el recogimiento con el ayuno y con la mortificacion.

11. Y aunque no fuerais pecadores, solo por ser cristianos deberíais sufrir y padecer. Un cristiano, decia Jesucristo (*Luc. ix. 23.*) debe siempre llevar sobre sí la cruz de la mortificacion. Un cristiano, decia S. Pablo (*Galat. v. 24.*) debe crucificar su carne y sus deseos. Un cristiano, decia Orígenes, es un hombre que combatiendo bajo los estandartes de Jesucristo, camina hácia la tierra prometida y llegará á ella como lleve clavados á la cruz sus apetitos y sentidos, que son unos reyes idólatras que á cada paso se atreven á asaltarle en el camino. Un cristiano, decia S. Agustin (*Serm. cxr. in Evang. Luc.*) es un peregrino que anda por este mundo desterrado de su patria la gloria. Si no gemís por vuestros pecados, gemid por vuestro destierro. Si no sufrís por haber tenido comercio con los pecadores, sufrid por haber de tenerle con los santos, y con Jesucristo, Rey y corona de los santos. Si no sufrís por haber ofendido á Dios

y haber perdido su gracia, sufrid para no perderla y para satisfacer á las culpas veniales inseparables de vuestra calidad de viadores.

12. Pero no estamos en estos términos. Sois pecadores, sois cristianos: doblados títulos, que os obligan á mortificaros, á pelear con vuestras pasiones rebeldes, á desconfiar de vuestra conducta, á someter vuestra libertad á la gracia, supuesto que habeis abusado de ella. Y así no puede ser pretexto para escusaros de vivir cristianamente la pena y la aspereza de la vida cristiana. Y mas no siendo tan áspera como pensais, segun os haré ver en mi

Segunda parte.

13. Si para daros una justa idea de la vida cristiana me subiera al primer siglo de la Iglesia, y os dijera con Filon Hebreo lo que hacian los cristianos de Alejandría: me dijerais que me apartaba del asunto, de suerte que en lugar de persuadiros que no es austera os haria creer que es insoportable. Y aunque me bajara á los otros siglos inmediatos me diríais lo mismo; porque son heroicos los ejemplos de su virtud que nos refieren Tertuliano y los santos padres. Entónces la fe se fortalecia con la devocion: la inocencia se conservaba con el recogimiento: la sencillez se alimentaba de la pobreza: la caridad se fomentaba con la paz mas recíproca. La vida y la muerte de aquellos primeros cristianos era ilustre; porque era igual la piedad con que en la Iglesia ofrecian á Dios el incienso de sus oraciones, á la fortaleza con que derramaban su sangre en las plazas.

14. Yo os confieso que no tenemos obligacion de ser tan perfectos como aquellos, que eran digámoslo así los originales de la santidad. Pero tampoco quisiera que juzgarais que vuestra vida debe conformarse con la comun de los cristianos de nuestro siglo; porque á juicio de santo Tomas de Villanueva (*de S. Nicol. Conc. 1.*) aun á los que ahora se tienen por muy buenos arrojava de su seno como tibios aquella exacta primitiva disciplina: *Illos óptimos reputamus, quos olim velut tépidos evomeret accurata perfectio*. Si la vida cristiana consistiera en exterioridades y ceremonias, no pudiera estar mas hermoso de lo que está ahora el semblante del cristianismo. Las capillas bien adornadas, los altares ricos, los templos suntuosos, la frecuencia de los sacramentos grande, las misiones continuas. Pero esto es como la corteza, como la hojarasca de nuestra religion, que podrá muy bien compararse á aquella higuera del evangelio muy frondosa pero sin frutos. Así eran tambien los fariseos, cuya vida no merecia el reino de los cielos. Mas no ha de ser así la de un cristiano, que debe adorar á Dios en espíritu y en verdad: que debe acompañar sus buenas obras con la intencion mas recta.

15. Con todo digo que no es tan austera como muchos piensan. Miradla en sí misma, y la vereis reducida á no obrar mal y á obrar

bien, que es lo mismo que dicta la razon natural, y aun lo mismo que practicaron los gentiles sin las luces de la fe. No os prohíbe Jesucristo el dulce trato familiar con vuestros amigos: no os prohíbe el conservar vuestros bienes y aun el aumentarlos por medios lícitos: no os prohíbe las diversiones honestas: no os prohíbe el cumplir con las obligaciones de vuestro estado: solo os prohíbe el que pequeis y obreis mal. Y en esto encontrais dureza? Es preciso, decia Salviano, que las cosas del mundo estén sazonadas con las culpas para que os agraden? Si nos hubiera obligado á una contemplacion elevada, á un ayuno continuo, á un recogimiento perpetuo, pudierais quejaros de su rigor; pero habiéndonos impuesto unas leyes, cuya observancia se compadece muy bien con los ejercicios de la vida mas civil, alabad su benigna admirable economía.

16. Es verdad que el cristiano que está en medio del mundo, debe estar como separado del mundo poseyendo las cosas como si no las poseyera. Pero esto mismo endulza y suaviza la vida cristiana, porque quitándonos el apego á las cosas perecedoras nos libra de la pena que trae consigo su inevitable pérdida. Es verdad que un cristiano debe vivir muy sobre sí en una continua vigilancia y en una continua guerra contra los enemigos de su alma. Pero tambien es verdad que cuesta ménos pena reprimir un deseo torpe ó ambicioso, que no el ponerle en ejecucion: mortificar las pasiones que no el obedecerlas: domar la carne que no el sujetarse á sus gustos. Lo que empieza por condescendencia viene á parar en esclavitud; y llega á ser insoportable el dominio de las pasiones que os tiranizan. Una vez que os rindais á ellas se hacen como invencibles; y son como aquellas fieras que mas se enfurecen cuanto mas las halagan.

17. La verdadera paz de un cristiano consiste en la continua guerra que se hace á sí mismo. Si deja de pelcar puede darse por vencido; pero cada combate es una victoria y la alegría que tiene un hombre de juicio privándose de un placer prohibido, es mucho mas dulce que el placer mismo. Qué penas padeció Adán, y padeceremos todos por haber abandonado su corazon á un deseo? Por no haber reprimido David los primeros movimientos de una curiosidad, qué caro le costó el placer infame de un adulterio? Turbóse su espíritu, entróse en su familia la discordia y pasó entre lágrimas de penitencia todo el resto de su vida.

18. Y en fin aunque el yugo del evangelio mirado en sí mismo fuera muy áspero, atendida la ayuda que Jesucristo nos da para llevarle se hace suave. Venid á mí, dice el Señor, todos los que estais gravados que yo os ayudaré á llevar la carga: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos* (Mat. xi. 28.). Qué consuelo Señores, este para los cristianos! Qué excusa podeis tener para no tomar sobre vosotros la carga de las obligaciones cristianas!

nas! Su peso que os parece insoportable? No es legítima excusa para los que aspirais á un eterno inmenso premio: ni es tan pesada como imagináis. Cargad con ella de buena fe y con gusto, y dentro de poco tiempo la experimentaréis ligera: *Onus meum leve*. Imponéos el yugo de la ley evangélica, y luego Jesucristo lo dice, os será suave: *Jugum meum suave est*.

19. La primera vez que por orden de Dios tomó Moyses (*Exod. iv. 3.*) en su mano la vara se horrorizó al verla convertida en una enroscada culebra; pero luego que volvió á tomarla, la vió transformada en vara hermosa, en vara verdadera de virtud para obrar prodigios. Y asimismo Pecadores, aunque ahora os amedrente la vida de la ley cristiana que os obliga á reconciliaros con vuestros enemigos, á socorrer á los pobres con lo que os sobra, á domar el apetito con el ayuno, á evitar los peligros con el recogimiento, y á sufocar la vanidad con el conocimiento de vuestra propia miseria: con todo comenzad á practicarlo, que luego esa misma ley observada será como aquella vara de Moyses que obre maravillas á vuestro favor, que serene el mar tempestuoso de vuestras pasiones, que le divida en calles espaciosas, para que por el desierto de este mundo paseis á la tierra ó al cielo prometido. Creedme Fieles míos, ó siquiera creed á S. Basilio y á S. Agustin, que experimentados atestiguan la verdad que os digo. Resolvedos á vivir de aquí adelante como cristianos, y arrepentidos de haber vivido como fariseos, decid á Jesucristo, que os pesa. No nos contentamos Señor, con el nombre y las apariencias de discípulos vuestros, sino que inmutado el corazón se derrite en lágrimas de dolor de haberos ofendido. Prometemos mudar de vida asistidos de vuestra gracia, &c.

El año 1742 de la plática precedente se varió el exordio como sigue.

20. Si fué grave la culpa de los judíos fariseos, que por ministerio de Moyses recibieron la ley y no la observaron: conocieron la voluntad del supremo legislador y no se sujetaron á ella: cuán enorme será el pecado de los cristianos, que mas favorecidos de Dios, ayudados de mas gracias, instruídos por un maestro mas excelente, y honrados con un nombre mas glorioso que los judíos, infieles no cumplen con la ley evangélica, cobardes no aspiran á ser mas justos que los fariseos para alcanzar el reino de la gloria! Los judíos, decia Salviano, solo tuvieron la sombra de los verdaderos bienes: nosotros poseemos la realidad. Ellos fueron hijos de la esclava: nosotros lo somos de la libre. Ellos gimieron bajo el yugo de pesadas ceremonias: nosotros gozamos de la libertad mas perfecta. Su maestro fué un siervo de Dios: el nuestro su único Hijo, el mismo Dios. Ellos pasaron por el mar bermejo al desierto: nosotros por las aguas del

del bautismo al cielo. Ellos se alimentaron del maná: nosotros recibimos el cuerpo de Jesucristo en el sacramento de su amor. Notable es la ventaja que les llevamos en los beneficios y en la recompensa; y así no es injusta la obligacion que el Señor nos impone en el evangelio, de ser más santos que los fariseos viviendo como cristianos: *Nisi abundáverit justitia vestra plusquam scribarum et pharisæorum non intrábitis in regnum cælorum.* Confieso que os parecerá fuerte esa obligacion que os estrecha á ser mas justos que los fariseos, y que es elevada la perfeccion de la vida cristiana. Mas no por eso quisiera que vosotros Oyentes míos, fuerais &c. como en el núm. 2. y siguientes.

Los números 7, y 8 se mudaron como sigue:

21. Esparcid la vista por todas partes, escribia S. Cipriano á su amigo Donato, y no hallareis sino aflicciones y penas. Qué juicio formais de las púrpuras y de las togas? Brillan á vuestros ojos y os embelesan; pero en efecto no son sino miserias cubiertas con el exterior de una felicidad engañosa. Esos hombres rica y magnificamente vestidos, cortejados de todo el pueblo, á costa de cuantas bajezas han llegado á alcanzar los empleos á que les veis elevados? Cuántas afrentas y desaires han sufrido y sufren de otros mas poderosos que ellos, á trueque de oler el incienso que les ofrecen los ambiciosos ó aduladores? Esos hombres opulentos que aumentan su patrimonio y amontonan tesoros á tesoros; no se acarrean con eso mismo mayores cuidados? ¿no se gravan mas con el peso de las cadenas de oro que los esclavizan? Esos hombres glotones amigos de banquetes y regalos, beben sin hastío en copas preciosas vinos esquisitos, duermen sin inquietud en mullidos catres de pluma? No lo creais Oyentes míos. No hay ni ha habido en el mundo, concluye S. Cipriano (*Epist. 1. ad Donat.*) hombre tan feliz que no tenga mucho que sufrir; y así no puede ser pretesto para no vivir cristianamente el que la vida cristiana es penosa. Y bien &c. como en el num. 9. y siguientes.

JACULATORIAS.

22. Dulcísimo Jesus! Mis perversas inclinaciones me hacian parecer insoportable el cumplimiento de vuestra santa ley; pero ya conozco mi yerro, y postrado á vuestros pies os pido que me impongais vuestro yugo, y que por vuestra misericordia me deis fuerzas para llevarle.

Dulcísimo Jesus! Hasta ahora todo mi cuidado le he puesto en buscar pretestos para no vivir como cristiano; pero ya conozco mi desacierto; y así arrepentido os pido perdon de mi pasada vida: pésame Señor de haberos ofendido.

Benignísimo Jesus! Mis pecados merecen las penas eternas de un infierno. Para librarme de ellas no encuentro otro medio que el de padecer y sufrir en este mundo; y así abrazado con vuestra cruz os pido perdon y misericordia. Misericordia Señor misericordia.

P L A T I C A LXXVIII.

DE LA DOMINICA QUINTA POST PENTECOSTEM
predicada á 3 de Julio de 1746.

Si offers munus tuum ad altare, et ibi recordatus fueris, quia frater tuus habet aliquid adversus te, relinque munus tuum ante altare, et vade prius reconciliari fratri tuo. Matth. V. 23.

1. ^W Las palabras que acabais de oír las pronunció la magestad de Cristo en aquel célebre sermon que comunmente llamamos de las bienaventuranzas, porque le comenzó diciendo á las turbas quienes y como serian bienaventurados. Pero luego despues volviéndose á los apóstoles les encargó que supuesto que eran la sal y la luz del mundo, procuraran alumbrar los entendimientos y purificar los corazones de los hombres que habian de ser sus discípulos. Porque la santidad decia, de los judíos mas justos, cuales son los escribas y fariseos, es engañosa aparente una mera hipocresía, que no basta á introducir á ninguno en el reino de los cielos, para lo cual es menester que seais de otra suerte justos de lo que lo son ellos: *Nisi abundaverit justitia vestra plusquam scribarum et pharisæorum non intrábitis in regnum cælorum.*

2. Los escribas y fariseos, Señores, todo el cuidado le ponian en ceremonias y exterioridades, no en corregir los afectos depravados de su corazón. Como no llegaran, por ejemplo á poner las manos sobre sus prójimos, no hacian el menor escrúpulo de aborrecerlos injuriarlos de palabra y ser sus declarados enemigos. Contemplad pues qué santidad era la suya y cuán léjos estaba de aquella perfeccion que nuestro divino maestro Jesucristo queria inspirar en sus apóstoles y por su conducto en todos nosotros. Por eso en aquel sermon confirmando la sentencia de condenacion contra los homicidas, la extiende contra los que injurian y aborrecen á sus prójimos; y para que se vea cuanto desea establecer la mas recíproca caridad entre todos, previene y manda que si alguno estando junto al altar para ofrecer un sacrificio á Dios, se acordare de que ha ofendido á otro, que lo deje que luego vaya á reconciliarse con él y que vuelva á cumplir con la ofrenda.

3. Este modo de explicarse no necesita de ponderaciones, para per-

persuadiros cuan precisa es la obligacion que teneis de evitar los motivos de enenistad con vuestros prójimos, y de reconciliaros con ellos en el caso de que llegueis á ser sus enemigos. Y lo mismo convencen aquellas otras palabras: *Diligite inimicos vestros*, que profirió Jesucristo en este mismo capítulo V. de S. Mateo, y habreis oído repetir muchas veces en el viérnes de la primera semana de cuaresma, de suerte que sin duda entendeis estar obligados á reconciliaros con vuestros enemigos. Pero como oigo decir y veo que muchos cristianos y cristianas que frecuentan sacramentos y profesan piedad, tardan largo tiempo á reconciliarse con sus prójimos; y que otros bajo el velo de una reconciliacion aparente encubren un odio implacable, me temo no haya entre vosotros algunos de estos escribas y fariseos, que con afectados pretestos querais cohonestar dilaciones y engañar al mundo con esterioridades. Y así juzgo que conforme al designio que se propuso Jesucristo, debo manifestaros esta tarde en la primera parte de mi plática, cuando insta la obligacion de reconciliaros con vuestros enemigos; y en la segunda á que se reduce esta obligacion.

Primera parte.

4. Si por enemigos solamente se entendieran aquellos que haciendo vanidad de serlo se persiguen mutuamente y se buscan para matarse, no me hubiera empeñado á exortaros á que ameis á vuestros enemigos. Porque ya gracias á Dios cesaron aquellas enemistades ó bandos que en los siglos pasados fueron el oprobrio y escándalo de estos reinos: ya la divina justicia para castigo ó para remedio de aquellos desórdenes ha quitado las armas de las manos de los que locos las manejaban, no en beneficio de su patria sino en perjuicio de sus propios paisanos: ya se acabó tan abominable especie de enemigos. Pero quedan otros que en verdad lo son. ¿No habeis hecho alguna injuria á vuestros prójimos? no le habeis vuelto por desprecio la espalda? Pues sois su enemigo. ¿No aborreceis á otro por el pleito que os ha movido ó por el desaire que os ha hecho? Pues ese es vuestro enemigo; y con esos estais obligados á reconciliaros, y á reconciliaros luego en fuerza de una obligacion no ménos ejecutiva que indispensable.

5. Porque á mas de que la prudencia dicta el que hagais cuanto ántes lo que absolutamente habeis de hacer: Jesucristo os manda que os reconciliéis con vuestros enemigos, y previene que ha de ser tan apresia tan luego, que si estando junto al altar para ofrecer ó recibir su sagrado cuerpo, os acordais de que habeis enojado á vuestro prójimo, debeis dejarlo todo y ir corriendo á reconciliaros con él: *Vade prius reconciliari fratri tuo*. Y lo mismo que os encarga el Señor en su sermon, lo practicó en el ara de la cruz interrumpiendo

en ella por algun tiempo el sacrificio que ofrecia á su eterno Padre, á fin de rogarle que perdonara las injurias atroces que le hacian sus enemigos. Id pues Fieles míos, si os reconocéis enojados con vuestros prójimos, depuesto el enojo id luego á reconciliaros con ellos. No tengais pereza de hacer lo que Dios os manda. No tengais vergüenza de hacer lo que Dios hizo: *Vade prius reconciliari fratri tuo.*

6. El demonio por su parte alega razones para que á lo ménos tardeis á reconciliaros con vuestros prójimos, razones de bien parecer, razones de pundonor, razones todas diabólicas; y maldita la fuerza que tienen para escusaros de la obligacion que os impuso Dios de reconciliaros con vuestros prójimos. Porque ó ellos están enojados con vosotros por las injurias que les habeis hecho, ó vosotros lo estais con ellos por las que habeis recibido. Si ellos son los ofendidos, cómo podeis escusaros de pedirles perdon? Vosotros comenzasteis la querrela y á vosotros os toca dar los primeros pasos para terminarla con una paz verdadera. Vosotros quebrasteis el sagrado vínculo de la caridad, y á vosotros os toca el reparar la quiebra; y esto cuanto ántes, no sea que segun repara el Espíritu Santo, poniéndose el sol sobre su enojo, obscurecida la razon forje furiosas tempestades la venganza.

7. Pero demos que vosotros seais los ofendidos. Por lo mismo debéis grangearos el gran mérito de hacer por vuestros hermanos lo que Dios hace por vosotros. Vosotros fuisteis los primeros en reñir y hacer la guerra á vuestro Dios; y Dios es el primero que mueve pláticas de paz con vosotrós. Vosotros os hicisteis enemigos suyos; y Dios es el que os convida con su amistad. Vosotros os salisteis de su casa como el hijo pródigo; y como buen padre cuando volveis arrepentidos os sale al encuentro y os abraza. Vosotros os descarriasteis de su rebaño como la oveja perdida; y él como pastor amoroso os busca y hallándoos os toma sobre sus espaldas, y celebra una gran fiesta en prueba de su regocijo. Esto y mucho mas ejecuta Dios ofendido y ultrajado de vosotros; y con todo no habeis de hacer otro tanto con vuestros prójimos con el pretexto de que sois los ofendidos? Muy poca veneracion os debe un ejemplar tan autorizado como el de vuestro propio Dios: muy poco aprecio haceis del honor de ser hijos suyos.

8. Cristo Señor nuestro promete que serán hijos del Padre celestial los que perdonan á sus enemigos. Y S. Juan Crisóstomo (*In Ps. iv. n. 5. & De Orat. Dom. n. 3.*) distingue en los hombres tres filiaciones respecto de Dios. Una de adopcion, otra de reconciliacion y otra de imitacion. La filiacion de adopcion es aquella de que habla S. Juan cuando dice que es tan grande el amor que Dios les tiene, que hace que no solo se llamen sino que sean hijos suyos: *Ut filii Dei nominemur & simus* (*I. Joan. iii. 1.*). La filiacion de reconcilia-

liacion es la que el evangelio hablando del hijo pródigo atribuye al pecador arrepentido, llamándole hijo del padre de familias: *Filius Patris familias*. La filiacion de imitacion es la que pretende inspirar Jesucristo á sus verdaderos discípulos, diciéndoles que sean semejantes á su padre en las perfecciones: *Estote perfecti sicut Pater vester cœlestis perfectus est* (*Math. v. 48.*). Y de estas tres maneras, Fieles míos, sereis hijos de Dios si perdonais á vuestros enemigos. Lo sereis por adopcion como los demas justos: lo sereis por reconciliacion como los pecadores arrepentidos; y sobre todo lo sereis por imitacion: porque como dice el Señor, os asemejareis al Padre celestial que hace salir al sol sobre justos y pecadores: *Ut sitis filii Patris vestri, qui solem suum oriri facit super bonos & malos, & pluit super justos & injustos* (*Ibid. 45.*).

9. Qué felicidad! Qué gloria! Perdonando las injurias, Señores, haciendo bien á los que os han hecho mal, os haceis por imitacion hijos de aquel Padre de las luces que opulento tiene en su seno depositado el inmenso tesoro de todos los bienes, y liberal generoso los derrama á manos llenas sobre sus amigos y enemigos. *Pluit super justos & injustos*. Y qué desacierto! qué lástima! que por la etiqueta, por el que dirá el mundo ó por el triste gusto que trae consigo el desaogo de la venganza, os privarais de una semejanza, de una filiacion tan gloriosa, disfrutando por algun tiempo el perdón de las injurias. Decidme estais resueltos á no perdonarles jamas? Qué furor! qué demencia! Bien pudierais derramar mas lágrimas de vuestros ojos que gotas de agua tiene el mar: descargar sobre vuestro cuerpo mas azotes que átomos tiene el aire: que con todo no conseguiriais el que Dios perdonara vuestras culpas, á ménos que no perdonarais las ofensas de vuestros prójimos.

10. Y si con el conocimiento de esta verdad infalible estais resueltos á perdonarlas qué aguardais? Quereis que llegue la muerte de improviso y que Dios poco satisfecho de los proyectos de una reconciliacion futura, hallando actualmente reconcentrado en vuestro corazon el enojo, os condene á un eterno suplicio? Quereis que con el tiempo se haga mas difícil el perdón? El segundo dia despues de recibida la injuria tendreis mayor dificultad en perdonarla que el primero, el tercer dia mayor que el segundo y el cuarto dia mayor que el tercero. Porque el disgusto que os dió vuestro prójimo vendrá á ser aversion, la aversion pasará á ser enemistad, la enemistad llegará á ser odio irreconciliable. Y entre tanto? Las inspiraciones se malogran: los ayunos las limosnas las oraciones, todas las oraciones todas las obras buenas son infructuosas: las confesiones y comuniones son sacrílegas.

11. Daos priesa Oyentes míos, en perdonar las injurias que os hagan vuestros prójimos, en reconciliaros con ellos. Sufocad en su prin-

principio los naturales movimientos de la ira y del enojo. Y serenando el corazon buscad ocasiones en que podais manifestarles que los habeis perdonado. Y ojalá tuvierais la generosidad de S. Bernardo para decirles: Haced de mí el juicio que quisierais, que yo estoy resuelto á amaros, aunque me aborrezcais me despreciéis me ultrajeis. Mientras buscáis pretestos y medios para separaros de mí, yo á pesar vuestro anelo por estar mas unido con vosotros: *Adherebo vobis, etsi nolitis, adhærebo*. Sin darme por vencido de vuestras injurias intento venceros con beneficios: *Non vincar injuriis, vincam obsequiis*. No será vuestra ingratitud rémora á mi liberalidad: *Ingratis adjiciam*. Os haré violencia para que recibais mis favores: *Invitis præstabo*. O qué bien manifestó S. Bernardo, cuán fino cuán generoso era su corazon, hablando de esta suerte con los que le injuriaban! Y con qué claridad nos dió á entender á lo que se reduce la obligacion que tenemos de reconciliarnos con nuestros enemigos! que es lo mismo que debo hacerlos ver en la

Segunda parte.

12. No os parezca Señores, demasiado lo que promete hacer S. Bernardo por sus enemigos; porque lo mismo os manda Jesucristo que hagais con los vuestros para que lleguéis á ser perfectos cristianos, supuesto que os dice que os reconciliéis con ellos: *Vnde reconciliari fratri tuo*. Que es lo mismo que deciros que los restituysais á aquel punto de amistad con que ántes los tratabais. Antes los saludabais, les hablabais, los visitabais: pues otro tanto debeis hacer despues de haberos reconciliado con ellos, en fuerza de la obligacion precisa que teneis de amarlos de veras de corazon. Por esto no creo sincera la reconciliacion de los que dicen que aman á los que los han injuriado, pero que no se atreven á verlos, ni hablarlos. Porque cómo he de creer que les entregan su voluntad, si les régatean una visita una palabra? Hacen lo mas negándose á lo ménos? Qué ilusion!

13. Dios nuestro Señor que verdaderamente se reconcilia con sus enemigos los pecadores, no se contenta con decir que los ama, sino que los mira con agrado, los oye con gusto, los llama con dulzura, y olvidado del todo de las injurias que le hicieron, los restituye á la antigua amistad y gracia de que ántes gozaban. Si vosotros pues verdaderamente os reconciliais con vuestros enemigos, no os contenteis con decir que los amais: miradlos con agrado, oidlos con gusto, llamadlos con dulzura; y olvidados de los agravios que os hicieron, no tendreis repugnancia en restituirlos á la antigua amistad que ántes les profesabais. Pero qué sucede? O sacrosanta ley del perdon de los enemigos que mal observada estais en el mundo! O maldito villano genio de los hombres, que haciendo en su pecho la mas ligera

impresion los beneficios, se fije tanto la memoria de los agravios que jamas haya de borrarse!

14. Quiero Señores, que vosotros seais jueces de la razon con que me lamento. Cuando estuvisteis gravemente enfermos, el temor de condenaros, los ruegos de vuestro confesor y de vuestros parientes os indujeron á que llamarais á vuestro enemigo. Al verle le abrazasteis, y con lágrimas en los ojos manifestasteis una gran pena de la enemistad pasada. Pero recobrada la salud ; no volvisteis á apartaros de su comercio, no huisteis las ocasiones de verle y hablarle, no le tratasteis con frialdad y aun con desagrado? Y quereis que fuese verdadera vuestra reconciliacion y agradable á los ojos de Dios que registra los secretos del corazon? No puede ser: porque el corazon dificilmente se muda, y si cuando enfermos hubierais amado de veras á vuestro enemigo, no habiéndoos dado despues motivo alguno de odio, hubierais perseverado constantes en amarle. Fué aparente falsa hipócrita vuestra reconciliacion, propia de escribas y fariseos.

15. Y aun si bien se mira negándoos á dar exteriores señas de amistad y de amor á vuestros enemigos, sois peores que los escribas y fariseos; porque ellos facilmente hacian todo lo que eran exterioridades: solamente encontraban dificultad en amar á los que los aborrecian y injuriaban. Y ciertamente juzgo que en esto consiste toda la dificultad de una verdadera reconciliacion entre los cristianos: no en que se visiten se hablen y se vean. Porque los que llegan á amarse de veras no pueden dejar de tener gusto de tratarse. Y al contrario cuántos se tratan con la mayor familiaridad y se aborrecen de muerte? Esau salió muy alegre á recibir á su hermano Jacob, y le aborrecia desde que perdió la primogenitura. Absalon sufrió con disimulo la injuria que Amon habia hecho á su hermana Tamar; y era mortal el odio que le tenia como manifestó despues en su venganza. Y en los palacios, en las ciudades que se experimentan entre los mas nobles, sino envidias enemistades encubiertas con muchas cortesías y otras señas del amor que fingen y no se tienen?

16. Por eso yo no os pido mas, Oyentes míos, sino que ameís de veras á los que os han injuriado, persuadido que de esa suerte cumplís con la obligacion de reconciliaros con ellos; y espero que habeis de llegar á aquel supremo grado de perfeccion, que señala Jesucristo en el evangelio. S. Agustin dice que el primer grado de perfeccion consiste en no hacer mal á quien nos hace bien. El segundo en no hacer mayor mal del que nos han hecho, guardando una sombra de justicia, como querian escribas y fariseos que daban por lícita la venganza que no excediera á la injuria. El tercer grado consiste en no volver mal por mal; y este es el primero de la perfeccion cristiana: del cual se pasa á otro mas elevado que es el de descartar padecer mayor mal, cuando Dios lo juzgá á propósito para nuestro bien

Bien ó el de nuestros prójimos. Entónces es cuando heridos en un carrillo, en lugar de vengarnos debemos exponer el otro á nuevo golpe: *Ego dico vobis: non resistere malo.*

17. Finalmente para llegar á ser perfectos como el Padre celestial, debemos aun subir mas arriba en la perfeccion haciendo bien á los que nos hacen mal, y rogando por los que nos persiguen y nos calumnian. De suerte que así como la mayor iniquidad es hacer mal á quien nos hace bien: así la mayor perfeccion es hacer bien á quien nos hace mal. Entre estos dos extremos hay muchos grados como habeis visto. No puede la malicia bajar mas que á injuriar á quien le beneficia, ni puede la justicia subir mas que á beneficiar á quien le injurie. Os parecerá muy arduo el subir tan alto. Pero nó lo es tanto como pensais, dice S. Agustin, si amais de veras á vuestros prójimos. ¿No estais viendo cada dia que un amigo sufre con gusto el que su amigo enfermo de frenesí le dé de bofetadas, á trucque de que tome el alimento ó la medicina que ha de curarle? Pues haceos cargo que el que injustamente os injuria, está frenético y que con la tranquilidad de vuestro ánimo podeis curarle. A ménos que no sea una fiera, ha de aplacar su ira apénas os vea sufrir con apacibilidad sus injurias, y mas si al mismo tiempo para llegar á lo sumo de la perfeccion le colmais de beneficios. Ellos serán, segun se explica S. Pablo, acusas de fuego que derramadas sobre su cabeza encenderán en su pecho la llama de la caridad que se apagó: *Hoc facient carbones ignis cóngeres super caput ejus* (Rom. xii. 20.).

18. Qué gloria, qué mérito tendreis para con Dios, Señores, haciendo amigos suyos á los que eran sus enemigos! Podeis daros por seguros de su amistad en premio de haber admitido á la vuestra á los que os injuriaron. No querais pues seguir los movimientos de la ira, que llevándoos al odio y á la venganza de la injuria, os apartan de Dios. Seguid las inspiraciones del cielo, que induciéndoos al perdon de la injuria y al amor de quien os la hizo, nos unen intimamente con Dios. Poned los ojos en su amado hijo y nuestro señor Jesucristo, y viéndole compadecido de la infelicidad de los que le crucifican, tened vosotros lástima de los que os injurian; y tenedla de vosotros mismos si llegasteis á aborrecerlos. Porque estais en desgracia de Dios, en manifiesto peligro de condenaros. Salid luego de este infeliz estado, deponiendo el odio perdonando á vuestros prójimos y pidiendo humildemente al Señor que os perdone. Son enormes mis culpas, dulcísimo Jesus, y no hay otro medio para alcanzar su perdon que el perdonar á mis enemigos. Yo los perdono, los amo de corazon, porque os amo á Vos sobre todas las cosas. De haberos ofendido digo que me pesa. Perdonadme Señor &c.

DE LA DOMINICA V. POST PENTECOSTEM
 predicada á 25 Junio de 1747.

Nisi abundáverit justitia vestra plus quam Scribarum, et Pharisaeorum non intrábitis in regnum caelorum. Matth. V. 20.

P 1. **R**. resumo Señores, que los ruegos y las razones de que me valí el domingo pasado para persuadiros que os ejerciteis en la oracion mental ó meditacion, habrán producido en vosotros algunos buenos deseos de ejecutarlo. Pero tengo por cierto que nuestro comun enemigo el demonio habrá sembrado en vuestros corazones mucha zizaña, para que aquellos buenos deseos no fructifiquen; porque interesando mucho en que no llegueis á ponerlos por obra, habrá instigado á los mundanos sus secuaces á que os lo disuadan. Sin duda unos habrán hecho delante de vosotros burla de los que piensan dedicar algun rato á la oracion, llamándolos por oprobrio místicos y beatos: como si la burla por sí no fuese sacrilega, y quisieran añadirle la horrible circunstancia de profanar unos nombres que significan honrosos atributos, dándoles un sentido injurioso; pues *místico* significa lo mismo que hombre instruído en el culto y conocimiento de los arcanos de nuestra religion, y *beato* lo mismo que feliz ó bienaventurado.

2. Otros tal vez os habrán pintado eminentes peligros en el ejercicio de la oracion mental, alegando los trágicos ejemplos de Molinos y sus sectarios, que con el pretexto de la oracion se perdieron y pervierten á los incautos: como si la astucia diabólica no supiera saear veneno de la mejor triaca: como si el abuso que algunos hacen de lo bueno bastara á hacerlo para todos malo. Muchos os habrán dicho que la oracion mental es inútil, bastando para salvaros el guardar los mandamientos de la ley de Dios: como si ese muro no necesitara para su resguardo de un antemural: como si la custodia de los mandamientos no pidiera muchas diligencias y precauciones. Ultimamente habreis oído decir que la oracion mental es imposible á los que viven en el siglo entre negocios y dependencias y que solamente es propia de religiosos. Luego hizo mal el sumo Pontífice en expedir la Bula que oísteis el domingo pasado, exortándoos á la oracion mental. Luego hizo mal S. Agustin en escribir el libro de meditaciones para todos los fieles. Luego S. Bernardo no acertó en trabajar y ofrecer su libro de consideracion al Papa Eugenio ocupado en los cuidados de la Iglesia. Luego nos engañó David en decirnos que empleado en el gobierno de Israel no cesaba de meditar en la ley de Dios;

Dios; y no tuvo razon de llamar bienaventurados á los que meditan en ella dia y noche: *Beatus vir qui in lege Domini meditatur die ac nocte (Ps. 1. 2.)*.

3. Fatales consecuencias son estas, Oyentes míos; pero legítimas consecuencias de aquel error y del descaro con que se explican contra la oracion mental. Y causa esto mayor estrañeza á vista de que los mismos que alaban á los misericordiosos con los pobres, hablan bien de los sufridos en los agravios, no tienen á mal que sus criados, hijos y mugeres oigan misa todos los dias y rezen una ó mas partes del rosario, no pueden sufrir que vengan al templo, ó que se retiren en su propia casa á tener un rato de oracion, lo resisten lo abominan. Qué es esto Oyentes míos? Qué ha de ser? La mejor prueba que puedo daros de que la oracion mental es provechosísima, y de algun modo mas provechosa que otras virtudes. Porque si no lo fuera, los demonios y los mundanos coligados con ellos para perdernos, no se opusieran con tanto teson á su ejercicio. Pero sin embargo de que esta sola consideracion basta á convenceros la grande utilidad que acarrea la oracion mental: sin embargo de que el domingo pasado me detuve algo en persuadíroslo, insisto está tarde en lo mismo señalando algunas razones particulares que acaben de demostraros aquella utilidad de que os hablé entónccs.

4. Porque aunque el esfuerzo que han hecho y hacen los mundanos para desvanecer los buenos propósitos, que formasteis de ejercitaros en la oracion, mirado á buena luz, segun dije, debe confirmarnos mas y mas en ellos: con todo me temo que ha de acobardaros. Y porque confieso que el ejercicio de la oracion mental es trabajoso por el tiempo que ocupa, y por el recogimiento del ánimo que requiere; y como no es fácil que nuestro corazon emprenda algun trabajo, sino con el conocimiento y esperanza de sacar un gran provecho: quiero poner delante de vuestros ojos el que podeis sacar de la oracion mental, haciéndoos ver que ella os facilita y ayuda al ejercicio de las virtudes. Bien conozco que comprenderlas todas en una breve plática es imposible; por cuyo motivo en su primera parte os hablaré de las virtudes teologales, y en la segunda de la devocion que es la raíz de las que llamamos morales. Y no pienso apartarme del asunto del evangelio; porque si consigo que dedicándoos á la oracion seais virtuosos; sin duda excediendo vuestra justicia á la de los escribas y fariseos, entrareis en el reino de los cielos: *Nisi abundaverit justitia vestra plus quam Scribarum et Phariseorum non intrábitis in regnum cœlorum.*

Primera parte.

5. La fe, primera virtud entre las teologales, es segun la definicion de S. Pablo, el principio y fundamento de la vida cristiana.

Por-

Porque nos mueve á creer que Dios es nuestro criador gobernador redentor santificador y glorificador : que es nuestro primer principio y nuestro último fin. Nos enseña que hay otra vida despues de esta, y un juicio final en que han de ser juzgados buenos y malos , aquellos para recibir un premio eterno y estos una pena eterna. Y en su consecuencia ; no es la fe la que refrena nuestros corazones , la que tiene á raya nuestros deseos , la que nos contiene en el temor de Dios ? Cual seria nuestra vida si no estuviera por delante la fe ? Con razon dijo el profeta Habacuc (*11. 4.*) que el justo vive por la fe : *Justus in fide vivit* : no porque la fe baste á darnos la vida espiritual , sino porque nos induce á vivir bien ; y porque segun decia el Apóstol (*Eph. vi. 16.*) es el mas fuerte escudo contra las saetas encendidas de nuestros enemigos , esto es contra las veementes tentaciones con que el demonio nos induce á vivir mal.

6. Pero la fe no causa en nosotros estos admirables efectos , á ménos que no meditemos atentamente lo que nos enseña. Porque así como una carta cerrada , por mas que sean alegres ó tristes las nuevas que nos trae , si no la abrimos y leemos no nos mueve á la alegría ni á la tristeza : así tampoco si con la consideracion no abrimos y leemos la carta de la fe , en que Dios nos escribe prometiendo una gloria inefable á los buenos , y amenazando con una pena indecible á los malos , nada nos conmueve : tan insensibles quedamos como si no lo creyéramos. Fuerza pues será Señores , que meditemos lo que la fe nos enseña si queremos vivir bien ; sin que pueda parecernos dura la ley de la meditacion que os impongo. Porque comenzando por el primer artículo , qué razon teneis para no meditar el beneficio de la creacion gobierno y conservacion vuestra y del mundo ? Si acaso un hombre poderoso os prometiera haceros muchos beneficios , con la condicion de que pensarais en él y en ellos miéntras os los hiciera ; no admitierais la condicion gustosos ? Pues porqué miéntras Dios os hace continuos beneficios dándoos y conservándoos el ser que os dió , no habeis de pensar en vuestro bienchor ? A mas de ser justo , de esta meditacion sacareis con el conocimiento de vuestra dependencia , y de la soberanía del Señor , el mas firme propósito de guardar su santa ley. Igual provecho sacareis de la meditacion de los demas artículos de la fe.

7. Pues no ménos que á la fe , ayuda la meditacion á la esperanza. Y aun si bien se mira , ayudando á la fe ayuda á la esperanza. Porque siendo la esperanza un afecto de la voluntad , tiene su motivo y apoyo en la fe del entendimiento , segun nos lo dió á entender el apóstol diciendo : Todas las cosas que están escritas se escribieron para nuestra doctrina , y para que con la paciencia y consolacion que nos da la sagrada escritura , tengamos esperanza en Dios. La escritura pues , libro que contiene las verdades reveladas que creemos por
la

la fe, es la fuente en donde bebemos el agua del refrigerio con que se alienta nuestra esperanza en Dios. Porque en ella vemos la grandeza de los merecimientos de Cristo, que es el principal estribo de nuestra esperanza. Vemos en mil lugares patente la bondad la suavidad la omnipotencia de Dios, el cuidado y providencia que tiene de los suyos, la benignidad con que recibe á los que se acogen á su amparo, las palabras que tiene dadas de no faltar á los que se ponen bajo su patrocinio. Vemos que ninguna otra cosa mas á menudo repiten los salmos, prometen los profetas y cuentan las historias, que los favores regalos y beneficios que el Señor hizo á los suyos: como ayudó á Abraan en su peregrinacion, á Jacob en sus peligros, á Josef en su destierro, á Job en sus enfermedades, á Tobías en su ceguera, á David en sus persecuciones, á Judith en su empresa, á Ester en su peticion, á los Macabeos en sus batallas, y finalmente á cuantos con humilde y religioso corazon imploraron su socorro. Todos estos sucesos y otros muchos son los que alientan nuestro corazon en los trabajos y le llenan de esperanza. Pero cómo? Contemplándolos y meditándolos con atencion. Porque con la meditacion como que tomamos con la mano esta medicina, y la aplicamos á la parte del corazon que desfallece. Quiero decir con la meditacion traemos á la memoria la grandeza de las misericordias que Dios ha usado con otros, y representándola al corazon, vuelve del desmayo y se alienta con la esperanza de que el Señor será con nosotros tan misericordioso como lo fué con los demas.

8. Tambien ayuda la meditacion á la caridad que es en el órden la última de las virtudes teologales, pero la primera en la perfeccion y la mas excelente de todas las virtudes. Porque como dijo S. Pablo, es el cumplimiento de toda la divina ley: es la que hace suave el yugo de Dios, ligera su carga: es la medida de la porcion de gloria que á cada uno compete: es la que agrada á Dios y la que le hace agradable todo lo que es agradable; pues sin ella ni la fe ni la profecía ni el martirio tiene precio delante del Señor. La caridad es la alma la vida la fuente de todas las virtudes, por el imperio y dominio que tiene en ellas para mandarlas, habiendo dicho por eso el apóstol (*I. Cor. xiii. 4.*). La caridad es apacible benigna: no es envidiosa no hace mal á nadie: no es soberbia no ambiciosa no busca su interes: no se goza en la maldad, se alegra de la verdad: todo lo sufre todo lo cree y todo lo espera.

9. Pues para alcanzar esta joya tan preciosa, aunque ayudan todas las virtudes y buenas obras, ayuda mas que todas la consideracion ó meditacion. Porque bien sabeis que la voluntad es una potencia ciega, que no puede dar paso sin que el entendimiento vaya delante alumbrándola y enseñándola lo que ha de querer y cuanto lo ha de querer. Y así para que nuestra voluntad se incline á amar á

Dios

Dios es menester que el entendimiento le proponga cuan amable sea Dios en sí y cuan amable para nosotros : esto es cuanta sea la grandeza de su bondad benignidad misericordia mansedumbre liberalidad poder sabiduría , y de las demas perfecciones que le adornan. Luego es menester que el entendimiento represente á la voluntad cuan piadoso ha sido Dios con nosotros , quanto nos amó , quanto por nuestra causa hizo y padeció desde el pesebre hasta la cruz : cuantos bienes actualmente nos dispensa , cuantos nos tiene aparejados , y de cuantos males nos ha librado , con cuanta paciencia nos ha sufrido , con cuanta benignidad nos ha tratado , con otros innumerables beneficios que nos ha hecho. Y considerando y abundando mas y mas en la profunda meditacion de tanto abismo de bondad , se va encendiendo en nuestros corazones como decia David (*Ps. xxxiii. 4.*) el fuego de la caridad ó del amor de Dios : *In meditatione mea exardescit ignis.* Porque si las bestias fieras aman á sus bienchores : si las dádivas como solemos decir , quebrantan peñas ; y si como dijo un filósofo , quien halla beneficios halló cadenas para prender los corazones : qué corazon habrá tan duro y tan de fiera que considerando la inmensidad de los beneficios de Dios no se inflame en el amor de su bienchor ? Mucho mas pudiera decirnos en prueba de lo que conduce la meditacion al ejercicio de la caridad ó del amor de Dios , y en prueba de que es imposible el ejercicio de la caridad , sin que preceda la consideracion de la divina bondad ; pero bastando vuestra reflexion para conocerlo , paso á hablaros de la devocion.

Segunda parte.

10. El mayor impedimento que tenemos para conseguir la última felicidad ó bienaventuranza , es la perversa inclinacion de nuestro corazon á obrar mal y la dificultad y pesadez que sentimos para obrar bien. Que es aquella misma ley de los miembros que reconocia S. Pablo efecto del pecado original , y que opuesta á la ley del espíritu le llevaba como arrastrando al cautiverio del pecado. Sin este impedimento fácil nos fuera correr por el camino de las virtudes , y alcanzar la eterna bienaventuranza para que somos criados. Pero quién , diré con el apóstol (*Rom. vii. 4.*) nos librará de las manos de esta muerte ? Quién nos aligerará del peso que nos abrumba ? La devocion Oyentes míos , es el medio mas á propósito para este fin. Pero no aquella devocion que conoce el vulgo ignorante. No la devocion que consiste en estar presente en el cuerpo á una ó muchas misas , teniendo el ánimo voluntariamente distraído : en mover los labios y la lengua , rezando muchas oraciones delante de esta ó de la otra imágen ó en otras ceremoniosas exterioridades. Porque semejantes prácticas destituidas del espíritu de religion , son devociones engañosas en que muchos falsamente afianzan su salvacion : devociones pro-
prias

pias de escribas y fariseos, que no pueden llevaros ni introducirnos en el reino de los cielos.

11. Yo no me canso de declamar contra un engaño tan universal y tan pernicioso. Y con particular gusto os repito una y muchas veces con mi angélico maestro santo Tomas (2. 2. q. 81. a. 1.) que la devocion verdadera no es otra cosa que la pronta disposicion de la voluntad para querer todo lo que sea del servicio de Dios. Por eso con razon dije que la devocion es la que quita aquella dificultad que sentimos para obrar bien, la que sacude la pesadez que nos detiene en el camino de los divinos mandamientos. Porque, segun se explica S. Bernardo (*Cant. Serm. x.*) es una refeccion espiritual; un rocío del cielo, un soplo ó aliento del Espíritu Santo, un efecto sobrenatural que inmuta nuestro corazon y le da gusto y esfuerzo para lo bueno, disgusto y hastío para lo malo.

12. Pero cómo se alcanza, me diréis, esta devocion verdadera? Con la oracion mental ó meditacion Oyentes míos, os respondo con santo Tomas. Porque la consideracion y conocimiento de las cosas divinas causa en la voluntad aquellos afectos y sentimientos que la inclinan á amarlas, y á aborrecer las cosas terrenas. Vosotros lo sabeis por experiencia, almas verdaderamente devotas. Porque qué propósitos qué determinacion qué fervor de obrar bien habeis sentido dedicados á la oracion mental? Qué deseos habeis tenido de agradar á un Dios que se os ha mostrado tan bueno y tan dulce? Qué ánimo de padecer nuevos trabajos, y aun de derramar vuestra sangre por su amor? Cómo reverdeció y se renovó la frescura de vuestra alma? ¿Cómo de la meditacion salisteis á impulsos de la devocion veloces para correr por el camino de todas las virtudes? Bien lo sabeis vuelvo á decir, almas piadosas, y sin alegar propias experiencias por no desvaneceros, podeis exortar á vuestras familias á que por medio de la oracion mental adquieran la devocion, y por medio de esta todas las virtudes.

13. Porque no hay verdad mas cierta que el que la oracion y devocion son los mejores medios para adquirir las virtudes. Y bien sabido es el testimonio del Seráfico Doctor S. Buenaventura, en que las promete á todos los que tienen oracion. Si quieres, dice, sufrir con paciencia los trabajos de esta vida, seas hombre de oracion. Si quieres alcanzar fortaleza para vencer las tentaciones de los enemigos de tu alma, seas hombre de oracion. Si quieres con la templanza mortificar tu carne y tus apetitos, seas hombre de oracion. Si quieres humillarte con el conocimiento de tu miseria, seas hombre de oracion. Si quieres caminar con suavidad y alegría por el camino de la penitencia, seas hombre de oracion. En fin si quieres desarraigar de tu alma todos los vicios y plantar en su lugar todas las virtudes, seas hombre de oracion. Y además si quieres subir al monte de la

perfeccion cristiana , para percibir en brazos del esposo la dulzura de los santos... Pero no estamos tan adelante , ni me contestais , que es propia de los santos la oracion : ántes bien por lo mismo creéis que no os toca á los principiantes ejercitaros en ella.

14. Mas si tal pensais , caeis en el error que apunté al principio , y que será en vosotros mas culpable despues de haberme oído y haber oído el testimonio del Seráfico Doctor. Porque ó quereis ser virtuosos ó viciosos ? Si quereis como supongo ser virtuosos , qué medio mejor para serlo podeis elegir que el de la oracion mental ? Y qué os detiene para echar mano de él ? El que no sabeis el modo de orar ? Pedidle á Dios que os lo enseñe , y ayudaos con su ejercicio , que hombres mas rudos que vosotros lo han sabido y ejercitado con perfeccion. ¿ El que no podeis fijar la imaginacion , para meditar el punto que os proponéis ? Emplead ahora en los principios un buen rato en la lección , y interrumpidla de cuando en cuando para el desengaño y desprecio de las cosas terrenas , y para el aprecio de las celestiales : ó si no luchad con vuestra imaginacion para recogerla á la meditacion , como luchó Jacob con el ángel ; y aunque os parezca que no lo lograis , aunque quedeis fatigados , el Señor os dará luego ó con el tiempo el premio de vuestra batalla. Y finalmente cómo se adquiere el arte de pintar sino pintando ? como el de escribir sino escribiendo mucho y con cuidado ? Pues adquirireis la facilidad de orar , orando. Forzoso es que á los principios encontreis dificultades en la oracion ; mas las vencereis con el ejercicio y con la ayuda de Dios ; y vencidas percibireis en la meditacion una dulzura que ahora no percibe estragado vuestro gusto.

15. Ea buen ánimo Oyentes míos , al ejercicio de la oracion : á manejar las armas mas poderosas contra el mundo y contra el inferno , que por lo mismo intentan por cuantos medios les son posibles desarmaros de ellas. Mas no han de lograrlo , sino que continuando la meditacion de la multitud y gravedad de vuestras culpas , postrados á los pies del Señor , digámosle enternecidos : Dios soberano ! No somos dignos de hablar con vuestra magestad , pecadores ; pero en vuestra mano está el hacernos justos : dadnos la gracia del arrepentimiento. Quisiéramos reventar de dolor de haberos ofendido. Perdonadnos Señor , compadeceos de nuestra miseria , &c.

DE DESPEDIDA EN EL DOM. V. POST PENTECOSTEM
predicada á 7 de Junio de 1748.

Nisi abundáverit justitia vestra plus quam scribarum & pharisæorum non intrábitis in regnum cælorum. Math. V. 20.

1. **N**o subo, Señores, á este púlpito á hacer una vana ostentacion de la dignidad que he obtenido. Porque fuera profanarla; y fuera no conocer que los grados de honor en la Iglesia de Dios, segun decia S. Bernardo (*Ad Eug. Epist. 238. et de Consid. lib. II. c. 6.*) escribiendo al Papa Eugenio, son gradas por donde bajamos para acercarnos en la imitacion á Jesucristo, centro y ejemplar de humildad. De suerte decia el santo, que los ministros del Señor cuanto mas elevados, tanto mas inmediatos están á su persona, tanto mas obligados á imitarle en las virtudes, y por consiguiente tanto mas deben ser pobres de espíritu y humildes de corazon. No permitais pues, humildísimo Jesus, que me desemeje y aparte de Vos: quitadme mil veces la vida ántes que me desvanezca ó me inmute interior ó exteriormente lo que debe humillarme y confundirme en vuestra presencia.

2. Ni subo con la serenidad y sosiego del ánimo que en los domingos antecedentes. Porque una vez que la divina providencia declinándome á otro ministerio me separa del de párroco vuestro, ilustres Parroquianos de esta insigne parroquia, que ya no puedo llamaros feligreses, me siento conmovido y perturbado del dolor y del conocimiento de mis faltas. Bien quisiera poder hacer lo que en semejante ocasion ejecutaron Samuel (*I. Reg. xiii. 3.*) y S. Pablo. Aquel dejando la direccion y gobierno que habia tenido de los israelitas, los convocó á todos, les expuso su conducta, se sujetó á su juicio, se ofreció á responder á cuantos cargos le hicieran, y no pudiendo hacerle ninguno le aclamaron zeloso inocente juez de Israel. Y S. Pablo (*Act. xx. 17.*) ausentándose de la Iglesia de Mileto hizo otro tanto que Samuel: alegó sus méritos y sus servicios, y resultando incontestables se justificó llenamente delante de todos.

3. Pero yo no puedo imitar estos ilustres ejemplares. Porque me reconozco y confieso reo de muchas culpas. Y aunque quisiera negarlas, vosotros me desmintierais: siendo testigos de mi flojedad, tibieza y descuidos, y haciendo justicia no podeis dejar de pronunciar que he sido indigno ministro del Señor. Yo propio me doy la misma sentencia; y no apelo sino al tribunal de vuestra piedad, alegando para conseguirla, las razones del tierno afecto que os profeso, y de

los deseos que he tenido de instruirós, sócorrerós y edificarós. Verdad es que no han correspondido las obras á mis deseos. Y por lo mismo os ruego que desistais del derecho que teneis á acusarme en el tribunal de Dios. Os ruego una y mil veces, que me perdoneis, y no cesara de pedirós perdon si el mismo tierno asunto me dejara hablar, y no fuera preciso desempeñar el encargo que he merecido al que dignamente regenta el ministerio pastoral de esta Iglesia, explicándoos el evangelio de este dia del mejor modo que pueda y lo permita mi angustia.

En él la magestad de Cristo declara á sus discípulos que para entrar en el reino de los cielos, deben ser mas justos que los escribas y fariseos &c. *De la plática LXXVII.*

4. Jesucristo lo dice, y no os engaña, ni pienso yo engañaros cuando me despido de vosotros, Feligreses míos. (Permitidme que todavía os llama con este dulce nombre). Porque al modo que un padre amoroso al ausentarse de sus hijos les da las mas provechosas instrucciones: así yo por lo que os estimo y por último debo encargaros la perfecta observancia de la ley evangélica. Y si os lo persuado, puedo dar por cumplidos los deseos que mostraba S. Pablo á los Militenses de que se lograra en ellos el designio de su predicacion y del evangelio de la gracia de Jesucristo. Pero nõ debo deciros lo que decia el apóstol, que me ausento de modo que ya mas no me veréis. Ay! se me partiera el corazon de dolor, y derramara mas lágrimas que los oyentes de Pablo afligidos de aquel último á Dios que les dijo. No Feligreses míos, os veré muchas veces: y me vereis siempre que me busqueis para vuestro consuelo, y os hablaré desde este púlpito siempre que permitiendolo mis propias ocupaciones, se me encargue. Pero no habiendo de ser con la frecuencia que hasta ahora, y ausentándome de algun modo de vosotros, bien puedo concluir vaticinándoos que en mi ausencia en lugar de los lobos rapaces, que temia S. Pablo habian de asaltar á Mileto, tendreis siempre zelosos sabios pastores, que os apacienten con el pasto de la divina palabra. Y os prometo con el mismo apóstol encomendaros á Dios en todo el discurso de mi vida: *Commendo vos Deo.* Pero al mismo tiempo os pido que me tengais presente en vuestras oraciones, singularmente en las que hicieris en este templo delante de Cristo Señor nuestro sacramentado, y de las imágenes del arcángel S. Miguel, y del apóstol S. Bartolomé. Y en su eficacia espero, ó benéficos Titulares de esta Iglesia, que habeis de ser siempre mis patronos. Y os ruego que lo seais de este Reverendo Clero y Ilustre Parroquia, de modo que por vuestra intercesion derrame el cielo las mas abundantes bendiciones. Así lo confiamos de vuestra bondad, ó Padre de las misericordias, y postrados á vuestra presencia os pedimos mas con sollozos que con palabras que perdoneis nuestras culpas. Misericordia, Señor &c.

DE OTRA PLÁTICA SOBRE LA MISMA DOMINICA.

Ego autem dico vobis, quia omnis qui irascitur fratri suo, reus erit iudicio. Matth. V. 22.

5. **N**o solo debemos contemplar en Cristo señor nuestro el respecto de Redentor, sino tambien el de legislador del género humano. Pues Isaiás (xxxiii. 22.) hablando en profecía del Señor, dijo abiertamente que seria nuestro rey y nuestro legislador: *Dominus rex noster, Dominus legifer noster.* Y manifestó bastantemente serlo en sus obras y en sus palabras. Pues al modo que Moyses ántes de promulgar la antigua ley ayunó por espacio de cuarenta dias, y despues desde el monte Sinai la dió escrita en dos tablas y resumida á diez preceptos: así tambien Cristo señor nuestro ayunó otros cuarenta dias, y despues desde un monte de Galilea comenzó á promulgar su santa ley, poniéndose á predicar aquel célebre sermon de que tantas veces os he hablado, y que puede llamarse un compendio de la nueva ley como lo fué el decálogo de la antigua.

6. No teneis mas que leer aquel sermon, y sabreis Señores, lo que debeis hacer para ser justos y mas justos que los fariseos, y salvaros. Pues Jesucristo señor nuestro en él nos acuerda los principales preceptos del decálogo, dándoles con esto mayor recomendacion y fuerza de la que tenían promulgados por Moyses. Y por si acaso alguno pensaba que habia venido á abolirlos, declaró que no: ántes bien dijo, vine á cumplirlos y á hacer mas precisa la obligacion de observarlos: *Non veni legem sölvere sed adimplere.* Pero ademas de intimar á sus discípulos y á cuantos le oían los antiguos preceptos del decálogo, les impuso otros con que hizo mas fácil y mas segura la observancia de aquellos. Porque al modo que el príncipe que quiere fortificar una de sus ciudades, no se contenta con circuir la de muros sino que la rodea de fosos, y manda construir baluartes rebeldes medias lunas y otras obras exteriores que la hacen inaccesible: así tambien Jesucristo, aunque contempló á los preceptos de la ley natural ó del decálogo, como fuertes muros que defienden á nuestras almas de los asaltos de sus enemigos; sin embargo para su mayor custodia añadió muchos antemurales en los preceptos y consejos evangélicos, que nos dió en el discurso de su predicacion y especialmente en aquel sermon del monte.

7. Pongo el mismo ejemplo que se contiene en las cláusulas del evangelio que hoy canta la Iglesia. A vuestros padres, dijo el Señor, se les mandó que no mataran: *Dictum est antiquis: non occides.* Pe-

ro yo os digo mas: Que no os enojeis contra vuestros prójimos: *Ego autem dico vobis: quia omnis qui iráscitur fratri suo reus erit iudicio.* O qué admirable documento este, Oyentes míos! O con qué acierto procura nuestro divino legislador hacer inviolables las sacrosantas leyes del decálogo! Cómo de golpe tira á corregir las pasiones que nos mueven á quebrantarlas! Porque la cólera el enojo ó la ira es la mas fecunda fatal causa de los odios injurias homicidios y otros delitos que cometemos contra la caridad que debemos tener y la justicia que debemos guardar á nuestros prójimos. De suerte que me atrevó á aseguraros que si no dais entrada en vuestro corazon á la ira, no faltareis á la caridad ni á la justicia.

8. Y así como en esta, en todas sus lecciones procuró Jesucristo aclarar y corroborar la fuerza de los preceptos naturales, enseñando cuan conformes son á la razon y cuan opuestos á nuestra voluntad por la depravacion de sus afectos. Lo cierto es que el Señor altamente persuadido de la raíz de nuestros males espirituales, acudió al remedio, declarando que seremos en lo exterior buenos si lo somos en el interior; y que siéndolo en lo exterior, si en lo interior no lo somos, seremos hipócritas como los escribas y fariseos incapaces de entrar en el reino de los cielos: *Nisi abundaverit justitia vestra plus quam Scribarum et Phariseorum non intrábitis in regnum cælorum.* Pero yo no he de dar esta tarde tanta estension á mi asunto; debiendo ceñirme al designio que se propuso Jesucristo hablando de la ira. Y así en la primera parte de mi plática os haré ver cuan terrible mal es la ira; para que advertidos de su daño procureis aplicar los remedios que os daré en la segunda.

Primera parte.

9. Del mismo modo que los médicos dividen las enfermedades corporales por los diferentes grados de su aumento, dividió Cristo señor nuestro á la enfermedad espiritual de la ira. Y segun el modo con que se explicó en el evangelio, la ira en su primer grado se oculta en el pecho de quien la tiene. En el segundo se manifiesta por algun lamento, amenaza ó interjeccion, que es lo que significa en sentir de S. Agustin la voz *Racha*. En el tercer grado la ira se conoce por las palabras injuriosas contra el prójimo en que prorrumpe el que la tiene. Y á la ira en cada uno de sus grados señala el Señor distinta determinada pena, con que bastantemente declara la diversidad de la culpa. Pero aunque digamos con mi ángel maestro santo Tomas, que la ira en el primer y segundo grado no sea pecado mortal, á ménos que no vaya acompañada del aborrecimiento del prójimo: sin embargo estando tan cerca de pasar al tercer grado en que ciertamente es mortal, debe horrorizarnos. Porque quién no se horroriza de tener una enfermedad en primero ó segundo grado, por el

motivo de que solamente en el tercero es mortal? ¿No basta á alligirle el próximo peligro de que llegue á serlo? Y quién no conoce cuán fácil es que su corazon una vez airado se salga por la boca, ó cuán difícil el que la lengua no siga sus movimientos, prorumpiendo en palabras injuriosas á su prójimo? Pues en llegando este caso ya es mortal la ira, &c. *Váyase á la plática XXI.*

P L Á T I C A LXXXI.

DE LA DOMINICA VI. POST PENTECOSTEM

predicada á 2 Julio 1741 : 14 de Julio 1743: 2 de Julio 1747.

Cum turba multa esset cum Jesu, nec haberent quod manducarent, convocatis discipulis ait illis: Misereor super turbam. Mar. VIII. 1.

1. **C**on mucha razon decia el apóstol S. Pablo (*Rom. xv. 4.*) que cuanto se halla escrito en los sagrados libros se escribió para nuestra instruccion; pues en ellos encontramos motivos y ejemplos para creer lo que Dios nos revela, obedecer lo que nos manda y ejercitar las virtudes que nos inspira. Porque si nos obliga á creer lo que parece increíble: allí tenemos á Abraan que creyó y esperó contra toda esperanza. Si quiere que guardemos una castidad inviolable, nos pone delante de nuestros ojos á Josef que conservó la suya en la coyuntura mas delicada y á pesar de la tentacion mas veemente. Si nos condena á una áspera penitencia, nos acuerda en David la de un gran rey. Si nos previene que nos armemos de paciencia en las desgracias, nos describe la de Job labrada á golpes de la mas adversa fortuna. Y finalmente cuando Dios nos encarga que seamos misericordiosos, nos propone en el evangelio de este dia por ejemplar de misericordia á su unigénito Hijo Jesucristo.

2. Luego que el Señor (*Math. xv. 29.*) viniendo de Tiro y de Sidon llegó á la costa del mar de Galilea, se subió á un monte vecino. Pero no quisieron dejarle solo sus paisanos; pues le siguieron cerca de unos cuatro mil hombres, acompañados de muchas mugeres y niños, llevando consigo cojos mancos ciegos y otros enfermos incurables, que arrojados á sus pies se levantaron de repente sanos. Ellos ó atónitos de las maravillas que miraban ó agradecidos á los beneficios que recibian, como olvidados de sí mismos no acertaban á apartarse de su omnipotente bienhechor, dándole con esto motivo á una nueva maravilla y á un nuevo beneficio. Pues su magestad viendo la hambre que padecian, llamó á los apóstoles y les dijo: Yo me compadezco de estas gentes que ha tres dias que están conmigo y no tienen que comer. Si los despido ayunos han de perecer en el camino,

por-

porque algunos de ellos están muy léjos de sus casas. Ya lo vemos Señor, respondieron los apóstoles; pero cómo y quién ha de encontrar en este desierto comida bastante para tantos? Cuántos panes tenéis? preguntó Jesucristo. Siete, Señor, y unos pececillos. Ea bien dijo, mandad que todos se sienten, y tomando en sus débiles manos aquellos pocos panes y peces, los multiplicó de suerte que sobraron muchos pedazos despues de saciados todos, y así los envió á sus casas: *Et dimisit eos.*

3. Este es Señores, el suceso de nuestro evangelio, que se parece mucho al que nos refiere el evangelista S. Juan al capítulo VI. y habreis oído ponderar en la dominica cuarta de cuaresma. Pero no es el mismo: porque aquel segun repara el Crisóstomo aconteció en el desierto, este en un monte. Allí Cristo señor nuestro alimentó con cinco panes á cinco mil hombres: aquí con siete panes á cuatro mil. Allí de las sobras se llenaron doce canastas: aquí siete espertas. Y así hemos de decir que dos veces obró el Señor este estupendo prodigio, para que haciendo dos veces una tan pública admirable ostentacion de su misericordia, tuviéramos duplicados ejemplos y motivos para ser misericordiosos. Entrambas veces ejercitó con heroicidad los dos actos propios de esta virtud, que son, como enseña mi angélico maestro (*r. p. q. 21. a. 3: II. II. q. 30. a. 1.*) con S. Agustin, compadecerse de la miseria ajena y socorrerla. Se compadeció de la necesidad de las turbas: *Misereor super turbam*; y acudió pronto á su sócorro con un milagro: *Accipiens septem panes dabat discipulis ut apónerent turbæ.* A su imitacion pues debeis Oyentes míos, compadeceros de la miseria de vuestros prójimos, y debeis socorrerlos. A uno y otro estais obligados, como vereis en las dos partes de mi plática si me estais atentos.

Primera parte.

4. Es tan propia de los hombres la compasion que se equivoca con su naturaleza: siendo la humana que nos constituye hombres la misma que nos denomina humanos ó compasivos. Todos convenimos en un mismo ser racional; y por eso estamos naturalmente unidos con un estrecho vínculo de amor, que nos hace entristecer de los males ajenos porque nos los hace mirar como propios. Quiso nuestro Criador que todos fuéramos amigos, que tuviéramos un trato de perfecta sociedad ó compañía, que hiciera comunes las pérdidas y las ganancias, las penas y los gozos. Y así es muy conforme á nuestra naturaleza la obligacion que prescribe S. Pablo á los Romanos (*xii. 15.*) cuando les dice que siendo unos mismos sus sentimientos y sus afectos, deben alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran: *Gaudere cum gaudéntibus, flere cum fléntibus: id ipsum invicem sentientes.*

5. Según esto los que no tienen lástima ó compasión de las ajenas miserias se hacen violencia á sí mismos. No quieren registrar en su corazón sus inclinaciones naturales: que si las siguieran no dejaran de compadecerse. Pues sabemos que los gentiles naturalmente ejercitaron este primer acto de la virtud de la misericordia; y sabemos que Julio César la poseyó en tan alto grado, que Ciceron la tuvo por la mas excelente de todas sus virtudes. Ni la fortaleza militar con que se hizo dueño de la república romana, ni la justicia ni la prudencia con que la gobernó le hicieron tan admirable al mundo, como la misericordia con que vencedor se compadeció de la calamidad de los vencidos. Mas gloria le dieron las lágrimas que derramó compasivo al ver muerto á su enemigo Pompeyo, que todos los laureles con que triunfante coronó sus sienes.

6. No penseis Señores, que en solas las oraciones de Ciceron he leído aplaudida la misericordia de aquel gentil. El gran padre de la Iglesia S. Agustin (*Epist. cxxxviii. ad Marcel.*) la engrandece, su discípulo santo Tomas de Aquino (2. 2. q. 30. a. 3.) la celebra; y entrambos con sus elogios nos demuestran cuán agena y cuán indigna es de un cristiano la impiedad. Mas qué digo? Hay en el mundo, cristiano que no se lastime de las miserias de sus prójimos? Hay cristiano que no mire como propios los males ajenos? Cómo si los hay? Aunque quisiera negarlo la lengua, lo desmintieran los ojos, pues vemos á tantos cristianos desapiadados. Unos no quieren ver ni aun oír los males que otros padecen: porque bien hallados con su felicidad temen que la funesta noticia de la miseria agena ha de perturbar la quietud que gozan. Fíngense muy tiernos y compasivos, mientras aborrecen tener motivos de compadecerse. Ah crueles! Otros miran á los mas afligidos miserables como si no los vieran: ó los ven padecer con la misma serenidad y indiferencia que si no fueran prójimos. Ni se enternecen sus ojos al ver el frío que sufre el desnudo, ni su corazón se conmueve al oír los gemidos del hambriento. Vanos soberbios piensan que no les toca lastimarse de los males de los pobres, por ser de otra naturaleza que ellos. Y no se engañan, porque su impiedad, vicio brutal como enseña santo Tomas, despojándolos de la humanidad, los transformó en brutos: su fiereza los hizo fieras. Está en ellos violenta la racionalidad, perturbada la razón, ó apagada aquella luz natural con que los gentiles conocieron la obligación que tenían por ser humanos de ser compasivos.

7. Y no solo, Señores, el amor natural con que debemos amar todos los hombres, nos obliga á compadecernos de sus males; sino que tambien el amor de caridad obliga especialmente á los cristianos á ser compasivos. Porque todos según decia S. Pablo (*Rom. xii. 5.*) componemos un cuerpo con Jesucristo: *Multi unum corpus sumus in Christo.* Y así como una parte de nuestro cuerpo no pueda

dejar de sentir el mal de las otras mientras esté unida con ellas; tampoco ningún cristiano puede dejar de padecer ó compadecer la pena que aflige á otros, sino es que haya deshecho la union que le unia con ellos. O si conocierais Señores, cuán estrecho cuán sagrado es el vínculo de la caridad que os une entre vosotros y con Jesucristo! Cómo os amarais y cómo mutuamente os compadecierais de vuestros males?

8. Quisiera que leyerais con atencion el capítulo IV. del libro del Eclesiástico para que aprendierais á ser compasivos. Hijos, dice el Espíritu Santo (y habla con vosotros fieles míos) Hijos no apartéis la vista ni mireis con desprecio á los pobres. Ni con el ceño y con la aspereza de las palabras añadais una nueva afliccion á la afliccion que padecen vuestros hermanos. Oíd con paciencia con agrado con afabilidad sus ruegos; y así aun cuando no podais socorrer sus necesidades, merecereis por vuestra compasion sus bendiciones. Pero si tratáis con crueldad á los pobres, en la amargura de su espíritu os maldecirán; y Dios oye sus maldiciones segun nos dice el Espíritu Santo en el mismo capítulo del Eclesiástico (*Eccli. iv. 6.*): *Maledicentis tibi in amaritudine animæ exaudietur deprecatio illius.*

9. Poco ó ningún temor tendrán á las maldiciones de los pobres ni á las iras de Dios aquellos ó aquellas que desde sus carrozas apenas ven ó saludan á los que van á pie por esas calles. La loca vanidad que los hace pasear por los espacios imaginarios, al mismo tiempo que á ellos injustamente los engrandece y eleva, disminuye y abate á los otros. Ni ménos espero que haga impresion en los ánimos de tales hombres, si pueden llamarse hombres, el ejemplo de afabilidad y de compasion que nos dejó la magestad de Cristo en nuestro evangelio, aunque debiera hacerla: porque los grandes ricos y poderosos del mundo no podrán negarme que Jesucristo es mas grande mas rico mas poderoso que ellos, sino es que me nieguen que sea Dios verdadero, y con todo se compadeció de las pobrecitas turbas: *Misereor super turbam.* Era hombre verdadero, y á fuer de hombre, como dice el Venerable Beda, se compadeció de los demas hombres. Vosotros Oyentes míos, sois hombres y sois cristianos; y así debeis compadeceros de la miseria de los prójimos, y debeis socorrerla, que es el asunto de mi

Segunda parte.

10. Los que al parecer se lastiman de las miserias que padecen otros sin remediarlas pudiendo, no son en verdad misericordiosos ni compasivos. Deben llamarse pusilánimes; porque aquella lástima que cada dia vemos en algunas mugeres y en otros viejos muy avaros, es efecto de su pusilanimidad, no ejercicio de la virtud de la misericordia. Esta consiste en sentir de S. Agustin (*Lib. ix. de Civ. cap.*

cap. 5.) en la compasión del ánimo que nos impele á socorrer la miseria ajena pudiendo: *In corde nostro compassio, qua utique si possumus subvenire compellimur.* Los que no pueden subvenir á la necesidad de sus prójimos, como se compadezcan de ella son perfectamente misericordiosos. Y aun á veces será mas meritoria la lástima con que un pobre mira la miseria de otro, con verdaderos deseos de remediarla si pudiera, que la abundante limosna con que un rico la socorre; porque Dios mas atiende al afecto que al don, como dicen los teólogos con santo Tomas (2. 2. q. 32. a. 9.): *Deus non tant censum æstimat quam affectum.*

11. Gran consuelo este para los pobres, y gran desengaño para muchos ricos que piensan ser misericordiosos sin ser limosneros. Uno y otro acto de la virtud de la misericordia ejercitó en este dia la magestad de Cristo. Se compadeció de las turbas hambrientas, y acudió al remedio multiplicando los panes y los peces. Si su compasión como os dije con el V. Beda fué argumento de su humanidad, su socorro lo fué de su divinidad; y si aquella os movio á ser compasivos, este debe excitaros á ser limosneros, y de serlo ó no serlo depende vuestra salvacion ó condenacion eterna.

12. No quiero decir que las limosnas que hagais han de justificarnos y han de bastar por sí solas para salvaros; sino que ellas son los medios mas eficaces para quitaros los impedimentos del pecado y llevaros á la gloria. Porque qué son los pecados, Señores, sino los soberbios muros de Jericó que impiden al pueblo de Dios la conquista de la tierra prometida? Pero qué es la limosna, diré con S. Ambrosio, sino una fuerte batería que los derriba, ayudada de las oraciones ó clamores de los pobres? Qué son los pecados sino las cadenas con que nos tiraniza el demonio? Pero qué es la limosna, diré con el mismo, sino una feliz redencion que nos libra de aquella esclavitud? Qué son los pecados sino opacas nubes que nos impiden la vista de Dios? Pero qué es la limosna, diré con S. Cipriano, sino una hermosa luz que las disipa y nos alumbra? Qué son los pecados, sino un fuego que abrasa nuestras almas? Y qué es la limosna diré con el Eclesiástico (*Eccli. iii. 33.*) sino el agua que apaga aquellas llamas?

13. Pero dejando ya otras alusiones que engrandecen á la limosna, os diré con S. Bernardino de Sena, que á las obras de misericordia suele Dios vincular los auxilios de su gracia y el tiempo para hacer penitencia. Si el hombre corresponde á aquellas inspiraciones que Dios le envia para socorrer á los pobres, el Señor añade nuevos y eficaces auxilios para que finalmente consiga el don incomparable de la penitencia. Parte tu pan con el pobrecito, decia el profeta Isaías (*Lviii. 7.*) te amanecerá una clarísima luz y conseguirás presto la salud: *Frangere esurienti panem tuum ... tunc erumpet quasi mare lu-*

men tuum, & sánitas tua citius orietur. O misericordia! O virtud poderosa y saludable! Tú quitas los impedimentos, tú introduces las disposiciones necesarias á nuestra salud eterna. Tú destruyes la soberbia y la avaricia: tú nos haces obedientes humildes mortificados: tú

14. Mas interrumpo mi oracion; porque parece que oigo como me decís que estais bien advertidos del mérito y de la eficacia de la limosna; pero que por la calamidad de los tiempos estais mas en términos de pedirla que de hacerla. Qué astuto es el demonio! qué falaces son sus argumentos! y cuán opuestos á las máximas del evangelio! A todos alcanza en este tiempo la necesidad: ¿ luego los unos no estamos obligados á socorrer la de los otros? Es universal la miseria: ¿ luego ya no tiene lugar la misericordia? Se ha disminuido mi renta, pero ni en el comer ni en el vestir ha de conocerse la falta, y así nada me sobrará: con que no estaré obligado á dar limosna? Qué consecuencias tan fatales! Qué error! qué impiedad!

15. Yo no leo en el evangelio de S. Lucas (*xv. 19.*) que aquel rico que comunmente llamamos avariento, hiciera otra cosa que vestir y comer rica y esplendidamente, al mismo tiempo que Lázaro desnudo y hambriento estaba pidiendo limosna á su puerta: *Erat quidam dives qui induebatur púrpura & bisso, & epulabatur quotidie splendide*: él se condenó: luego es culpable la opulencia en el vestido y en la comida en unos, miéntras es extrema la necesidad en otros. Yo no oigo de la boca de Jesucristo, juez de vivos y muertos, cuando pronuncia la sentencia de condenacion contra aquellos que no dieron de comer al hambriento, de beber al sediento y de vestir al desnudo: no oigo, digo que distinga ni circunstancia ni tiempos: luego siempre debeis ser misericordiosos y mas cuando es mayor la miseria.

16. Muy otras son Señores, estas consecuencias, que legitimamente se infieren de antecedentes evangélicos, que las que saca el demonio de las estrecheces del tiempo. No consulteis con el maestro de la falsedad: no consulteis con vuestro amor propio en un asunto de tanta importancia: ni ménos tomeis el dictámen de aquellos que solo estudian como lisonjear vuestro gusto y vanidad: que usurpándose el nombre de profesores de la ciencia mas sagrada, se atreven á hacerla cómplice de su vil condescendencia ó de su ambicion desordenada; y con sus laxêdades dan motivo á que se diga que para todo se encuentran teologías.

17. No Cristianos mios, vuestras obras para ser rectas deben ajustarse á la regla invariable del evangelio, imitando á vuestro divino maestro que en este dia hizo el estupendo milagro de multiplicar los panes y los peces para socorrer la hambre de las pobrecitas turbas. Bien puede vuestra misericordia hacer milagros, moderando

en este tiempo los gastos que en otro creisteis necesarios. Ahora la gran miseria de los pobres los hace supérfluos y desagradables á Dios. Si se quejaba S. Bernardo (*Apol. ad Guil. Abb.*) que resplandeciera la Iglesia en sus paredes y llorara en los pobres, cuánto se quejará Dios de que brille el oro y la plata en vuestros vestidos cuando el pobre no puede salir de casa por desnudo? Cuánto sentirá que se doblen los platos en vuestra mesa cuando la hambre consume á vuestro prójimo? Cuánto se irritará de que tengais millares de doblones cerrados en vuestras arcas cuando están para cerrarse los hospitales y las casas de misericordia?

18. Yo me confundo cuando oigo decir que algunos dejan tantos mil doblones á sus herederos, sin que pueda consolarme la noticia de que han muerto con todos los sacramentos. Mas me consalara si murieran de repente despues de haber enviado sus doblones á los cielos por manos de los pobres; porque sin duda hubieran encontrado abiertas sus puertas y allí bien guardado el tesoro de sus limosnas. Salgan ellos del sepulcro á deciros si es verdad lo que pronuncio. Pero no es necesario su testimonio, porque Jesucristo está clamando: *Thesaurisate vobis thesaurum non deficientem in celo* (*Luc. xii. 33.*). Recoged en el cielo un tesoro inestimable, distribuyendo entre los pobres parte de vuestros bienes. *Misericordiam volo*, dice (*Mat. ix. 13.*) *non sacrificium*. Mas que las oraciones ni los sacrificios, me agrada la misericordia. Ejercitadla Oyentes míos: compadeceos de la gran miseria de vuestros prójimos: que una vez que os compadezcáis de veras, yo me prometo que piadosamente ingeniosos buscareis modo, y hareis esfuerzos admirables para socorrerlos. Os lo ruego por las entrañas de la misericordia de aquel Dios, que humano y benigno vino á visitarnos desde lo mas alto del empireo, como clamaba Zacarías en presencia de su huésped María señora nuestra: *Per viscera misericordiae Dei nostri, in quibus visitavit nos oriens ex alto* (*Luc. i. 78.*). Os lo ruego por las entrañas de la misericordia de aquel Dios, que desde el vientre de su madre se dignó en este dia enriquecer de gracias y dones á su primo el Bautista, y enriquecerá vuestras almas si os resolveis á ser misericordiosos. Si, Dios mio, seremos misericordiosos para que Vos lo seais con nosotros. Somos pobres: necesitamos de los auxilios de vuestra gracia: dispensádnosla Señor, para que arrepentidos os digamos de lo íntimo del corazon &c.

Otro exordio de la misma plática.

19. La misma queja que pudiera haber tenido la abstinencia, si hablando de la oracion no os hubiera dicho algo de ella, por ser virtudes que están entre sí conexas, y por ser la abstinencia la que mortificando al cuerpo dispone para la oracion al espíritu: la misma queja digo, pudiera tener la misericordia si no hiciera alguna mencion

cion de ella. Porque no ménos hermañada está la oracion con la misericordia que con la abstinencia. Pues el ángel dijo á Tobías, que es buena la oracion con el ayuno y con la limosna y mejor que el atesorar riquezas. Y la razon convence cuan bien nos dispone la misericordia para el ejercicio de la oracion. Porque el mayor estorbo que encontramos para fijar el pensamiento en las cosas eternas; no es el apego y asimiento á los bienes terrenos? ¿y cómo mejor nos desprendemos de ellos, que distribuyéndolos misericordiosos entre los pobres? cómo mejor nos podemos acercar á tratar con Dios en la oracion y de modo que nos atienda, que llevando en las manos las obras de misericordia que hacemos con nuestros prójimos? Ya pues que en los domingos antecedentes os he exortado á la oracion, en este os exortaré á la misericordia, poniéndoos delante el ejemplo de nuestro divino maestro misericordioso con las turbas &c.

JACULATORIAS.

Benignísimo Jesus! La gran necesidad de las turbas os movió á hacer un estupendo milagro para remediarlas. Nosotros necesitamos de vuestra gracia, y no podemos alcanzarla con nuestras fuerzas. Dádnoslas pues Señor, para recobrarla: tened misericordia de nosotros.

Dulcísimo Jesus! Si somos misericordiosos con los pobres sereis misericordioso con nosotros. O qué contrato tan ventajoso! Ya ofrecemos Señor, socorrer las miserias de nuestros prójimos: compadeceos de las nuestras; pues ya os pedimos perdon. Misericordia Dios mio, misericordia.

Benignísimo Jesus! Ya que fuisteis tan misericordioso con las pobrecitas turbas, sedlo con nosotros que estamos hambrientos de vuestra gracia. Haga vuestra misericordia un milagro perdonando nuestras culpas: pues ya arrepentidos os decimos de lo íntimo del corazón que nos pesa de haber pecado. Misericordia Señor, misericordia.

PLÁTICA LXXXII.

DE LA DOMINICA VI. POST PENTECOSTEM
predicada á 5 Julio de 1744.

Ecce jam triduo sustinent me, nec habent quod manducent :::: Et manducaverunt & saturati sunt & sustulerunt quod superáverat de fragmentis septem sportas. Mar. VIII. 2. 8.

D
I. **H**or poca reflexion que hagamos sobre las palabras que habeis oído y sobre todo el admirable suceso que nos refiere S. Marcos

en el evangelio de este dia , facilmente conocerémos que no fué el deseo de la comodidad ni el amor de los bienes terrenos ni ménos el temor de los males el que movió á la tropa ó turba de cuatro mil hombres á seguir á Jesucristo. Sin duda fué la fe la que los sacó de sus casas ; pues altamente persuadidos de la verdad de aquel oráculo, que no vive el hombre con solo el pan sino con la palabra de Dios, la escucharon atentos y embelesados de la boca de Jesucristo. Sin duda es la templanza la que los mantuvo constantes en su compañía ; pues por espacio de tres dias ni comieron ni pensaron en comer , y aun cuando el Señor multiplicó milagrosamente los panes y los peces para alimentarlos , se contentaron con lo preciso de suerte que de lo supérfluo se llenaron siete espueñas.

2. Y no son solas la fe y la templanza las virtudes que ejercitaron en esta ocasion las turbas : son otras muchas las que merecen particular alabanza. Unos aplauden la santa curiosidad que tenian de ver los prodigios que obraba Jesucristo : otros aquella gran confianza que tenian de su providencia. Estos ponderan la docilidad en obedecerle : aquellos la fidelidad en seguirle. Así se difunden los santos padres en los elogios de las virtudes de las turbas ; pero yo reconociéndolos justos sin poder mas , fijo toda mi atencion en su templanza : templanza admirable en todas sus circunstancias : templanza que condena y combate los cinco desórdenes ó especies de gula de que habla S. Gregorio (*In Job lib. xxx. n. 60.*) y suelen comprenderse en aquel verso : *Præpropere , laute , nimis , ardenter , studiosè*. Porque si la gula consiste en anticipar con impaciencia y sin necesidad la hora de la comida ; no vemos que las turbas estuvieron tres dias sin comer ? Si la gula consiste en buscar raros exquisitos manjares ó en prepararlos con mucha delicadez ; no vemos que las turbas se alimentaron de pan y pescado ? Si la gula consiste en exceder en la cantidad de la comida ; no vemos que las turbas se contentaron con lo preciso y dejaron lo supérfluo ? No hay que buscar , que no encontraremos en las turbas la menor seña del desordenado apetito de la comida y bebida : ántes bien nos dejaron pruebas y ejemplos de la mas perfecta templanza ; y me dieron asunto para que esta tarde declame contra el brutal vicio de la gula.

3. El médico el filósofo el teólogo conspiran conmigo al mismo fin. El médico con aforismos , el filósofo con máximas , y el teólogo con los preceptos de la ley de Dios , persuaden ser contraria la gula á la conservacion de la vida natural , de la vida racional y de la vida cristiana. Escuchad Señores , á estos tres maestros , que aunque muchas veces entre sí opuestos , están conformes y unánimes en abominar de la gula y en alabar á la templanza. La gula acorta la vida , la templanza la alarga , dice el médico. La gula obscurece la razon , la templanza la perfecciona , dice el filósofo moral. La gula enferma

al

al alma, la templanza la cura, dice el teólogo por la boca del Eclesiástico (xxxi. 37.): *Sánitas est animæ & corpori sóbrius potus.* Escuchad vuelvo á decir, que yo no tengo reparo de alegar estas razones, una vez que los padres de la Iglesia griega y latina las santificaron valiéndose de ellas para predicar contra la gula.

Primera parte.

4. Aunque los hombres naturalmente hagan un sumo aprecio de su propia salud, sin la cual los placeres las honras y las riquezas mas fastidian que satisfacen: con todo muchos como si hubieran jurado su propia pérdida, mas se ocupan en destruirla que en conservarla: ó bien sea porque no conocen lo que vale la salud cuando la gozan, ó sea porque juzgan poderla mantener á todo trance, como si fueran dueños despóticos de ella: lo cierto es que por lo comun la sacrifican á su gula ó destemplanza. Aquellos que mas desean una larga y feliz vida, voluntariamente pierden uno y otro por sus excesos en comer y en beber.

5. No hay casa ó familia que no suministre bastantes pruebas de esta verdad. ¿ No oís cada dia, Oyentes míos, como el marido riñe á su muger por sus golosinas: como la muger reprende la gula de su marido: como el marido y la muger gritan por el mismo motivo contra sus hijos y sus criados? ¿ No habeis visto cuando entran los médicos en socorro de la razon, y amenazan que por sus manos pasarán infaliblemente al sepulcro, si no corrigen los excesos en la comida ó no se abstienen de ciertos determinados manjares? Pero qué efectos habeis visto que produzgan reprensiones consejos y amenazas? Los mas dóciles por otra parte son en este particular inflexibles. Las mugeres que hacen voto de obedecer á sus confesores, y que en realidad hacen cuantas obras de piedad les mandan, teniendo obligacion de obedecer al médico no lo hacen, falsamente persuadidas de que no dañará á su salud lo que por su autojo ó por su gula apetecen.

6. No quiero decir que sean infalibles los pronósticos de los médicos, ni que debamos siempre á ojos vendados hacer lo que por conjetura juzgan conveniente. Pero cuando á mas de los principios incontestables de su facultad se gobiernan por la experiencia debemos obedecerles, como sucede cuando nos prescriben templanza ó parcimonia. Porque no hay en la medicina remedio mas eficaz, ni medio mas seguro para conservar la salud y alargar la vida que la templanza; y á ella atribuye S. Basilio el que los patriarcas ántes del diluvio vivieran setecientos ochocientos y novecientos años. Así como al contrario no hay cosa mas cierta que el que la gula es el mayor enemigo de la salud y de la vida. Quién no sabe (hablaré en términos de la medicina antigua, por ser los mas vulgares é inteligibles) quién no sa-

be que la abundancia de los manjares causa indigestiones y crudezas en el estómago? que la diversidad sufoca el calor natural; no pudiendo obrar con igual fuerza contra calidades desiguales? que el excesivo uso del vino y de otros licores generosos apura el húmido radical, irrita la bÍlis y inflama las partes mas nobles del cuerpo? Quién no sabe que de los desórdenes en la comida y en la bebida provienen la debilidad de los nervios, la gota los cólicos el temblor la apoplegía y todos aquellos efectos que los médicos llaman soporosos?

7. Sin embargo vosotros sereis Oyentes míos, los primeros que dejándoos llevar de la corriente, atribuireis las enfermedades y las muertes á la intemperie ó á la decadencia de la naturaleza. Dificilmente confesaréis que es la gula la causa. Pues sabed que desmentís no á los médicos, sino á S. Basilio que declara que vuestra gula es el mayor enemigo de vuestro cuerpo: que es la que os pone en vuestras manos los manjares, armas con que os matais: que es quien persuade á vuestra naturaleza que se venga de ella misma y la destruya: *Natura in se ipsam insanire persuadet*. Y no solo desmentís á S. Basilio, sino al Espíritu Santo que coloca á la enfermedad junto á la multitud de los manjares: *In multis escis infirmitas*. Desmentís al Espíritu Santo, que pronunciando ser una cruel mano la que introdujo en el mundo á la muerte, y ser los pecadores los que se la acarrean, habla en sentir de S. Agustín, de los glotones que con sus continuos excesos abrevian los días de su vida, y hacen á su naturaleza bastantemente industriosa ó bastantemente bárbara para castigarlos con la muerte.

8. No quiero pasar adelante sin que hagais reflexion, que es cosa bien estraña que siendo cristianos, para hacerlos parcos y moderados en la comida sea menester valerme de una razon tan humana, como es la conservacion de la propia salud; y es cosa lamentable, segun decia S. Bernardo (*Epist.* 345. & 440.) el enviaros á los aforismos y remedios de Hipócrates para que cureis de la gula los que haceis profesion de seguir las máximas del evangelio y de obedecer los preceptos de Jesucristo. Reparad que son innumerables las veces que prescribe el Señor la templanza á los cristianos. Y aun sin salir del asunto, quando os prohíbe el que os mateis á vosotros mismos, os prohíbe los desórdenes de la gula que como habeis visto son causa de la muerte. Cuidado, no os engañe el amor propio. Permitid que vuestra conciencia os acuerde y os acuse las veces que por vuestros excesos en comer ó beber habeis enfermado ó os habeis expuesto á peligro de enfermar: porque pecasteis mortalmente. Pero me direis que no lo preveníais. Mas ah! que me temo que sí, ó que vuestra ignorancia ó inadvertencia era culpable, nacida de la misma gula que obscurece á la razon, como vereis en la segunda parte de mi plática.

Segunda parte.

9. El mismo Dios que crió á los ángeles y á los brutos produjo tambien á los hombres, y los constituyó en medio de unos y otros, haciendo que tuviesen algo de ángeles por la parte espiritual y racional, y algo de brutos por la parte terrestre y animal. Pero no obstante esta natural situacion del hombre inferior á los ángeles, superior á los brutos, así como puede con sus virtudes elevarse sobre los ángeles, así tambien puede por sus vicios hacerse de peor condicion que los brutos. Es verdad que el hombre por sus virtudes espirituales jamas puede exceder á los ángeles. Por mas que ame á Dios, siempre el fuego del amor de los serafines es mas ardiente que el suyo. Por mas que conozca á Dios y á las criaturas, las luces de su sabiduría comparadas con las de los querubines son sombras. En esta parte es el hombre algo ménos que los ángeles segun decia David (*Ps. VIII. 7.*): *Minuisti eum paulo minus ab ángelis.* Pero por otra parte los excede segun dijo el mismo: *Gloria & honore coronasti eum, & constituisti eum super ópera manuum tuarum.*

10. No hay duda que literalmente hablaba David en espíritu profético del honor y de la gloria, que acarrearía á la naturaleza humana la encarnacion ó union del divino Verbo. Pero aun sin este respecto puede el hombre, ya que no por sus virtudes espirituales, por sus virtudes carnales elevarse sobre los ángeles, ejecutando en su carne ciertos heroicos designios que no pueden ellos. Los ángeles son puros; pero su pureza iguala á la virginidad de aquellas almas escogidas que renuncian á los placeres de la misma carne de que están revestidas? El zelo del honor de Dios en que se abrasan los ángeles es grande; pero pueden como los mártires darle la vida por la vida, la sangre por la sangre? Los ángeles ni comen ni beben; pero los hombres que saben reducirse á una justa moderacion en el comer y beber; no tienen con mérito y por virtud lo que aquellos espíritus por una feliz necesidad? No tienen, decia S. Gerónimo, la ventaja de vivir tan desasidos de los deleites del cuerpo como si no le tuvieran, y de triunfar con su precaucion y vigilancia de un enemigo pérfido alojado dentro de sí mismos? Sea en hora buena la virtud de los ángeles mas dichosa: que la de los hombres será mas fuerte y por consiguiente mas admirable.

11. Aspirad pues Oyentes mios, al inefable honor de ser por vuestra templanza superiores á los celestiales espíritus; y temed el haceros por vuestra gula de peor condicion que las bestias. Porque la templanza y la gula son las que graduan vuestra gloria ó vuestra infamia, pudiendo decirse que si por aquella sois mas que los ángeles, por esta sois ménos que las bestias: que si por aquella sois espirituales en el cuerpo, por esta sois carnales en el espíritu. Qué tie-

¿en qué hacen las bestias, que no tenga y haga un gloton embriagado? Aquellas no tienen razon, tampoco este. Aquellas obran por instinto, tambien este, dejándose llevar hácia los objetos que primeramente perciben sus sentidos. Y aun si bien se mira los borrachos son mas infames que las mismas bestias. Porque si estas no tienen razon, no fueron criadas para tenerla: cuando aquellos teniéndola, voluntariamente la pierden. Las bestias con una natural templanza se contentan con la comida precisa: cuando para los glotones nada hay superfluo. Aquellas por lo regular, segun observa S. Gerónimo, no caen segunda vez en un mismo lazo: cuando estos cada dia se ahítan y se embriagan. Las bestias jamas pierden el uso de sus sentidos: cuando los embriagados no tienen el menor ejercicio de los suyos. ¿No veis turbada su vista, balbuciente su lengua, torpes sus pasos, palpitante su corazon, trémulo su cuerpo y todas sus potencias inmóviles ó violentadas? Ya duermen ya lloran ya rien ya cantan ya bailan, unas veces se enfurecen otras se sosiegan, ya vomitan ya ::: qué de gestos qué de bestialidades qué de abominaciones no cometen y describe con elocuencia el gran Basilio?

12. Dispensadme Oyentes míos, de que os las refiera; porque son tan odiosas é infames que los mismos paganos no pudieron sufrirlas. Las leyes de los romanos permitian á los maridos el matar á sus mugeres encontrándolas embriagadas. Y segun escribe Tertuliano se introdujo entre ellos la costumbre de que los hombres besaran á las mugeres para poder percibir con el olfato si se tomaban del vino. Tal es el horror que tenían á la embriaguez; y no era menor el que en los siglos pasados tenían los Españoles á este brutal vicio. Mas no sé si me diga de España lo mismo que se dijo de Roma, que fué tomando los vicios de las naciones que fué venciendo; pues oímos quejar á nuestros padres que con las guerras de este siglo se haya introducido en las mugeres una libertad una inmodestia ántes desconocida, en los banquetes la profusion, hasta en muchos españoles ha prendido el brutal vicio de la embriaguez. Bien puedo exclamar con un Venerable Ilustrísimo de Toledo: Ah tiempos! Ah costumbres! Ah España!

13. No tengo dificultad en creer que vosotros, Señores, estais inmunes de los vergonzosos excesos en la bebida del vino; pero no me atrevo á creer otro tanto de vosotros en los excesos de la comida. Porque estoy viendo cada dia que los ricos gastais muchas horas y muchos doblones en los convites, y que los pobres consumís los jornales de una semana en las huelgas. Y no son estos desórdenes de la gula sostenida de la prodigalidad? Y no bastan ellos á obscurecer la razon? No podeis negarlo Oyentes míos. Porque así como la templanza en sentir del sabio es la mas fiel compañera de la sabiduría: así tambien la gula lo es de la ignorancia; y porque segun enseña

santo Tomas (2. 2. q. 148. a. 5.) con Hipócrates , los humos ó vapores de los manjares elevándose del estómago á la cabeza la perturbaban. En efecto qué señas de racionalidad se descubren en los convites ? Falta jamas en ellos la risa descompuesta , la locuacidad malignante , la truhanería desvergonzada , la inmundicia , la tontería , que son las hijas que atribuyen los filósofos morales á la gula ? Faltan jamas fomentos á la ira á la blasfemia y á la lascivia ? Pero esto me toca reprenderlo en la tercera parte de mi plática.

Tercera parte.

14. Los teólogos pueden levantar la voz contra la gula mejor que los médicos y filósofos morales. Tomando en su boca las razones de que estos se valen , las hacen cristianas y mas eficaces ; porque enseñan que los excesos en la comida y en la bebida son pecados mortales , siempre que llegan á dañar á la salud ó á perturbar la razon. Por sí ó por su género , la gula ó desordenado apetito de comer y beber no es pecado mortal sino venial , á ménos que no tengais tal anelo tal gusto en los deleites del paladar , que pongais en ellos vuestro último fin : que en ese caso pecais mortalmente y os haceis del número de aquellos insensatos de quienes decia S. Pablo (*Philip. III. 19.*) que tienen por su Dios al vientre : *Quorum Deus venter est.*

15. Pero siempre es la gula un pecado muy pernicioso , y como original que tiene corrompida toda la naturaleza humana. Porque ¿ no fué el apetito de aquella manzana lo que hizo á Adan y nos hizo á todos pecadores ? Siempre es la gula un pecado capital fuente y origen de innumerables pecados. Porque así como la templanza mortifica las pasiones : así la gula las irrita y las inflama. Y así como la templanza multiplica y mantiene á las virtudes : así la gula engendra y perpetua los vicios. Qué facilmente pasan los glotonos á ser lascivos idólatras crueles ! Dígalo Loth que una vez embriagado llegó á ser incestuoso con sus propias hijas. Díganlo los israelitas que ahítos adoraron el becerro de oro. Dígalo Herodes que entre los platos y sobre la mesa pronunció la injusta sentencia de la muerte del Bautista , á quien creía profeta. Dígalo Alejandro que se levantó del convite para quitar la vida á su mayor amigo Clito.

16. Si vosotros Oyentes míos , no habeis cometido semejantes horribles excesos , gracias al cuidado que habeis puesto en refrenar vuestra gula. Pero si la soltais las riendas , temed que sereis peores que Loth que los israelitas que Herodes que Alejandro , y que aquel desalmado de quien refiere S. Agustin (*Epist. xxii. et xxix. et in App. Serm. 294. et 295.*) que mató á su padre y á su madre , que violó á una de sus hermanas y hirió gravemente á otras dos. Con el motivo de este trágico suceso predicó el santo Doctor y Obispo á su pue-

pueblo de Hipóna tres sermones contra la gula, concluyendo en todos ellos ser necesaria á un cristiano la sobriedad y la templanza. Y estaba tan temeroso de caer en las tentaciones de la gula, tan persuadido que es universal su contagio, que decia en el libro de las confesiones: ¿Quién es el que no excede en la comida ó en la bebida? Es el mas feliz y el mas perfecto de todos los hombres. Yo por lo que toca á mí pecador, no me atrevo á lisonjearme de tal felicidad, y temo tanto que el deleite no me haga exceder en lo que basta para mi alimento, que me veo obligado, Dios mio, á implorar todos los dias vuestro sócorro á fin de contenerme dentro los límites de la sobriedad que vos me prescribís.

17. Pues si de esta suerte se explicaba un S. Agustin, cómo podemos nosotros hablar otro language? Nosotros que nos dejamos arrastrar de los placeres, y estamos tan léjos de aquella mortificacion y rigorosa abstinencia que observaba el santo ¿cómo podemos no confesar los excesos de nuestra gula? Pero cómo son raros los hombres rarísimas las mugeres que se acusan de ellos en el tribunal de la penitencia? Qué el tener un apetito tan desordenado de la comida ó de la bebida, que por satisfacerle esteis dispuestos á quebrantar los preceptos de la ley de Dios, no es pecado mortal? ¿Qué, hagamos mas práctico el discurso, qué no pecáis mortalmente los que perdeis la salud por comer y beber con demasía? ¿No pecáis Señores, mortalmente los que consumís vuestro patrimonio y empobrecéis á vuestros hijos, por no querer sujetaros á una justa regular moderacion? ¿No pecáis mortalmente Señoras, las que alborotais la casa perturbais la familia, porque mal contentas no encontráis tan sazónada y sabrosa la comida como quisierais? ¿No pecáis venialmente comiendo mas de lo que habeis menester, ó comiendo y bebiendo hasta saciaros por solo el deleite?

18. No queráis decir que causo escrúpulos en vuestras conciencias. No es escrúpulo lo que acabo de decir: no es rigidez: es teología sólida: es una doctrina canonizada, despues que la Santidad de Inocencio XI. condenó la proposicion de aquel casuista que decia, no ser pecado el comer y beber hasta saciarse por solo el deleite, como no dañe á la salud. Ea vaya el gloton que tal diga á ser discípulo de Epicuro, que no merece serlo de Jesucristo. Y vosotros Hijos míos, si queréis ser buenos cristianos, tened siempre presente que Dios puso en las operaciones el deleite para que las hagais, no para que las hagais por el deleite: se hizo cargo que el comer os era necesario para vivir, y que si no encontrarais deleite en el comer no comierais: puso pues gusto ó deleite en la comida, no para que comais por el deleite, sino para que comais para conservar en su servicio la vida que os dió. Alabada sea ó Dios mio, vuestra sabia benigna providencia. Nos conformamos con vuestro designio. Nos conten-

tamos Señor, como las turbas con lo preciso: aborrecemos lo superfluo. Y desengañados y arrepentidos de los excesos de nuestra gula, decimos de lo íntimo del corazón que nos pesa, &c.

PLÁTICA LXXXIII.

DE LA DOMINICA VI. POST PENTECOSTEM

predicada á 18 de Julio de 1745; y á 10 de Julio de 1746.

Cum turba multa esset cum Jesu nec haberent quod manducarent, convocatis discipulis ait illis: Misereor super turbam. Mar. VIII. 1.

1. La vida espiritual y toda la felicidad de un cristiano estriba en que se una perfectamente con Jesucristo su cabeza. Porque según él mismo declara por el evangelista S. Juan, los que se unieren con su magestad lograrán cuanto quisieren. Y por consiguiente se harán de algun modo semejantes á Dios, de quien es propio el hacer todo lo que quiere. Qué mayor dicha! *Si manseritis in me::: quodcumque volueritis fiet vobis* (Joan. xv. 7.). Pero ¿cómo lograremos, me direis, el unirnos perfectamente con Jesucristo? Por medio de la fe juntamente con la caridad, Oyentes míos. La fe sin la caridad nos une con Cristo imperfectamente y del modo que los miembros muertos se unen con el cuerpo, del cual ni derivan sentido ni movimiento alguno. Pero la fe formada con la caridad nos une con Cristo perfectamente, y del modo que los miembros vivos con su cuerpo. Por eso así como la cabeza da virtud natural á los miembros vivos, así Cristo nos la da sobrenatural á los que le estamos unidos con la caridad. Que es lo mismo que deciros que la Iglesia es un cuerpo místico: Cristo su cabeza: los pecadores sus miembros muertos; y los justos sus miembros vivos.

2. La fe y la caridad Señores, nos unen con Jesucristo, y esta union es la que nos vivifica y nos salva. Por eso el Señor, como autor de nuestra salvacion cuida desde los cielos, y procuró tanto en la tierra unirnos consigo. Pues á este fin, si Dios ántes de hacerse hombre obró milagros que le hicieron creer omnipotente: despues de hecho hombre obró milagros que al mismo tiempo eran beneficios, para que así con lo milagroso se conciliara la fe de sus oyentes, y con lo benéfico los moviera á la correspondencia al amor y á la caridad. Y sino decidme: La resurreccion de Lázaro no fué un beneficio? ¿no lo fué tambien la del hijo de la viuda de Naim? ¿no fueron otros tantos beneficios cuantos innumerables milagros obró curando á unos y lanzando á los demonios del cuerpo de otros? Y de-
cid-

cidme: De esta suerte Jesucristo ; no difundió la fe en los entendimientos , no encendió la caridad en los corazones de los hombres , no se hizo creer y amar ?

3. Poned la vista en el suceso del evangelio de este dia , y vereis que aquellos mismos que arrojaron á los pies del Señor una gran muchedumbre de mudos ciegos y cojos : aquellos mismos que admiraron como de repente hablaban los mudos , veían los ciegos , andaban los cojos , atraídos de la fuerza de los milagros y beneficios le siguieron al desierto. Y mas vereis que en aquel mismo desierto para alimentar á las turbas multiplicó unos pocos panes y peces que tenían sus apóstoles , cuyo admirable beneficio bastó á hacerlas mas fieles en creerle mas finas en amarle. Y aun entiendo que su memoria basta á escitaros Oyentes míos , á la fe y á la caridad que os una intimamente con Jesucristo. Este ha de ser el principal designio de mi plática ; pero resuelto á hacer una breve homilia ó exposicion del evangelio , me tomaré la licencia de mezclar las reflexiones que me parecieren convenientes á vuestra instruccion.

Primera parte.

4. La primera diligencia que practicó Jesucristo para socorrer á las turbas que no tenían que comer , fué la de llamar á sus discípulos y consultarles lo que debía hacer : *Cum turba multa esset cum Jesu et non haberent quod manducarent , convocatis discipulis*. Porque aunque su infinita sabiduría no necesitaba de tomar consejo de los hombres , sin embargo quiso con su ejemplo , segun dice S. Juan Crisóstomo , enseñar á los prelados de la Iglesia á que no se desdieran de pedirle y de tomarle de sus inferiores en los importantes negocios de su ministerio. Y así lo practicó el mismo Crisóstomo : así lo practicó S. Agustin , y decia que aunque anciano y obispo estaba pronto á que le enseñara un niño. Y así lo practicaron y se explicaron los antiguos venerables padres de la Iglesia , que nada hacian que no lo consultaran con sus presbíteros. Porque sabian que á mas del ejemplo que les dió Jesucristo , Moyses que tenia á Dios por consejero pidió y tomó el consejo de su suegro Jetro ; y sabian que Dios para humillar á los mayores sabios , les esconde lo que revela á los pequeñuelos.

5. Pero especialmente quiso el Señor consultar con sus discípulos lo que habia de hacer , para probar su fe. Pues pocos dias ántes queriendo alimentar á unos cinco mil hombres que tambien le siguieron al desierto , preguntó á S. Felipe : De donde comprarémos pan para que coman ? Con el fin de explorar su fe , segun declara el evangelista S. Juan (*vi. 6.*) : *Hoc autem dicebat tentans eum*. Y aunque sin duda S. Felipe debiera haber tenido mas fe de la que tuvo : debiera no haber respondido dudando del poder de Jesucristo , en atencion

cion á los estupendos milagros que le habia visto obrar: sin embargo no puede negarse que fueron en esta ocasion mucho mas culpables los discípulos en dudar del infinito poder de su divino maestro. Porque ¿no se acordaban que en los mismos términos en la misma estrechez, en otra soledad como aquella, con cinco panes y tres peces habia alimentado á mayor número de gentes? ¿No se acordaban que ellos por sus propias manos habian recogido las sobras y con ellas llenado doce canastas? Pues cómo no responden ahora consultados: Vos Señor, sois el mismo que erais ántes: repetid el milagro que entónces obrasteis y se acabó la dificultad y la hambre de las turbas? Cómo se atrevieron á responderle: Quién y de dónde ha de encontrar en esta soledad pan para saciar á tantos? *Unde illos quis póterit hie saturare pánibus in solitudine?* O falta de fe! ó ignorancia! Pero mejor exclamaré: O sabia providencia de nuestro gran Dios! que de estudio escogió los hombres mas rudos y mas flacos para confundir á los sabios del mundo, para burlar las iras de los tiranos, para derribar de las aras á las estatuas de oro y plata y colocar sobre ellas al crucificado. Pues cuanto mas improporcionados instrumentos fueron los apóstoles para convertir el mundo, tanto mas resplandece la virtud de la causa principal que es Dios, y tanto mas creibles se hacen las verdades de nuestra fe.

6. Mas fieles, Señores, descubro en el evangelio á las turbas que á los apóstoles. Pues veo que muchos de aquellos hombres vinieron de países muy distantes á oír y á acompañar á Jesucristo. Veo que todos dejando la comodidad de sus casas en aquel despoblado no tienen otra cama que el duro suelo otro techo que el cielo. Y veo que así espuestos á las inclemencias del tiempo perseveran por espacio de tres dias: *Ecce jam triduo sustinent me.* Grande era la fe que los movia á tal perseverancia; y seguro tenian el premio de la misericordia de Dios; pues nadie ha perseverado en creer y pedirle socorro que no le haya conseguido. Perseveró la Cananea en pedirle á Cristo la salud de su hija, y insistiendo en ello á pesar de las repulsas, logró lo que deseaba con el elogio de que era grande su fe: *O mulier magna est fides tua: fiat tibi sicut vis* (*Mat. xv. 28.*). Perseveró María Madalena sola en el sepulcro del Señor, y mereció verle resucitado ántes que los apóstoles. S. Gerónimo tentado muchas veces del inmundo espíritu de la lascivia, perseveró dia y noche en la oracion; y segun él mismo elegantemente pondera en su carta á Eustoquio, no cesaba de golpear su pecho hasta que vencía la tentacion: *Mémini me clamantem diem crebró junxisse cum nocte: nec prius á pectoris cessare vulneribus, quam rediret Dómino imperante tranquillitas.* En fin perseveraron las turbas por espacio de tres dias en seguir á Jesucristo, y consiguieron el alivio por medio de un milagro. Y si nosotros buscamos á Dios en la oracion, si perseveramos

en ella con la fe de que nos socorrerá en nuestras necesidades espirituales ó temporales, sin duda experimentaremos propicia su misericordia.

7. Porque volviendo á poner los ojos en el evangelio encuentro á la magestad de Cristo conmovido de la perseverancia y de la fe con que le siguen las turbas. Ya pregunta á sus discípulos cuántos panes tienen? Y respondiéndole que siete, tómalos en la mano, manda á las turbas que se sienten. Pero ántes de pasar adelante, quiero que reparando la poca prevencion de comida que habian hecho los discípulos, conozcáis la gran pobreza de nuestro Salvador. Y no solo nos la dió á entender en esta ocasion, sino que lo mismo nos manifestó en el discurso de su vida. Pues nació en un establo: se reclinó en un pesebre; murió desnudo en una cruz: fué enterrado en un sepulcro prestado; y él mismo dijo por boca de S. Mateo que siendo así que las zorras tienen sus cuevas y los pájaros sus nidos, él no tenia un palmo de tierra en donde poner sus pies ni su cabeza: *Vulpes foveas habent et volucres cæli nidos; Filius autem hominis non habet ubi caput suum reclinet.*

8. O gran Dios! siendo el mas rico, el dueño absoluto de todas las riquezas, hecho hombre quisisteis ser el mas pobre para enriquecer con vuestra pobreza á los hombres, y singularmente á aquellos que la apreciaron mas que todos los tesoros de la tierra. Cuántos en los primeros siglos de la Iglesia, en que estaba reciente la memoria de la pobreza de Jesucristo y de sus apóstoles, vendieron opulentos patrimonios y se retiraron á los desiertos? No solo se desprendieron del dominio sino tambien del uso de sus bienes; porque se hacian cargo que la pobreza que no llevaba consigo á la incomodidad no era pobreza de Jesucristo. O cuán léjos están de la perfeccion de aquellos, nuestros siglos en que tenemos por perfectos á los que desprendiéndose del dominio se reservan el usufruto, ó á los que tienen lo preciso y solamente les falta lo superfluo! Qué diria S. Gerónimo (*Ep. xcvi. ad Rusticum*) que corriendo la Tebayda y la Palestina encontró en todos sus monges el mayor desabrigo y parsimonia? Qué diria habiendo visto que todos haciendo esteras ó canastillas de mimbres, ganaban con que comprar un poco de pan para su alimento? Qué diria? Lo mismo que poco ha dijo santo Tomas de Villanueva, que aquella exacta primitiva disciplina arrojara de su seno como tibios á los que nosotros reputamos muy fervorosos. Yo ciertamente diré que las turbas eran en algun modo anacoretas; pues estaban en un desierto hambrientas y muy incomodadas, pero tan desasidas de los bienes terrenos tan olvidadas de sus cuerpos, que solamente pensaban en aprender la celestial doctrina que Jesucristo les enseñaba para bien de sus almas. Y sin duda por eso como tambien por su gran fe y confianza en la divina providencia, se movió Jesús-

cristo á alimentarlas. Y con este beneficio unió consigo en caridad á las turbas que ya estaban unidas por medio de la fe.

Segunda parte.

9. Para hablaros del modo con que Cristo señor nuestro obligó á las turbas á que le amaran, será menester volver á las primeras cláusulas del evangelio en que dijo: *Miséreor super turbam*. Porque la misericordia que explicó tener de su hambre fué la que mas arrebató sus voluntades. Y en verdad; no es lo que mejor suena á nuestros oídos, no es lo que nos hace á Dios mas amable, su misericordia? Sea el poder de Dios asunto á nuestra admiracion: sea su justicia motivo de nuestro temor; y quédese para su misericordia el conciliarse nuestro amor; y baste que Jesucristo diga, tengo misericordia de las turbas, para que le amen: *Miséreor super turbam*.

10. Y si bien lo reparamos no encontraremos solamente una sino tres misericordias en Jesucristo. Una propia de Dios, la cual segundecia David (*Ps. cxviii. 64.*) llena toda la tierra: *Misericordia Dómini plena est terra*. Otra propia de hombre, que es aquel natural tierno afecto que expresó en el evangelio: *Miséreor super turbam*. Y finalmente hay en Jesucristo una misericordia propia de un hombre afligido de trabajos, que son los que mas le mueven á misericordia; pues el Apóstol (*Hebr. iv. 15.*) para alentar nuestra confianza nos dice que tenemos en Cristo un pontífice que atribulado sabe compadecerse de nuestras tribulaciones: *Non habemus Pontificem qui non possit cómpati infirmitatibus nostris: tentatum autem per omnia pro similitudine absque peccato*. Y es tan cierto que las propias calamidades nos enseñan á tener misericordia de las ajenas, que ya lo cantó el Poeta: *Haud ignarus mali miseris succurrere disco*. Como al contrario la opulencia hace á los hombres crueles y desapiadados, como lo eran aquellos de quienes decia el profeta Amos que no se compadecian de los trabajos de Josef: *Nihil patiebantur super contritione Joseph* (*Amos vi. 6.*).

11. No fué así Cristo señor nuestro, que no hizo en su vida sino padecer. Y en el suceso del evangelio sin duda sufrió la misma hambre que las pobrecitas turbas. Por eso de la compasion pasó desde luego al socorro. Tomó como decia ántes los panes en sus manos, dió gracias, y rompiéndolos los dió á sus discípulos para que los distribuyeran entre las turbas. O qué misterios y qué instrucciones se encierran en estas palabras! Reparad que Cristo siendo por su divinidad tan dueño de todas las cosas como su eterno Padre, le dió en cuanto hombre las gracias del pan que tomaba en sus manos, y conoceréis facilmente que al sentaros á la mesa viéndola tan llena de manjares como de beneficios de Dios, debeis reconocerlos y bendecirlos. Y esta no solo es obligacion de vuestra gratitud, sino una

crisiana diligencia para ahuyentar los demonios. No querais pues que os suceda lo que á aquella monja, de quien refiere S. Gregorio (*Dialog. Lib. 1. cap. 4.*), que habiéndose comido una lechuga sin bendecirla con la señal de la cruz quedó endemoniada, y corriendo á librarla el Abad S. Equicio, comenzó á clamar el demonio: Yo qué hice? yo qué hice? Estaba en aquella lechuga, vino ella y me mordió. Y así ántes de ponerlos á comer bendecid la mesa, como bendijo Jesucristo el pan en este dia.

12. Y reparad asimismo que el Señor quiso dividir el pan en pedazos, para que los discípulos los distribuyeran entre las turbas; y vereis patente su humildad y el trabajo que quiso tener en aquel convite, haciendo mas de ministro que de convidado, segun habia dicho por S. Lucas. Pero todavía podeis sacar mayor provecho de aquellas palabras, en que se nos proponen Cristo multiplicando con su virtud el pan, y sus discípulos distribuyéndole: pues claramente se nos da á entender la gran diferencia que hay entre Cristo Señor nuestro y los ministros de sus sacramentos. Aquel es quien confiere la gracia que mereció en la cruz; y estos son los que la reparten. Porque ¿acaso puede un puro hombre con cuatro palabras perdonar vuestras culpas, libraros de la esclavitud del demonio y haceros hijos de Dios y templos del Espíritu Santo? No por cierto. Dios es la causa principal de vuestra dicha, y Jesucristo quien os la mereció en el sacrificio de su pasion y muerte, no siendo los sacerdotes mas que ministros suyos.

13. Ea pues vuelvan á sus casas las turbas saciadas, y enamoradas de Jesucristo, que nosotros aun tenemos mas poderoso motivo para amarle en la misericordia que usó con nosotros. Pudo hacer mas que perder la vida por darnos vida? Pudo hacer mas que dejarnos muriendo siete sacramentos, para que sean otras tantas fuentes de beneficios? Pudo hacer mas que dejarnos en uno de ellos en ese agosto sacramento su propio cuerpo y sangre para alimento de nuestras almas? Pudo hacer mas? No bastaran mil lenguas ni mil años á referir lo que Jesucristo hizo por nosotros. No pudo hacer mas de lo que hizo, Oyentes míos: ni nosotros podemos hacer ménos que corresponder á las finezas de su amor. Qué habíamos de mirarlas con frialdad ó indiferencia? Amamos á los hombres que nos aman; y no habíamos de amar á un Dios que hecho hombre se excedió en amarnos? Qué trastorno! Y qué especie de sinrazon es la de aquellos cristianos, que nó solo no aman sino que ofenden á su mayor bienhechor Jesucristo? Son, decia Isaías, mas irracionales que las fieras, las cuales halagan y en cierto modo acarician á los que las apacientan.

14. Tal vez muchos del mismo concepto que haceis del amor y de la misericordia de Dios tomais ocasion para ofenderle con mayor

arrojo, creyendo que porque es bueno ha de salvaros aunque seais malos. Y ciertamente con ese concepto y vana confianza le herís en lo mas delicado de su honor: porque le haceis como un ídolo insensible á las injurias. Y al mismo tiempo faltais no solo á la obligacion que teneis de amar á Dios, sino que practicamente faltais en la fe con que debéis creer que no os dará la corona de la gloria que os mereció Jesucristo, sino como una corona de justicia y como un premio de vuestras buenas obras. Estas son las que han de dar testimonio de que estais unidos con Jesucristo por medio de la fe y de la caridad. Y los pecados son los que rompen este sagrado vínculo, los que os separan de vuestro Redentor, los que inutilizan y frustran su sangre derramada sus méritos sus beneficios; y aun hacen que sean estos en el dia del juicio los mayores fiscales contra vosotros. No queremos dulcísimo Jesus, oír en aquel dia la terrible sentencia que nos separe para siempre de vuestra amable compañía. Deseamos unirnos con Vos por la fe y la caridad. Creemos cuanto habeis revelado; y como todo es á beneficio nuestro, agradecidos os amamos de todo corazon. Pésanos Dios mio, de haberos ofendido. Perdonadnos por vuestra infinita misericordia, &c.

PLÁTICA LXXXIV.

DE LA DOMINICA VII. POST PENTECOSTEM
predicada á 1 de Julio de 1742, y á 12 de Julio de 1744.

Attēdite á falsis Prophetis :: A fructibus eorum cognoscetis eos.
Matt. VII. 15.

1. **A** penas la magestad de Cristo acaba de proferir que es estrecho el camino del cielo y angosta su puerta: cuando inmediatamente os previene Señores, que os guardéis de los falsos profetas que al contrario intentan haceros parecer llano el camino y espaciosa la puerta de los cielos. Para lograr mejor su intento se disfrazan con el traje de la benignidad: estudian y os proponen laxedades con el nombre de opiniones, que al parecer os eximen del ayuno y de la mortificacion, que halagan vuestras pasiones rebeldes al yugo del evangelio, condescienden ó á lo ménos no se oponen á vuestros deseos, aunque sean depravados y opuestos á las leyes mas sagradas. Célebres maestros de espíritu, los llaman muchos, grandes teólogos varones misericordiosos bajados del cielo para consuelo de los mortales. Mas crueles, diré yo: lobos carniceros, dice Jesucristo, cubiertos con la piel de ovejas y os avisa que os guardéis de ellos: *Attēdite á falsis Prophetis.*

2. ¿ Pero qué , Dios mio , bien hay en vuestra Iglesia falsos profetas engañosos maestros de espíritu ? Llegan á sentarse en vuestra cátedra en la silla de la verdad los escribas y fariseos ? Qué horror ! A qué peligro no están espuestos los cristianos que dan en sus manos ! Fuera inevitable la ruína , si Vos Señor no hubierais dejado en el evangelio señas para conocerlos. Es cierto Oyentes míos , que en tiempo de Jesucristo hubo falsos profetas , y es igualmente cierto (no tiene reparo en decirlo nuestro santísimo prelado santo Tomas de Villanueva) que en nuestros tiempos hay muchísimos falsos maestros de espíritu engañosos directores de conciencias ; pero tambien es cierto que el Señor nos dejó en el evangelio luz bastante para conocerlos. Por sus obras , dice , podreis facilmente averiguarlo. Porque así como es bueno el árbol que produce sabrosos frutos : así tambien es verdadera la doctrina y provechosa la direccion que produce en vosotros buenas obras. Y aun reparando S. Pedro Crisólogo en este símile , advierte que al modo que no juzgamos de la bondad del árbol por sus hojas ni por sus flores : así tampoco debeis aseguraros del zelo de vuestros directores ni de vuestra devocion ó virtud por algunos ejercicios exteriores é intempestivos en que os empleais.

3. Toda devocion Oyentes míos (entiendo por devocion lo mismo que entendeis por piedad cristiana) toda devocion , digo , á la cual no la vivifica y anima un espíritu interior , es vana é ilusoria. Toda devocion , á la cual no la dirige una sabia justa subordinacion , es quimérica é inútil. La devocion verdadera es la interior : la devocion sólida está bien ordenada , y quien la promueve es verdadero profeta. Estas dos proposiciones intento persuadiros en el discurso de mi plática ; para que huyais de los falsos profetas , y hagais acertada eleccion de quien os enseñe á ser interior y subordinadamente devotos.

Primera parte.

4. La misma diferencia que se halla entre el arte y la naturaleza , se encuentra entre la verdadera y falsa devocion. El arte solamente se ocupa en las partes exteriores de su obra , como es de ver en el escultor que quiere hacer una estatua de hombre que le acredite hábil. Pone todo el cuidado en formar y pulir la cabeza las manos los muslos y las otras partes externas , y en darlas una hermosa perfecta proporcion ; pero ni aun piensa en venas arterias pulmones corazon , ni en otros miembros que constituyen al cuerpo humano orgánico y capaz de vivir una vida sensitiva y racional. No así la naturaleza que empeñada á producir al hombre comienza por el corazon ó por el cerebro y acaba por las partes externas , siendo aquellas mas nobles el primer asunto y estas el último ménos principal objeto á su cuidado.

5. Pues no de otra suerte la falsa devocion toda se emplea en daros una exterioridad ventajosa, una compostura exterior que tenga las apariencias de virtud. Como vuestros ojos derramen alguna lágrima, vuestra boca despidan algun suspiro, vuestras manos golpeen con método el pecho, logró su designio aunque seais estatuas inanimadas, aunque vuestro corazon ni se mude ni tenga el menor influjo en vuestras acciones. ¿Quién con ternura besa los pies de un Crucifijo, y sin piedad se abandona á sí mismo, miembro vivo del crucificado, á la ira á la vanidad ó á la torpeza? ¿Quién como Judas hace del prudente ó del misericordioso, llamando profusion á las dádivas de una Madalena, y anela al patrimonio de los pobres? Hipócritas devotos falsos. Pero al contrario la verdadera devocion, persuadida que el bien y el mal proviene del fondo de vuestras almas, toda se aplica á dirigir el entendimiento con la fe á las verdades del evangelio, y con la mas humilde docilidad á sus preceptos: á purificar el corazon con la intencion mas recta y á inflamarle con el amor mas sincero. Antes que la Madalena fina con su hermano Lázaro fuera á postrarse á los pies del Señor y ántes que obsequiosa derramara bálsamos, allá á sus solas reconoció sus culpas vertió lágrimas de penitencia y con esto mereció que su magestad publicamente la perdonara y la admitiera á su amistad y gracia. Su devocion ántes de salir á la parte de afuera, la perfeccionó á la parte de dentro.

6. No pretendo, Señores, despojar á nuestra religion de aquel culto exterior, de aquellas prácticas y ceremonias que reprueban los Luteranos y Calvinistas separados de la verdadera Iglesia visible que fundó Jesucristo en el mundo. No pretendo que vuestra devocion sea puramente interior; porque sé muy bien que la virtud para ser perfecta debe ser edificante, y no puede serlo, como dijo Tertuliano, sin que aparezca. Así como el sol alumbra para que veamos sus luces, y el fuego quema para que sintamos su calor: así tambien nuestra religion tiene su propia luz y calor: luz para que vistas las buenas obras glorifiquemos al Padre celestial: calor para que inflamadas de la caridad enciendan á los tibios, confundan el vicio y hagan amable la virtud. Solo pues pretendo que santifiqueis vuestra devocion exterior, haciendo que vuestras acciones nazcan de un corazon santo, para que no sea monstruosa é inútil como lo será sin duda si no proviene de este principio.

7. Porque ¿qué mayor monstruo que un hombre, decia S. Gerónimo, que pareciendo manso como una paloma es en la rabia un perro: que llevando la piel de oveja es en la voracidad lobo: que mostrándose un Caton en las palabras es en las costumbres un Nerón? Descubrirá las contradicciones que envuelve ese falso devoto cualquiera que haga anatomía de su conducta irregular. Si ántes que se vieran las apariencias de virtud hubiera procurado corregir sus
afec-

afectos, humillar su orgullo, contener su avaricia, refrenar sus pasiones, qué progresos no hubiera hecho en la perfeccion? Pero como todo su cuidado le puso en adquirirse una vana reputacion con un exterior engañoso, quedó en el orden de la gracia monstruo mas horrible que cuantos admiró el mundo en la naturaleza.

8. Pues ciertamente, Oyentes míos, nadie podrá valerse del pretesto de la ignorancia para cohonestar sus devociones puramente exteriores. Porque Dios ha declarado innumerables veces que el corazon es lo que nos pide y lo que le agrada. Y así lo entendió su mejor intérprete el real profeta David, que deseoso de que fueran atendidos sus ruegos no se contentó con representar al señor las lágrimas que derramaba, las genuflexiones que hacia, la ceniza que por pan se comia, los suspiros que echaba; sino que le manifestó que su corazon estaba devoto preparado y pronto á hacer en todo su voluntad: *Paratum cor meum, Deus paratum cor meum* (Ps. LVI. 8.). Que su corazon era el que impelia y daba movimiento á los sentidos y potencias, para que con su devocion externa dieran fiel público testimonio de su interior devocion.

9. ¿No habeis visto que cuando la granada se madura sus granos sacan á la corteza algunas pintas del color que ellos tienen? Pues asimismo cuando el corazon se santifica, sus afectos causan algunos exteriores ejercicios que son señales de su santidad interior. Pero si la granada ántes de sazonzarse apareciera colorada á la parte de afuera ¿no diríais que estaba podrida? Pues ese mismo nombre debeis dar á la devocion puramente exterior. Me parece muy bien, Señoras, que el rubor y la modestia se descubra en vuestro semblante en vuestras palabras acciones y vestidos; pero traiga ella su origen del corazon purificado de torpes deseos: porque sin eso será vuestro recato y toda vuestra devocion monstruosa y de mas á mas inútil.

10. Jesucristo lo dijo cuando en el evangelio hablando de aquellos que dan limosna á vista de todos por merecer sus alabanzas, declaró que con ellas ya logran la debida y deseada recompensa, y que no tienen que esperar el premio de su mano, supuesto que no la dieron por agradarle á él sino á los hombres. O cuántos pierden el tiempo el trabajo y el fruto, porque una recta intencion no dirige sus acciones al fin que deben tener, que es Dios, el mismo que las ha de pesar en la balanza de su equidad! Tiemblo, decia S. Agustín, al contemplar el riguroso exámen que Dios ha de hacer de nuestras acciones.

11. Poco importa Oyentes míos, que seais castos en el cuerpo si no lo sois en los deseos, ó solo lo sois por no incurrir la infamia que os acarreará vuestra incontinencia. Poco importa que seais sufridos, si solo lo sois por no irritar mas á los poderosos que os maltratan. Poco importa que seais sobrios, si solo lo sois por evitar los gastos del

del lujo del juego y de la intemperancia. Poco importa que visiteis al atribulado, si solo lo haceis por mera urbanidad. Poco importa que socorrais la miseria del prójimo, si lo haceis por vanidad. Porque estas acciones al parecer virtuosas, las calificará inútiles aquel Señor que llama felices no á los pobres sino á los pobres de espíritu: no á los puros sino á los puros de corazon: no á los sufridos sino á los que lo son por la justicia: *Beati páuperes spiritu: beati mundi corde: beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam* (*Matt. v. 3.*). No basta Oyentes míos, que vuestras acciones sean en la apariencia buenas para que sean útiles y meritorias. Porque al modo que no es precioso un vaso por mas que esté dorado, si no es todo de oro: así tampoco vuestra devocion exterior no tiene precio ni valor, si la interior no la acompaña y la valora. Y si la prudencia no la regula, no está bien ordenada segun debe, y os haré ver en mi

Segunda parte.

12. No debe causaros novedad, Señores, que yo me queje de las devociones indiscretas y desordenadas de nuestros tiempos; porque S. Agustin (*Ep. 119. ad Januar.*) se quejó ya de que algunos cristianos de su siglo se ocupaban en ciertos ejercicios que les impedían el cumplimiento de su primera obligacion. Confieso, decia el Santo, que no los encuentro evidentemente malos ni opuestos á los principios de nuestra fe; pero me basta para reprobarlos el que sean unas prácticas serviles contrarias á la libertad de nuestra religion, á la cual Jesucristo exoneró de las ceremonias que hacian pesado el judaismo. Y aun por otra parte los miro como estorbo para que cumplais con las obligaciones de vuestro estado que es en lo que consiste toda la perfeccion cristiana: *Hæc ergo perfecta justitia est, si potius potiora, si minus minora diligimus.*

13. De este principio de S. Agustin infiero que es indiscreta y desordenada la devocion de aquellos, que anteponen las obras que llamamos de supererogacion ó de consejo á las que son de precepto: como tambien la de aquellos que en lugar de regular su devocion segun su estado, sujetan su estado á su devocion. El primer desorden es terrible; pero muy ordinario en los que mas se precian de muy devotos. ¿No conoceis á muchos que hacen copiosas limosnas, y del todo descuidados del manejo de su hacienda le fian á un mayordomo tal vez infiel é injusto, que atesora para sí y no paga el salario á los demas criados ni las deudas á los mercaderes y pobres oficiales? Y estos son devotos? Llamadlos inicos y malvados. Veo otros (S. Agustin es quien habla) tan aficionados á rezar que por ningun caso permiten que les interrumpan las horas que destinaron á este fin. Qué diré de estos? Que no rezen? No por cierto. Pero bien les diré que si son padres de familia no se olviden de su cuidado

do y asistencia por rezar. Y si están empleados en algun ministerio de la república, les diré que no dediquen á la oracion las horas que están destinadas al beneficio del público. Veo á muchos que hacen escrúpulo de no oír misa todos los dias y aun de no confesarse con frecuencia; y con todo en sus escrupulosas conciencias se descubre una enemistad irreconciliable con sus mas próximos parientes: una dureza que los hace en sus casas fieros intratables insufribles. O qué devociones tan mal ordenadas tan hipócritas! Solo sirven para infamar la verdadera devocion que prefiere el cumplimiento de los preceptos á la observancia de los consejos.

14. Tambien es desordenada la devocion de aquellos que no la regulan segun su estado: Dios nos da las gracias á proporcion de nuestras obligaciones; y siendo estas tan distintas en los religiosos y en los que viven en el siglo, es fuerza que tambien lo sean las gracias. En su buen uso en tomar el punto á la vocacion, en perseverar constantes en el estado á que Dios nos llamó, consiste la verdadera devocion. Querer valerse por capricho de otros medios irregulares para servir á Dios, es pretender invertir el órden de su providencia: es esponerse al riesgo de quedar vencidos del demonio, como lo hubieran sido las estrellas que pelearon contra Sisara si no hubieran guardado el órden prescrito: *Stellæ manentes in ordine suo, adversus Sisaram pugnaverunt* (*Judic. v. 10.*). Y esto practicamente sucede en aquellos padres de familias que quieren hacer de anacoretas. No se encargan de educar cristianamente á sus hijos: con esto sus pasiones se desenfrenan miéntras ellos asisten en los hospitales ú oran en los templos. Pero bien pueden clamar: Señor, Señor: *Dómine, Dómine*, que segun dice Jesucristo en nuestro evangelio, no entrarán en el reino de los cielos ménos que no se sujeten á hacer la voluntad de su Padre celestial, quien nos manda cumplir ante todas cosas con las obligaciones de nuestro estado, regulando por ellas nuestras devociones.

15. Un ejemplar de la mas bien ordenada devocion nos propone Salomon en aquella muger fuerte, cuya vida y acciones nos describe en los Proverbios (*Prov. xxxi. 10.*). Ella dice, teme á Dios: por su acertada conducta merece toda la confianza de su marido: trabaja al mismo tiempo que manda trabajar á sus domésticos: en fin regula los gastos de su casa de suerte que le sobre para dar muchas limosnas. Y no mas? esta muger no hace milagros? ¿no tiene muchos éxtasis y revelaciones? No oyentes míos. Todo su elogio se reduce á que teme á Dios, y cumple exactamente con las obligaciones de su estado. Y con esto es ella misma, á juicio de S. Agustin, un milagro mayor que cuantos milagros pudiera hacer. Es una heroína tan rara, que para hallarla es menester ir á los extremos de la tierra: *Procul est de ultimis finibus pretium ejus*. O cuán léjos están de imitar á es-

ta muger verdaderamente devota y santa las que dejan de hacer lo que deben, llevan perturbada su casa y familia por ir tras sus antojadizas devociones! ; No habeis visto que un niño, á quien le dan á elegir un libro para que lea ó una pelota para que juegue, deja aquel y toma esta? Pues no hacen otra cosa las que dejan de hacer lo que les importa, por hacer lo que en tales circunstancias no debieran. Y en verdad ellas en sus devociones buscan como niños mas su diversion que su provecho. Qué desórden tan pernicioso! Y qué lástima que se encuentren directores ó confesores que aprueben tan irregular conducta!

16. Guardaos Oyentes míos, de tales falsos profetas: *Attendite á falsis prophetis*. Y para conocerlos reparad si os aconsejan como Jesucristo aconsejaba á la Samaritana, que adoreis á Dios en espíritu y en verdad, esto es con una devocion interior y bien ordenada; pues estos son los frutos que manifiestan la verdad de su doctrina y el buen estado de vuestras conciencias. Y aun para mas aseguraros en negocio de tanta importancia, decid muchas veces con el real profeta: Señor, solo Vos podeis hacer que yo me conozca á mi mismo: *Proba me Deus et scito cor meum* (*Ps. cxxxviii. 13.*). Haced pruebas en mi corazon, para que vea si hay en él algun ídolo oculto, algun afecto depravado que os usurpe su dominio. Desterrad de mi entendimiento las sombras del engaño y de la hipocresía, para que vea la virtud segun es en sí. Y luego haced que os ame sobre todas las cosas, que os sea verdaderamente devoto. Hasta ahora Dios mio, solas las apariencias y exterioridades han hecho de mí un fantasma de piedad, mas propio á irritar vuestra indignacion que á conciliar me vuestra misericordia; pero ya os pido Señor, que me inmuteis interiormente por medio de vuestra gracia, para que en adelante os sea fiel en serviros y fervoroso en amaros, para que viva de vuestro espíritu, y para que ahora mismo arrepentido os diga que me pesa de haberos ofendido. Pésame &c.

P L Á T I C A LXXXV.

DE LA DOMINICA SÉPTIMA POST PENTECOSTEM
predicada á 21 de Julio de 1743, y á 25 de Julio de 1745.

Attendite á falsis prophetis, qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces. Matth. VII. 15.

1. **R**os que por su gusto ó por su empleo viviendo en medio del mundo comercian con muchos, están muy espuestos al riesgo de engañarse en el concepto que forman de aquellos con quienes tratan.

Por-

Porque según está el tiempo los hombres por la mayor parte procuran ocultar lo que son y parecer lo que no son, haciendo con su estudio si no imposible á lo ménos muy difícil el llegar á conocerlos. Ya en su tiempo, decia S. Gregorio (*Lib. x. Moral. in Job c. 12.*) que eran tenidos por sabios los que sabian encubrir con hermosos artificios los feos afectos de su corazon, paliar con buenas palabras sus malvadas intenciones. Era entónces muy apreciable el arte que enseñaba á disimular y á fingir. Pero ahora tiéne sin competencia mayor estimacion este arte del que tenia en tiempo de S. Gregorio; pues son tan varias las figuras con que aparecen, tan diferentes los papeles que cada dia representan los hombres en el teatro del mundo. ¿ No empobrecen hoy los que ayer eran á nuestra vista ricos y opulentos? ¿ No se persiguen hoy los que ayer eran amigos? En dónde se halla la sinceridad la buena fé lo que vulgarmente llamamos honradura? Cuán necesaria fuera ahora si no fuera inútil, aquella linterna con que Diógenes en medio del dia y de Atenas buscaba á un hombre que fuese hombre de bien? Cuán conveniente fuera si fuera posible, el que se pusiera en ejecucion aquel pensamiento que soñó un filósofo, de que cada uno habia de tener en el pecho una ventana para que estuviera patente su corazon? Cuán graves son los daños que se experimentan en lo natural, y que causa á la sociedad el disimulo el embuste y la falsedad?

2. Pero aun es mas pernicioso el otro engaño peculiar á los cristianos, la hipocresía digo de que se valen muchos para adquirir fama de santidad. Porque hiere un punto mas delicado y mas sagrado, cual es el de la excelente virtud de la religion, con cuyos actos exteriores pretenden los hipócritas encubrir sus depravadas costumbres. Contra estos embusteros declamó muchas veces la magestad de Cristo, y en el evangelio de este dia encargó á sus oyentes que se guardaran de ellos. *Atténdite á falsis prophetis.* Así concluyó el Señor aquel célebre sermon que predicó en el monte: este fué su epílogo para que se vea cuanto deseaba y cuanto os importa el que os guardéis de los falsos profetas: *Atténdite á falsis prophetis.* A ménos que no pongais el mayor cuidado, se malogró en vosotros el fruto de aquel sermon, se hizo inútil la doctrina del evangelio, podeis daros por perdidos. Y en efecto con que lástima vemos y oímos decir que muchos y muchas por incautas son pasto ó víctimas de los que siendo lobos rapaces van cubiertos con la piel de ovejas. Guardaos de dar en sus manos ó en sus garras, os dice una y mil veces Jesucristo: *Atténdite á falsis prophetis, qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces.*

3. No se contentó el Señor con daros el consejo de que os guardéis de los hipócritas, sino que quiso daros señas bastantes para que los conocierais, diciéndoos que atenderiais á sus frutos ó á sus obras:

Ex fructibus eorum cognoscetis eos (*Matth. vii. 20.*). Son las obras de los hipócritas las mas perversas ; porque directamente quebrantan los dos fundamentales preceptos de nuestra santa ley , que son el amor de Dios y del prójimo. Es la hipocresía injuriosa á Dios y perniciososa al prójimo. Es injuriosa á Dios por el ultrage que le hace. Es pernicioso al prójimo por el perjuicio que le ocasiona. Uno y otro intento hacerlos ver en las dos partes de mi plática ; para que poseídos del horror de tan enorme delito , procureis huír de los hipócritas y evitar la hipocresía : *Atténdite á falsis prophetis.*

Primera parte.

4. Paraque conozcais á los hipócritas , bastará Señores , pintarlos del modo que los pintó Jesucristo en persona de los fariseos. Ellos decia , son en la apariencia devotos religiosos : pero en realidad su devocion es política , su religion remedo , su piedad monería , su virtud una sombra , bajo la cual como que se sientan para coger el honor y la gloria que es el fruto de la virtud verdadera. A eso aspiran , á la fama de virtuosos , sin querer llevar la costa ó el trabajo de merecerla. Por mas que los veais , decia Hugo de S. Victor , con los brazos estendidos en forma de cruz , nada mas aborrecen que la cruz. Por mas que se expongan á vuestros ojos como muy desasidos muy descuidados de sí propios , abrigan en su pecho un amor particular una gran complacencia de sí mismos : siendo juntamente los ídolos y los idólatras.

5. Oran rezan largas oraciones ? Es para ser vistos (*Matth. vi.*) Dan limosna ? Para ser alabados. Ayunan ? Por parecer austeros. Algunas veces visitan las primeras casas para ser estimados : otras se retiran para ser mas atendidos. Aunque mas ásperos que Ismael aparecen risueños como Isaac. Aunque mas iracundos que Esau contra hacen la voz apacible de Jacob. Tal vez corrompidos de aquel pecado carnal que S. Pablo tiene verguenza de nombrar , toman el aire de espirituales y modestos. Peores que aquellos idólatras que colocaron en Belen la estatua de Adonis , sacrifican á sus detestables correspondencias el Dios de la pureza. Buscan á Jesus en la casa del pan sacramentado ; pero es con la misma intencion depravada con que Herodes le buscaba en Belen recién nacido para matarle. Se acercan , con frecuencia á la mesa del Señor ; pero es con el mismo maligno espíritu con que Judas se sentó para venderle.

6. Este es Señores , el retrato que hizo Jesucristo de un hipócrita. Miradle bien. Reparad que es artificiosa la uniformidad en sus acciones , estudiado el arte en sus palabras , ninguna la sinceridad , grande el cuidado en ocultar lo que es ; y luego con estas señas conociendo que es hipócrita apartaos de su compañía : *Atténdite á falsis prophetis.* Y sobre todo procurad no serlo ; pues el mismo retrato que

que habeis visto os manifiesta cuán horrible es la hipocresía, cuán sangriento es el ultrage que hacen á Dios los hipócritas. Los demas pecadores al parecer conservan algún respeto hácia Dios: como que le injurian á medias. El mentiroso ofende su veracidad, el impuro su pureza, el vengativo su dulzura, el iracundo su paciencia, el maldiciente su caridad, el avaro su liberalidad y misericordia. Pero el hipócrita ofende á Dios en todos sus atributos y perfecciones, en la simplicidad en la santidad en la sabiduría en la grandeza en la gloria, y con esto se hace reo en los crímenes de todos los pecadores.

7. Dios es simple sencillo en su esencia, verdadero en sus palabras: es la sencillez y la verdad misma. Pero el hipócrita siempre doble siempre mentiroso es la doblez y la misma mentira. En Dios todo es real todo sincero: en el hipócrita todo aparente todo falso. Es una fantasma un monstruo compuesto de falsas virtudes y vicios verdaderos. El mismo reconociéndose desnudo de buenas obras busca como Adán para cubrirse con las hojas de la virtud que no tiene; ó segun se explica el Nazianceno busca apariencias de piedad para disimular las faltas de su corazon: del mismo modo que una muger fea y vana recurre á los afeites para disimular las de su rostro. Así como decia S. Basilio, un comediante para salir á las tablas se transforma y desfigura: así tambien el hipócrita cuando piensa que le ven procura parecer otro de lo que es y parece cuando no le miran. Devoto y mortificado en la Iglesia, impio gloton en su casa. Humilde hiere su pecho á los pies de un confesor, fiero soberbio maltrata á sus domésticos. Así todo contradicciones se opone á la inefable simplicidad de nuestro Dios.

8. No es menor que este el ultrage que hace el hipócrita á la sabiduría de Dios. Dios decia S. Agustin, todo es ojos con que todo lo ve: todo es oídos con que todo lo oye: todo es manos con que todo lo escribe: todo es pies con que todo lo anda. No hay espesas tinieblas que no aclarezca: secretos ocultos que no descubra: profundos abismos que no sondee: retiradas soledades que no penetre: implicados movimientos del corazon que no desdoble. Bien puede Adán esconderse que Dios sabe donde está y lo que hace. Bien pueden aquellos malditos viejos decirle á Susana que nadie los ve, para inducirle á que condescienda en sus torpes deseos: que ella sabe como Dios los mira (*Dan. xii. 20.*). Bien puede la muger de Putifar creerse sola para declararle á Josef su infame amor: que él sabe que no está solo, sino que Dios le acompaña, y le asiste para que huya (*Gen. xxxix.*). Y yo Señor, os digo con el real profeta (*Ps. cxxxviii. 3.*) que desde léjos veis mis pensamientos, seguís mis pasos y desatais los intrincados nudos de mi mala vida: *Intellexisti cogitationes meas de longe, sémitam meam & funiculum meum investigasti.*

9. Pero muy de otra suerte que David hablan los hipócritas. Y

no se contentan con hablar sino que obran como si Dios fuera ciego y ignorante, haciendo la mayor injuria á su sabiduría. Decidme hipócritas: ó creéis que Dios os ve y os oye, ó no lo creéis? Si no lo creéis, haceis á vuestro Dios semejante á aquellos ídolos simulacros de oro y plata, de quienes decia el real profeta (*Ps. cxiii. 12.*) que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, pies y no andan. Si creéis que os ve y os oye, de qué sirven esas exterioridades y apariencias de virtud, esas ficciones y embustes? Aspirais á engañar á los hombres para alcanzar entre ellos la estimacion que no teneis con Dios? Confieso que no injuriais su sabiduría, pero le ultrajais en otro atributo en su honor y gloria. Dios dijo por boca de Moyses que su gloria á nadie la daria, y quiso que todas las criaturas se la dieran. Los cielos la anuncian con la perpetua admirable uniformidad de su movimiento, la tierra con la estupenda diversidad de sus producciones, y todo el universo con la hermosa varia distribucion de sus partes. Pero como todas estas voces que publican la gloria de Dios son inanimadas é imperfectas: crió al hombre, dice Filon Hebreo, para que lo ejecutara de un modo mas digno, dirigiendo á ella como á su último fin todos los movimientos de su lengua de su corazon y de su espíritu. Esta es vuestra primer obligacion, ó criaturas racionales que nada teneis que no provenga de Dios y que no deba ordenarse á Dios. Por eso es tan enorme la injuria que le haceis los que hipócritas en lugar de su gloria apeteceis la vuestra. Faltais á vuestra primer obligacion, y perturbais el órden y el fin de las cosas mas santas y consagradas á Dios.

10. Porque ¿no os manda Dios que os ejerciteis en la oracion para que reconozcais en ella su soberanía y protesteis vuestra dependencia? ¿No se dirige el ayuno y la penitencia á aplacar su indignacion? ¿No se ordena la limosna á conciliaros su misericordia? Pero qué fin os proponéis vosotros ó hipócritas, en vuestras oraciones ayunos y limosnas? Oráis en el templo para ser vistos: ayunais por parecer austeros: dais limosna para ser aplaudidos. Y así sobre privados con vuestra hipocresía del fruto que traen consigo estas buenas obras, le quitais á Dios la gloria que debierais darle con ellas, por atribuírosela á vosotros propios. Le usurpais lo que mas aprecia y zela: *Gloriam meam álteri non dabo* (*Isaiæ xlii. 3.*). Hacedis al Señor la mayor injuria, y ocasionais á vuestros prójimos el mayor perjuicio, como vereis en la

Segunda parte.

11. Si Jesucristo se hubiera contentado con reprender á los escribas y fariseos que deshonraban á Dios honrándose á sí mismos: que sin guardar los mandamientos de la ley hacian vanidad de llevarlos escritos en sus vestidos; y que sin ser dignos por su santidad

y sabiduría, pretendian ocupar los primeros puestos en las sinagogas: tuviéramos motivo para creer que toda su malicia se reducía á una vana sacrílega ostentacion, y que siendo el amor de la gloria la passion que los dominaba era solo Dios el ofendido. Rero cuando reparamos que maldice á los escribas y fariseos (*Matth. xxiii. 14.*) acusándolos de que bajo la capa de devotos se comen las haciendas de los huérfanos y de las viudas: que por llevarse las ofrendas inspiran á los hijos el que sean desobedientes á sus padres: que mientras erigen sepulcros á los profetas difuntos persiguen de muerte á los vivos por las verdades que les dicen: que mientras pagan con nimia puntualidad los diezmos, quebrantan la justicia la fe y la misericordia: cuando reparamos digo, en estos cargos, comenzamos á mirar á la hipocresía como un pecado el mas pernicioso al prójimo, como una fuente venenosa de perfidias violencias detracciones odios venganzas homicidios.

12. Lo que S. Agustin (*De Civit. Dei, Lib. v. cap. 20.*) dice del amor del deleite puede apropiarse muy bien á la hipocresía. Aquel santo padre pinta al amor del deleite sentado sobre un trono desde donde manda á todas las pasiones. A la lascivia manda que se cebe en los gustos sensuales: á la ambicion que se satisfaga de las pompas mundanas: á la avaricia que recoja riquezas; á la prodigalidad que las derrame: á la gula que las emplee en los mas esquisitos manjares. En el pensamiento de S. Agustin, el amor del deleite es como un monarca, que avasalla al corazon y mueve á todas sus pasiones para que concurran al logro de su designio. Pues asimismo podemos decir que la hipocresía domina á todos los vicios haciendo que se escondan, y aun se sirve de las virtudes para la ejecucion de su proyecto. Sinceridad aparente, devocion, misericordia, todo lo emplea el hipócrita para sorprender á su prójimo y perderle.

13. Cualquier hipócrita á primer vista os parecerá sincero ingenuo digno de que conteis sobre su palabra. Pero deteneos y conceberéis que es ceremoniosa su abertura, y que tira á engañaros con ella para hacer su conveniencia. Quién no creyera que venian de muy léjos los Gabaonitas al verlos llegar rotos y estropeados? Josué (*ix. 4.*) sobre ser tan advertido se lo persuadió, y que era recta la intencion con que le pedian su alianza. Pues no estaban sino dos jornadas distantes del ejército de Israel, y lo disimularon tan bien para sacar un buen partido. Quién no creyera que Absalon era muy compasivo al verle que puesto á la puerta del palacio saludaba y abrazaba á todos los pretendientes, ofreciéndoles su proteccion y lastimándose de su desamparo? Pues no era otro su ánimo que sublevar al pueblo y quitarle á su padre David la corona y la vida (*II. Reg. xv. 3.*).

14. Quién no se fiará (permitidme que haga anatomía de los hipó-

pócritas de nuestros tiempos) quién no se fiará de aquel que modera los gastos , tiene muy recogida á su familia ? Pues regatea á sus hijos las precisas asistencias , los salarios á sus criados y el jornal justo á sus oficiales. Quién no alabará la conducta de la otra que huye de los concursos profanos y peligrosos , se lamenta de la relajacion de las costumbres ? Pues con eso se toma la licencia de murmurar de todos. Ah hipócritas ! qué maligno es el arte con que os valeis de la apariencia de las virtudes en perjuicio de los prójimos ! Guardaos Oyentes míos , de ser presa de esos lobos rapaces que van vestidos con la piel de ovejas : *Atténdite á falsis prophetis.*

15. Pero no quisiera Señores , que confundierais á los hipócritas con los verdaderos virtuosos. No quisiera que por huir el extremo de la sencillez , dierais en el de la malignidad. No. No habeis de ser temerarios en vuestros juicios. Atended reparad muy bien las señas que os dió Jesucristo de los hipócritas , para que reconocidos con certeza os guardéis de ellos. Y sobre todo como os decia en la primera parte , poned el mayor cuidado en que no prenda en vosotros el vicio de la hipocresía. No solo porque es injurioso á Dios , pernicioso al prójimo y digno de que Jesucristo fulminara terribles maldiciones contra él ; sino porque es muy difícil alcanzar el perdon.

16. En la sagrada escritura hallamos lascivos convertidos , publicanos santificados , ladrones absueltos ; pero ningun hipócrita arrependido. Porque segun enseña S. Gregorio , los hipócritas ponen obstáculos á su conversion. De los medios para alcanzarla el primero es quererla de veras , y esta voluntad sincera de ser justos jamas la tienen los hipócritas contentos con parecerlo : *Sanctus non appetit esse sed vocari.* El otro medio para convertirse es una humilde disposicion para recibir con gusto los avisos y correcciones de otros ; las que no pueden sufrir los hipócritas : empeñados á hacer creer que son santos , se irritan apénas alguno les echa en rostro sus vicios. Antes , concluye S. Gregorio , querrán quedarse muertos que ser reprendidos : *Paratior mori quam córripi.*

17. Procurad Fieles míos , no dar entrada en vuestro corazon á la hipocresía , rechazadla con las virtudes opuestas. La hipocresía busca la vanagloria : haced un generoso sacrificio de la vuestra. Ella quiere agradar á las criaturas : vosotros al criador. Ella se vale de artificios para perder á otros : vosotros emplead vuestros talentos en beneficio ajeno. Semejante á la higuera que Jesucristo maldijo , tiene pomposas hojas pero no tiene fruto : dejad las hojas y llenaos de frutos de buenas obras. El hipócrita clama : Señor Señor , *Dómine Dómine* ; pero no piensa en hacer la voluntad del Señor : vosotros decid con David (*Ps. LXX. 15.*) que le ofreceis en holocausto vuestra voluntad llena del meollo de su amor : *Holocausta medulata offeram tibi.* Hagan otros voto , decid con S. Agustín , de erigir altares de ayu-

ayunar de rezar , que nosotros os le hacemos , Señor , de nuestra propia alma. Os la ofrecemos Señor , y queremos ofrecerla de modo que os sea agradable. Léjos de nosotros la levadura farisaica , la doblez , el engaño : nos confesamos á vuestros pies reos de innumerables delitos : os pedimos humildemente perdon. Pésanos dulcísimo Jesus , de haberos ofendido. Os adoramos Redentor nuestro , en espíritu y en verdad. Queremos vivir en vuestra gracia , &c.

PLÁTICA LXXXVI.

DE LA DOMINICA VII. POST PENTECOSTEM
predicada á 17 Julio de 1746.

Non omnis qui dicit mihi Dómine , Dómine , intrabit in regnum cœlorum , sed qui facit voluntatem Patris mei. Matth. VII. 21.

1. **E**n las primeras cláusulas del evangelio de este dia nos encarga la magestad de Cristo , que nos guardemos de los falsos profetas : *Atténdite á falsis prophetis*. Y por falsos profetas entienden los santos padres á los hereges , que con la apariencia de buenos cristianos ó segun la frase de Jesucristo , con la piel de ovejas introduciéndose en el rebaño de la Iglesia , como lobos rapaces le devoran. Pero esto que es comun á todos los hereges , parece peculiar y propio de los de los últimos siglos , Lutero Zuinglio Calvino y otros. Pues del mismo modo que renovaron casi todas las heregías antiguas : así reunieron en sí todas las malignas artes de que se valieron los antiguos heresiarcas para pervertir á los fieles. Cómo aparecieron disfrazados con la piel de ovejas ! Cómo dieron á entender que no predicaban sino el evangelio puro , y que solamente pretendian la reforma de la doctrina y costumbres que suponian depravadas en la Iglesia Romana ! Y qué apriesa con el plausible nombre de evangélica y reformada que atribuyeron á su religion , la esparcieron por toda la Europa ! Tanto se acercó á los Pirineos el fuego de la heregía , que saltando á esta parte de España algunas centellas , se vieron llamas que hubieron de sofocarse con otras llamas.

2. Pero ya gracias á Dios y gracias á la custodia , ó digámoslo así , á los ladrillos de los zelosos mastines de la fe , están léjos de España y ahuyentados al norte los lobos descendientes de Lutero y Calvino. De suerte que no es necesario que os los dé á conocer para que os guardéis de ellos. Mas no pienso que fuera inútil hablaros en esta ocasion de los Molinistas. Porque son no solo peores sino mucho mas difíciles de conocer que los Luteranos y demas hereges , por motivo de que siendo en realidad los mas carnales carníceros lobos,

afectan ser en el semblante en palabras acciones, en todo espirituales. Y por otra parte (con harto dolor lo digo) cada dia estamos viendo las mas impuras llamaradas ó humaradas del molinismo, que empañan el aire y obscurecen el honor de nuestra España: dando motivo para que sus émulos digan que la pureza de la fe de los españoles es mas efecto del temor del castigo que del amor de la verdad; porque son capaces de abrazar los mas estravagantes detestables errores aquellos que llegan á caer, y se revuelcan en el obscuro sucio abominable cieno del Molinismo.

3. No fuera pues, vuelvo á decir, inútil hablaros de una herejía que habiendo comenzado en tiempo y á vista de nuestros padres, todavía como la culebra bajo la yerba, se oculta bajo el especioso disfraz de la espiritualidad ó mística teología. Y no fuera ageno de este lugar y de mi ministerio; pues desde el púlpito todos los antiguos sabios prelados de la Iglesia refutaron las herejías de su tiempo. Pero qué he de deciros? ¿He de haceros patente á imitacion de aquellos venerables padres la falsedad de los errores de Molinos? Era menester que os predicara tantos sermones como predicaron S. Atanasio contra Arrio, S. Basilio contra Apolinar, S. Juan Crisóstomo contra Eunomio y S. Agustin contra Pelagio. Me contentaré pues con advertiros que los Molinistas pretenden ir y llevar á sus secuaces al cielo por una cierta pretendida aniquilacion de sus sentidos, por un atajo desconocido de la antigüedad, y del todo opuesto al camino real de la práctica de las virtudes y de la observancia de los divinos mandamientos. Porque allá en su imaginacion se fingen una vida toda interior, independiente de las obras exteriores con que nos ejercitamos en las virtudes y guardamos los mandamientos de la ley de Dios. Fingense tambien un amor puro de Dios, sin mezcla del temor del castigo ni de la esperanza del premio. Y hablando un lenguaje elevado, se hacen imperceptibles para acreditarse mas perfectos.

4. Pero esa misma obscuridad y esa misma estravagancia que los aparta del camino trillado de los mandamientos, por donde corrieron y llegaron David y los santos al término de la eterna felicidad, bastan para que, Señores, los conozcais y les tengais aquel horror que se merecen. Y así sin detenerme mas, paso á descubriros otro engaño no ménos pernicioso y mas universal que el de los hereges: cual es el de aquellos que sin hacer la voluntad de Dios, con solo decir Señor Señor, piensan adquirir el reino de los cielos. Porque tal vez muchos de vosotros estareis comprendidos en esta especie de engaño, y será conveniente haceros ver que sois hipócritas indignos de salvaros mientras que con las obras desmentís vuestras palabras: *Non omnis qui dicit Dómine, Dómine, intrabit in regnum caelorum, sed qui facit voluntatem Patris mei.* Pero para mayor instruccion
vues-

vuestra y para mayor claridad, dividiré con el venerable y mi venerado P. M. Fr. Luis de Granada, á la hipocresía en carnal y espiritual. Llamo hipocresía carnal á la de aquellos que ostentan las riquezas que no tienen; y llamo espiritual á la de aquellos que afectan la virtud que no tienen. De aquella hablaré en la primera parte de mi plática, y de esta en la segunda.

Primera parte.

5. Por mas que los filósofos estoicos se difundieran en alabanza de la pobreza y en el vituperio de las riquezas, no pudieron conseguir que sus discípulos practicamente los creyeran, prefiriendo la pobreza á las riquezas. Antes bien leemos que Séneca y otros de los mas célebres maestros de aquella filosofía no quisieron ser pobres, sino que procuraron por todos los medios posibles hacerse ricos. Pero es de admirar que lo que no pudieron conseguir los filósofos de los gentiles, no lo consiguiera Cristo señor nuestro de los cristianos. Es de admirar que no queramos ser pobres, siendo así que nuestro divino maestro lo fué, nos exortó á que lo seamos y prometió la eterna bienaventuranza á los que lo fuesen. O qué dura resistencia encuentra en nuestro corazon el amor de la pobreza! Tanto ejemplo tanta persuasión tanta recompensa no solo no basta á inducirnos á que queramos ser pobres; sino que todavía los cristianos los miramos con los mismos ojos y con la misma ignominia con que los miraban los hombres al tiempo en que el Eclesiástico (xiii. 28.) decia: Habla el pobre y todos preguntan quién es este? y hablando con cordura no le dan oídos. Habla el rico y todos callan; y hablando desatinos los celebran: *Locutus est pauper & dicent: Quis est iste? Locutus est dives & omnes tacuerunt.*

6. Y de ahí Señores, de este vil concepto que hacemos de los pobres, y del vehemente deseo que tenemos de la propia gloria y excelencia, nace el que los hombres por lo regular ocultan la pobreza que padecen. Porque cuántos sin tener en casa un bocado que ponerse á la boca, andan por esas calles con un vestido muy lucido y quizás galoneado? Cuántos están en sus casas pereciendo por no echar á la calle su pobreza? Y no hay que hablarles de que procuren ganarse la comida trabajando con sus manos, sirviendo á algun señor, ó que á mas no poder se recojan á la casa de la misericordia. Ni aun se les puede decir que den á sus hijos algun oficio mecánico para que despues tengan que comer. Porque airados responden: nos criamos en buenos pañales, y nuestra calidad y la decencia no nos permiten ejecutar semejante bajeza. Qué locura! Vuestra calidad? Volved atrás dos generaciones, podré decir á muchos, y encontrareis á vuestros abuelos ejercitando este mismo oficio mecánico, que no quereis tomar para vosotros ni dar á vuestros hijos. Pues ha de

ser bueno que ellos por haber experimentado propicia la fortuna pasaron del trabajo al descanso, y que vosotros experimentándola adversa no habeis de volver del descanso al trabajo? Qué sois como los cuerpos leves, que con facilidad suben con dificultad bajan? Vuestra calidad? Demos que sea muy ilustre; pero no será tanto como la de Adán hijo inmediato del mismo Dios, y sin embargo se hubo de ganar la comida con el sudor de su rostro. No lo será tanto como la de Jesucristo, y sin embargo trabajó de carpintero hasta la edad de treinta años. Vuestra calidad, vuestra decencia? Decid mas verdad; la soberbia y la holgazanería es la que no os deja manifestar vuestra pobreza ni sujetaros al trabajo.

7. No puede pareceros Señores, que esta hipocresía ó disimulo de la pobreza de que os hablo, sea un defecto mas político que cristiano. Porque estais viendo que muchos por no querer socorrer su necesidad con el trabajo, vienen á parar en embusteros moatristas y aun en ladrones; y que muchas por no perder un honor aparente sirviendo en alguna casa honrada, pierden el honor verdadero, dando en la suya entrada á los que se le quitan. Y no podeis dejar de conocer Oyentes míos, que esta hipocresía ó empeño que hacen los hombres de ostentarse mas ricos de lo que son, es la causa del mayor trastorno de la república en lo político y en lo cristiano. Porque ¿no es trastorno culpable el que no haya en el traje de las personas aquella distincion que corresponde á la diferencia de sus estados? Que el plebeyo haya de vestir como un noble, el noble como un título, el título como un príncipe? Y este trastorno ó profusion qué de pecados acarrea? Qué discordias en las familias, qué fraudes qué engaños qué opresiones de los prójimos?

8. Cuántos patrimonios se menoscaban y aun se arruinan, porque una muger loca quiere rozar la gala que no puede, ó tener las visitas que su posibilidad no permite, por no descaecer de aquel punto en que la puso Dios segun ella dice, y segun es la verdad su antojo ó su soberbia? ¿Cuántos dejan de dar limosna porque no ciñéndose á lo preciso, gastan mas de lo que pueden en lo superfluo? Y no pecan? Mortalmente Oyentes míos, á ménos que no digamos que tuvo razon aquel en escusar á los príncipes de la obligacion de dar limosnas, permitiendo que la vanidad de cada uno pusiera la medida á la decencia de su estado. Cuántos contraen deudas que no pueden satisfacer? Y cuántos despues de contraídas voluntariamente se imposibilitan para pagarlas? Y no pecan? Consultándolo con su conciencia diré que no; pues ni les remuerde ni escrupuliza. Pero consultándolo con la justicia diré que sí; porque los que piden prestado dinero con el conocimiento de que no pueden volverle, fraudulentamente le quitan. Y los que no hacen todo lo que pueden por pagar lo que deben, aunque sea á costa de cercenar gastos, aunque

sea á costa de la mayor incomodidad , retienen injustamente lo que no es suyo. Con que unos y otros son en buen romance ladrones.

9. O qué de inducciones podeis hacer , Oyentes míos , segun estos principios ! Qué de funestas consecuencias podeis sacar de estos antecedentes ! Pero suspended el discurso , y ocupaos en llorar amargamente las culpas de los que no conociéndolas no están en estado de enmendarlas. Pues ellos rien se pasean se divierten , miéntras el pobre oficial gime y perece de hambre. Ellos no sienten el dogal que oprime al pobre , ni sienten el peso de sus propias culpas ; pues confiesan comulgan y no se arrepienten. Porque no sé qué resplandor tiene el fausto , que deslumbra á cuantos comenzaron á ostentarle , y los embelesa de suerte que ántes que á regularle , los obliga á hacer bancarrotas ó á sacar moratorias. Por eso os aconsejo con S. Pablo , Fieles míos , que moderados en gastar lo preciso , jamas excedais de los límites de vuestra posibilidad. Temed los daños que causa la hipocresía carnal , y oíd como comienzo á hablaros de la espiritual.

Segunda parte.

10. Poco trabajo me costara traducir en español la pintura que hizo S. Gerónimo de ciertos hipócritas que en su tiempo fingiéndose devotos iban engañando las matronas de Roma para enriquecerse. Pero ó sois mas delicados ó mas maliciosos de lo que entónces eran los cristianos. Porque sin duda al oírme , ó vuestra delicadez se ofendiera ó vuestra malicia sospechara que pretendia con las palabras de S. Gerónimo quitar la fama que muchos tienen en el pueblo de virtuosos , equivocándose estos en el exterior con aquellos á quienes pintó el santo. Por eso omitiendo hablaros de esta especie de hipocresía , os ruego que segun el consejo de Jesucristo hagais juicio de vuestros prójimos por sus buenas ó malas obras , sin querer averiguar sus interiores , cuyo conocimiento se reservó á sí la perspicacia de nuestro Dios (*Jerem. xvii. 10.*) : *Ego Deus scrutans cor.* Y sobre todo os ruego que pongais los ojos en vosotros mismos y procuréis conoceros : que tal vez os hallareis en el número de aquellos hipócritas que á poca costa piensan adquirir el reino de los cielos.

11. Tal vez direis muchas veces , Señor Señor , Ave María Ave María. Tal vez empleareis muchas horas del dia en rezar en leer en oír la divina palabra , en asistir al sacrificio de la misa. Pero si á mas de esto en que encontráis muy poca ó ninguna dificultad , no haceis en todo la voluntad de Dios , sois hipócritas y no entrareis en el reino de los cielos. Porque es decisiva la sentencia de Jesucristo en el evangelio : *Non omnis qui dicit Dómine Dómine , intrabit in regnum celorum , sed qui facit voluntatem Patris mei.* Y en hacer la voluntad de Dios se comprenden los ejercicios de todas las virtudes ;

pues

pues Dios en todas quiere que nos ejercitemos para que seamos santos y podamos entrar en el reino de los cielos, bastando sola la mancha de un vicio para cerrarnos la puerta de aquella habitacion de espíritus purísimos. Y así á ménos que no seamos misericordiosos con los pobres, humildes sufridos en los trabajos, á ménos que no perdoemos á nuestros enemigos y crucifiquemos nuestra carne con sus vicios y deseos, á ménos que negándonos á nuestra propia voluntad no la sujetemos en todo á la divina, no conseguiremos el reino de los cielos.

12. ¡O santidad cristiana, ó reino de los cielos, qué costa nos llevais en adquiriros! No en vano el Señor poco ha dijo (*Matth. VII. 14.*) que es estrecha la senda que guía, y angosta la puerta por donde se entra en el cielo. No en vano comparó su reino á aquella preciosa margarita que para comprarla es menester que venda cuanto tenga (*Matth. XIII. 46.*) y aun que me deshaga de mi mismo. No en vano, sino con mucha razon nos dió á entender la gran dificultad que tiene el conseguir la gloria. Porque ¿cómo podia ser una preciosa corona, un premio inefable de la justicia de Dios, si no hubiera de costarnos el mayor trabajo? ¿Cómo pensais que la adquirieron aquellos patriarcas Abraan Isaac y Jacob, de quienes hace mención la Iglesia en sus sufragios por las almas: cómo pensais que entraron en aquel seno que llamamos suyo, sino por el camino de las penas y tribulaciones? Leed sus vidas y los vereis en todo su discurso peregrinando por distintas regiones, sin tener en alguna de ellas domicilio fijo ni descanso seguro. Vereis á Abraan afligido con la esterilidad de Sara, y despues mucho mas con la muerte que miraba próxima de su hijo Isaac. Vereis á Isaac ciego y atribulado con la discordia de sus dos hijos y con la ausencia de Jacob. Vereis á Jacob prófugo de su casa, maltratado en la de su suegro Laban é inconsolable con la pérdida de Josef. Pero los hallareis á todos siempre fieles obedientes á la voluntad de Dios.

13. Y estos ejemplares os los he acordado Señores, para que no penseis adquirir el reino de los cielos diciendo Señor Señor, y haciendo solamente aquello en que no encontráis dificultad. Pues no habeis de ser de mejor condicion que aquellos tres patriarcas que fueron los mas estimados de Dios, sino que á imitacion suya debeis continuamente ir superando las dificultades que encontrareis en el ejercicio ó camino de las virtudes. Pero aunque las supereis todas, aun os queda que practicar otra diligencia, cual es la de dirigir vuestras obras al fin de la gloria de Dios ó del provecho del prójimo. Porque sin esto, sin esta recta intencion sereis tan hipócritas como los fariseos, que todo lo hacian segun dijo Jesucristo, para que los hombres los vieran y alabaran. Y es tanto mas grande el peligro que teneis de dar en el escollo de esta hipocresía, cuanto es mas vehemente y ocul.

oculto el impulso con que el amor propio os lleva hácia la vanagloria. No puede pues ser mayor el peligro; porque no puede ser mas vehemente y oculto el impulso del amor propio que se mezcla en vuestras oraciones limosnas y demas ejercicios de piedad, y torciéndolos hácia vuestra conveniencia ó vanagloria los malea é inutiliza. Del mismo modo que aquel gusanillo del Líbano penetró el tronco del cedro, y llegando hasta la medula le mató: así el amor propio se introduce en vuestro corazón, y corrompiendo su intencion, espiritualmente le mata. Y lo peor es que lo ejecuta con tal arte y disimulo, que vosotros mismos no lo conoceis, mintiéndooos como dice S. Gregorio (*Dial. Lib. I. cap. X.*) y dandoos á entender que en vuestras buenas obras amais lo que ciertamente no amais: *Sæpe mens sibi mentitur & fingit de bono ópere amare quod non amat.*

14. Y en prueba de esta verdad refiere el santo doctor un terrible raro suceso. El santo obispo Fortunato, dice, lanzó del cuerpo de un hombre al demonio, quien por vengarse, vistiéndose de peregrino se fué por las calles de la ciudad gritando: Vuestro obispo Fortunato, ese varon que llamais santo, mirad lo que ha hecho: me ha echado de la posada que tenia y no encuentro otra en donde recogerme. Entónces un ciudadano al oírle, y al parecer compadecido le hospedó en su casa, y haciéndole sentar á la lumbre en que estaba con su muger y su hijito, se puso á hablar con él en buena conversacion; pero á poco rato aquel maligno espíritu entrándose en el cuerpo del niño, le arrojó á las llamas y le quitó la vida. En este caso no es de estrañar, Señores, que el demonio fuese ingrato al beneficio; pero sí el que Dios le permitiera serlo. Por eso S. Gregorio haciendo reflexion, discurre que aquel hombre hospedó al fingido peregrino, mas que por socorrerle por sugilar al obispo, ó por la vanidad de excederle en la misericordia, y que Dios castigó la depravada intencion con que hizo aquella obra al parecer buena. Y castigará cuantas hiciereis con otro fin que el de la gloria de Dios y provecho de vuestros prójimos.

15. Siempre pues que hagais una obra que sea de sí buena, averiguar el fin que os mueve á hacerla, y descubriendo ser el de vuestra conveniencia ó vanagloria, retractad la intencion, rectificadla; porque de otra suerte, en lugar de merecer, desmereceis y pecáis. ¡O cuántas obras que nos parecen buenas, examinadas á esta piedra de toque, Oyentes míos, las encontraremos malas! O cuánta vigilancia y cuidado debemos poner en que no nos engañe el amor propio! Cuánta necesidad tenemos, Dios mio, de que nos inspireis aquel espíritu que pedia David! (*Ps. L. 12.*) *Spirítum rectum innova in vísceribus meis.* Dadnos pues Señor, por vuestra infinita bondad un espíritu recto que dirija nuestras acciones al fin de vuestra mayor gloria. Arrancad de nuestras entrañas al espíritu del engaño

y de la hipocresía, y introducid en ellas al espíritu de la sinceridad y de la candidez cristiana que no permitiéndonos disimulos, nos haga mostrar humildemente á los hombres lo que somos: *Spiritus rectum innova in visceribus meis*. Dadnos, Señor, un espíritu de compuncion con que postrados á vuestros pies y arrepentidos confesemos nuestras culpas. No tenemos, Señor, verguenza de decir que somos pecadores: verguenza y dolor tenemos de haberlo sido. Nos pesa de haberos ofendido. Esperamos el perdon de vuestra misericordia, &c.

JACULATORIAS.

16. Dulcísimo Jesus, amabilísimo maestro! ¿Qué gracias debo daros porque me enseñasteis á serviros, y á ser verdadero devoto, verdaderamente virtuoso? De no haberlo sido hasta ahora, digo que me pesa de lo íntimo del corazon.

¡Dulcísimo Jesus! No os agradais de apariencias y exterioridades. Quereis que os adore en espíritu y en verdad; pero no podré si no me asistís con vuestra gracia: dadmela, Señor: misericordia, Dios mio, misericordia.

¡Benignísimo Jesus! Inmutad mi corazon, para que viva de vuestro espíritu, para que sea fiel en serviros fervoroso en amaros, para que arrepentido os diga que me pesa de no haberlo sido. Perdonadme, Señor, misericordia.

PLÁTICA LXXXVII.

DE LA DOMINICA OCTAVA POST PENTECOSTEM
predicada á 7 de Agosto de 1740.

DE SAN CAYETANO.

Ne solliciti sitis animæ vestræ quid manducetis, neque cörperi vestro quid induámini. Matth. VI. 25.

I. **N**uestra madre la Iglesia gobernada por el Espíritu Santo tiene dispuesto que no solo en las dominicas en las témporas y en las festividades en que adoramos alguno de los divinos misterios; sino que tambien en las que veneramos la memoria de los santos, se canten algunas cláusulas del evangelio que escribieron los evangelistas. Y con admirable acierto distribuyendo ó colocando, al modo de la gerarquía celeste, en diferentes coros á aquellas almas que pasaron á ser ciudadanos del cielo, señala un evangelio comun á cada uno de ellos; y en verdad muy propio para celebrar el zelo de los apóstoles,

les, la fortaleza de los mártires, la pronta obediencia de los confesores y la cándida pureza de las vírgenes. Pero como la infinita santidad y gracia de Dios segun se explica S. Pedro, se comunica en distinta forma á cada uno de los santos (*I. Pet. iv. 10.*) *Multi-formis gratia Dei*, cada uno de ellos tiene un don y un mérito especial, que distinguiéndole de todos los otros le sirve de divisa y de carácter. Por eso es muy difícil que un predicador por hábil que sea, saque sin violencia de un evangelio comun á muchas expresiones propias para formar el elogio de uno; y es mas difícil, quanto es mas admirable y extraordinario el carácter de su santidad, como sucede en el gran patriarca S. Cayetano que hoy veneramos. ¿Qué dificultades Señores, tendria que vencer, qué rodeos, si la Iglesia no le hubiera señalado un evangelio tan propio que en sus líneas se ve perfectamente delineada su hermosa imágen? Oídme si quereis verla.

2. Nadie, dice la magestad de Cristo, puede servir á dos dueños: amando ú obediendo al uno, es preciso que aborrezca ó desprecie al otro. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Y así os digo, que no seais solícitos en buscar que comer y que vestir. Levantad los ojos, y mirad como las aves que cruzan esos aires ni siembran ni siegan ni recogen las mieses: vuestro Padre celestial las apacienta. ¿Acaso no os estima mas á vosotros que á ellas? Qué es esto que andais tan solícitos por el vestido? Bajad los ojos, y registrad las azucenas del campo que ni hilan ni tejen; y con todo os aseguro que Salomon en medio de su opulencia y de su gloria no llevó un vestido tan hermoso como ellas. Pues si Dios á una flor que nace hoy y mañana se marchita, así la viste, cuánto mejor lo haria con vosotros si tuvierais viva la fe que teneis muerta? No querais ser ambiciosamente importunos, preguntando continuamente ¿qué hemos de comer, qué hemos de beber, qué hemos de vestir? Esos cuidados dejadlos para los gentiles. Vuestro padre sabe muy bien que lo habeis menester. Buscad ansiosos el reino de Dios cumpliendo con su santa ley, que con eso nada os faltará. Esta Señores, es la letra de nuestro evangelio, y esta es al pie de la letra la vida de nuestro santo. Despreciando las riquezas, eligió á Dios por su único dueño; y descuriendo de lo temporal solo pensó en la eternidad. Estas serán las dos partes de mi oracion. En la primera vereis el desapego de S. Cayetano á los bienes terrenos. En la segunda vereis su solicitud en recoger los bienes espirituales, para adquirir con ellos el reino de los cielos.

Primera parte.

3. Aquel Dios que despues de haber criado el mundo perfectamente hermoso, le conserva: despues de haber producido los cielos, los mueve por el ministerio de sus ángeles: despues de haber criado

la tierra, la fecunda con el beneficio de la lluvia: aquel mismo Dios, digo, despues de haber redimido el mundo, le mantiene libre de la esclavitud del demonio: despues de haber abierto en su ascension los cielos, nos dejó en los sacramentos las llaves de su ascension: despues de haber rociado con su sangre nuestras almas, las riega con sus gracias para que produzcan el fruto de su redencion. En consecuencia de aquella voluntad que tiene de salvar á todos, y en consecuencia de la muerte que padeció por todos, á todos confiere ú ofrece auxilios con que poder salvarse. ¿Quién hay que no experimente ó haya experimentado en su entendimiento alguna luz que le ha hecho ver la fealdad de sus vicios, que no haya sentido en su voluntad alguna inclinacion hácia la hermosura de las virtudes? Pues uno y otro son efectos de los auxilios internos de la divina gracia. Y no se contenta con esto su misericordia, sino que nos da otros auxilios externos, que pueden percibirlos los sentidos. Aquella desazon y disgusto con que tal vez mirais las cosas del mundo que mas quereis, no es efecto de la melancolía: la muerte inopinada de un compañero, de un amigo, no es efecto de la casualidad: la grave enfermedad que padecisteis ó padecereis, no es originada de alguna constelacion ó de algun desórden: los desengaños que oís de la boca de un predicador zeloso, no se profieren para que se los lleve el aire. Todos son golpes sensibles que os da la mano de Dios, son auxilios externos de su gracia.

4. ¡ Infelices los que los malogran! Mas infelices los que desconociéndolos los desprecian! Felices los que se aprovechan, y mas que todos feliz nuestro santó, que á impulsos de la gracia aspirando á la santidad, llegó á la perfeccion de la misma santidad. No me detendré, Señores, á deciros, que para que perfecto imitador de Jesucristo naciera al mundo despreciando sus vanidades y sus riquezas, dispuso el cielo que su madre no pudiera darle á luz entre las colgaduras, los tapices y otras preciosas halajas que adornaban los cuartos de su casa noble y opulenta, hasta que encontró con las pajas y las telarañas de un rincon desacomodado. No me detendré á deciros que en su tierna edad no hizo cosa ninguna pueril. O bien devoto iba al templo á adorar á su Dios, ó compasivo distribuía su comida entre los pobres, ú obediente á sus padres se aplicaba al estudio de las letras: que es el gran elogio que dió el Espíritu Santo á aquel jóven de la tribu de Nephthali: *Nihil puerile gessit in ópere* (*Tobia* 1. 4.). No me detendré á deciros que admitido en la familia de un sumo Pontífice supo venerar su alta dignidad, sin imitar los defectos de su persona.

5. Si supierais, Señores, cuan viciosas eran en aquel siglo las costumbres de los cortesanos de Roma, cuan execrables los desórdenes que se veían en el vaticano ó palacio pontificio, os causaría ma-

por admiración que Cayetano se mantuviera inocente en él, que el que Daniel lo fuera en el de Nabuco. Aunque causa horror el contemplarle rodeado de tantos riesgos; pero no quiero salir de este palacio. Quiero ántes para mayor maravilla hacerlos ver como es verdadero israelita en medio de aquella Babilonia. Miétras el Pontífice su amo llevado de su genio turbulento, poseído del espíritu del siglo, arrima el cayado de pastor para empuñar el baston de general: Cayetano gozando de una paz interior percibe la vocacion del cielo, que le llamó á la Iglesia y al sacerdocio. Miétras el Pontífice, ó mal sufrido ó ambicioso hace padecer á toda la Italia los estragos de la mas cruel guerra; empeña en ella á la España ó política ó católica; inquieta y perturba á la Alemania; y tiene declarada enemiga y casi cismática á la Francia: Cayetano allí mismo teniendo por su único enemigo la ambicion, renuncia los bienes de su patrimonio, y renuncia con la prelación que goza las esperanzas de ascender con la púrpura al solio pontificio. Y miétras aquel apóstata pérfido Lutero violenta los testimonios de la escritura para maldecir la pobreza de las religiones mendicantes: Cayetano la abraza, y con el ejemplo y los milagros persuade al mundo que es posible y que es agradable á los ojos de Dios.

6. Leyó nuestro santo en el evangelio, que la magestad de Cristo decia á las turbas y en ellas á todos, que no fueran solícitos en buscar que comer y que vestir: *Ne solliciti sitis animæ vestræ quid manducetis, neque cõrpori vestro quid induámini.* Y aunque habia leído en su maestro el Señor santo Tomas de Aquino (2. 2. q. 55. a. 6.) que Jesucristo solo prohíbe la solicitud de aquellos que buscan los bienes temporales con tanto aprecio que los miran como su último fin, con tanto cuidado que descuidan de los bienes espirituales, con tanta ansia que desconfian de la providencia de Dios, y así que podia ser inocente su posesion, inculpable su uso, y á lo ménos que ni aun era arriesgada la diligencia de adquirirlos con el trabajo ó pedirlos como limosna: con todo no se valió de esta doctrina, sino que tomó á la letra las palabras del hijo de Dios; creyó sencillamente al evangelio: oyó el oráculo y le dió cumplimiento: entróse en el seno de la divina providencia, y encontró (qué dicha!) un tesoro, un capital sobre que aseguró su alimento y los de todos aquellos que puesta una entera confianza en la divina providencia entraron en la sagrada religion de Clérigos Regulares que instituyó.

7. Confieso, Señores, que con razon se admiró el mundo al ver que el grande Antonio, tomando el consejo que da Jesucristo por S. Mateo, vendió cuanto tenia, lo dió á los pobres y se fué á la Tebaida. Confieso tambien que justamente volvió á admirarse el mundo, al ver que S. Francisco de Asis renunciando por sí y por sus hijos á todos los bienes temporales fundó su manutencion y la de ellos

sobre la piedad y la misericordia de los fieles. Pero sin duda causó mayor admiración á Roma y á todo el mundo, ver que Cayetano ni aun se reserva la industria de adquirir su alimento con el trabajo ú la facultad de coger las yerbas del campo ó los frutos de una selva como el grande Antonio: ni que tampoco se reservó la diligencia de pedir de puerta en puerta como Francisco. Dirían todos que era igual su pobreza á la de aquellos patriarcas y mayor su confianza en la divina providencia.

8. Pero tal vez me preguntareis vosotros: cómo pudieron mantenerse Cayetano y sus hijos segun las reglas de un instituto tan rígido? Si los que piden apenas recogen lo preciso para alimentarse, si ya las limosnas se dan mas por vanidad y por humanos respetos que por socorrer la miseria del pobre, quién se acordó de socorrer las necesidades de Cayetano? Esta pregunta no tiene otra respuesta que el haber ofrecido la magestad de Cristo, que daría la comida y el vestido á cuantos descuidando de los bienes temporales buscasen ansiosos los eternos: *Querite primum regnum Dei, et hæc omnia adjicientur vobis*. Cumplió pues el Señor en Cayetano su palabra; porque Cayetano buscó ansioso los bienes eternos, como vereis en la

Segunda parte.

9. Aunque Dios asegurara los socorros de su providencia á cuantos descuidaran de adquirir bienes temporales, no por eso las riquezas dejarían de tener sus esclavos. Unos avaros, al oro y plata que costó tanto trabajo de sacar de las minas ó entrañas de la tierra, los sepultarian de nuevo en ella ó en un cofre, y con él su corazón (*Matth. vi. 21*): *Ubi est thesaurus tuus ibi et cor tuum*. Otros recogerían las riquezas para expenderlas en gastos superfluos que la astucia del demonio, como decia S. Basilio, ha sabido inventarlos y persuadirlos como necesarios. Pocos no obstante esa seguridad se contentarian como S. Pablo con lo preciso (*1. Tim. vi. 8*): *Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti sumus*. Solo aquellos que ahora no tienen que comer y que vestir, no teniendo bienes que dejar, dejarían el cuidado de adquirirlos; mas no por eso se ocuparían en buscar los bienes eternos, sino que se entregarían á un ocio tan malo ó peor que la misma ambición. ¿Y para qué hablo yo en el caso de que Dios hubiera asegurado la comida y el vestido á los que no fueran solícitos en buscarlo, si ahora mismo hay muchos que sin tal seguridad no tienen aquella solícitud; pero tampoco la tienen de adquirir bienes eternos, sino que inútiles á Dios y á la república no ayudándose con el trabajo como debieran, quitan ó roban la limosna que piden?

10. No hablaba con estos Jesueristo en nuestro evangelio: directamente hablaba con Cayetano que dejó todos los cuidados para tener

solo el de adquirir el reino de los cielos. No permite, Señores el tiempo que os pondere aquella constancia penitente con que dijo que no tenian que persuadirle mitigar el rigor de sus penitencias: porque deseaba morir entre cenizas y cilicios. No podré deciros que su corazon humildísimo bajó por todos los grados que señaló S. Benito á la humildad. No podré celebraros la perfeccion de su sacerdocio ni el fervor de su zelo apostólico; aunque estas virtudes y todas las demas fueron los bienes espirituales ó eternos que recogió solícito y diligente: porque prétendo daros alguna noticia de su misericordia que fué el tesoro que depositó en el cielo, ó el caudal con que adquirió su reino: *Thesaurizate vobis thesaurum in celo* (*Mat. vi. 20.*).

11. La misericordia segun nos enseña S. Agustin, es aquella virtud que nos mueve á compadecernos de las miserias ajenas y á socorrerlas; y así su objeto son las miserias del prójimo; sus actos la compasion y el alivio de ellas. Nunca ha dejado de haber en el mundo pobres y miserables en quienes poder ejercitar la misericordia; pero parece que al tiempo de nuestro santo se doblaron los males, para que fuera mayor su misericordia. ¿Qué estragos no causó á su vista la peste en las provincias de Italia? Cada una de ellas, cada uno de sus pueblos y aun cada casa era un teatro en donde se representaba el espectáculo mas triste, la tragedia mas lamentable. No se oían sino ayes y gemidos. Se miraban sin cultivo los campos, sin frecuencia los caminos, sin vecinos muchos pueblos. Allí se veía que el padre llevaba á enterrar á su hijo, y que tal vez el sepulturero se caía muerto sobre el mismo cadáver. Allí se veía que un hijo vilmente cobarde y temeroso del contagio dejaba solo á su padre moribundo: que la muger desamparaba al marido: que el amigo huía de su amigo. Pero al mismo tiempo se admiraba como Cayetano se entraba intrépido en las casas y en los hospitales á asistir á los enfermos, á darles el alimento, á curar y aun á chupar con la lengua sus llagas.

12. Bastan, ó Dios mio, bastan tantos males juntos para ejercicio de la misericordia de Cayetano. Pero no. No bastan, Señores, á juicio del cielo: pues dispone que sea testigo de vista de los robos de las muertes de los incendios de las insolencias de los sacrilegios que cometieron los bárbaros soldados en aquel ignominioso memorable asalto y saqueo de Roma. No quiso Cayetano buscar en algun templo asilo á su vida, sino que buscó los lugares en donde se cometian las mayores atrocidades. Consuela á unos, anima á otros, hasta que compasivo se empeña á persuadir la piedad á aquellas fieras que nunca mejor manifestaron serlo que cuando prendieron á nuestro santo, y le encerraron en un oscuro calabozo. Tambien fué esta, Señores, disposicion del cielo para que ejercitara su misericordia, viend

do con sus ojos lo que padecen los encarcelados. ¡ Qué lastimosas palabras bastan á pintar al vivo esta especie de miseria! ¿ Han de representarse las cárceles á modo de malditas regiones en donde no cae el rocío ni la lluvia? Han de describirse como funestos sepulcros, en que sepultados los vivos, ó aguardan la muerte con el suplicio ó la desean con la desesperacion? Han de pintarse aquellos infelices separados del comercio del mundo y como los llama el sabio (*Sap. xviii. 2.*) fugitivos de la divina providencia? Entre aquellas tinieblas y horrible soledad lloran sin poder manifestar al público sus necesidades: sufren sin el alivio de la lástima: están en el centro del dolor, ocultos á nuestra vista y desconocidos á nuestra caridad. No lo estuvieron á nuestro santo que se entró por las puertas de la cárcel para consolarlos, y si salió de ella, salió finalmente para morir de lastima y de pena de no poder apaciguar en Nápoles un furioso tumulto.

13. Su misericordia se acabó con su vida, ó su misericordia le quitó felizmente la vida, ó se llevó consigo la misericordia para entrar triunfante con ella en el reino de los cielos; supuesto que con tanta dificultad se encuentra entre los mortales esta virtud. Seria inútil que yo pretendiera persuadiros que vendierais todos vuestros bienes y los dierais á los pobres, y que puestos en manos de la divina providencia solo cuidarais de vuestra salvacion. Esto supo practicarlo un S. Cayetano, y pudo predicarlo un S. Basilio recién venido del desierto. Me contentaré de proponeros con el Crisóstomo el ejemplo de Job que siendo rico, no era esclavo sino dueño de sus riquezas, ó por mejor decir dispensero de ellas; pues quedándose con parte de ellas como por salario, dispensaba las restantes entre los pobres. Por eso continua el Crisóstomo, como no las poseía con amor, las perdió sin dolor. Desprendeos Señores, os diré con Jesucristo, de ese anelo que teneis de atesorar riquezas para vosotros ó para vuestros hijos. Y esto no es consejo, es precepto evangélico. Tanta solicitud es delito. Cuidad de recoger tesoros para el cielo poniendo parte de vuestros bienes en manos de los pobres que los llevarán al cielo. Compadecedos de las miserias de los encarcelados, de la aficcion de los enfermos, de las necesidades de los pobres. Sed misericordiosos con todos, para que el Señor lo sea con vosotros. Prostraos á sus pies y decidle, &c.